



*Amor
de
niebla y destino*

Natalia Sánchez Diana

AMOR DE NIEBLA Y DESTINO

NATALIA SÁNCHEZ DIANA

Copyright © 2019 Natalia Sánchez Diana

Todos los derechos reservados.

Código de registro: 1901069542847

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

DEDICATORIA

A Jorge, por todos los libros que me regalaste durante años para que venciera mis miedos.

A mis hijos.

A mi madre y a mi hermano.

A Lana Fry y Sira Duque, grandes compañeras.

A todas las personas que me habéis dedicado una palabra de aliento para que siguiera escribiendo.

A las creadoras de revoluciones.

Contenido

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

Epílogo

SOBRE LA AUTORA

UNAS PALABRAS...

Si has llegado hasta aquí tal vez conozcas a Lucian Monroe de mi anterior novela "*Amor de humo y algodón*". Si no es así, no te preocupes, esta novela es independiente.

Espero de corazón que disfrutes de este viaje al pasado.

Diseño de portada: Natalia Sánchez Diana.

Imágenes de portada: Shutterstock y Pixabay.

Imágenes del interior: Pixabay

(<https://pixabay.com/es/users/openclipart-vectors-30363/>)

Revisión texto: Lana Fry

“I love you not only for what you are, but for what I am when I am with you. I love you not only for what you have made of yourself, but for what you are making of me. I love you for the part of me that you bring out”

Elizabeth Barrett Browning





Manchester, diciembre 1854

«¡Corre, Lucian!» se decía a sí mismo. «¡Sálvate, sálvate!» Su voz interior sonaba fuerte, instigándole a continuar, a no detenerse.

Manchester siempre había sido una ciudad ruidosa: las explosiones de las fábricas de metal, los carros, los obreros que salían en tropel —escandalosos y vociferantes—, la sirena de las fábricas, el traqueteo de las máquinas en los molinos, pero al llegar a aquella calle, fue consciente del silencio.

Por algo era la mejor zona de la ciudad. Estaba alejada de la miseria y, a ambos lados de la avenida, los patronos habían levantado sus mansiones para demostrarles que ellos eran los poderosos, los gigantes, los dueños de sus destinos.

No te rebeles. O no comerás.

Mírame y siéntete pequeño. Porque lo eres.

No luches, no luches. Tienes las de perder.

Frases que, aunque no estaban grabadas en ningún lado, hablaban en una elocuencia muda a través de lo que los ojos veían cuando se llegaba a aquel lugar: grandes jardines, techos altos, tejados por los que no se colaba ni una gota de lluvia, paredes con cristaleras enormes que distaban mucho de los agujeros que tenían por ventanas en sitios como Angel Meadow.

A pesar de los patronos derrocados, nada había cambiado. Donde unos habían caído, otros se habían alzado, ocupando su lugar, su mansión, su poder

y en ocasiones, con más crueldad que sus predecesores. Por eso había alentado la huelga.

Resollaba por la carrera. Pero lo peor llegó cuando se dio cuenta de que era el único que respiraba. El muchacho que llevaba entre los brazos estaba muerto. Su cabeza había caído hacia atrás y la camiseta de algodón se había vuelto roja, teñida de sangre.

Su intento por llevarlo ante el doctor Hastings no había servido de nada. Aun así, dejó caer el picaporte, que resonó contra la puerta de madera. Fue Henrietta quien abrió. Su cara se deformó por el horror de lo que vio: a Lucian, cubierto de sangre y a un muchacho, que se asemejaba a un muñeco destrozado, entre sus brazos.

—¡Ay, Santo Dios! —blasfemó Henrietta—. ¡Entra, Lucian, entra!

Esa era la razón por la que había recorrido media ciudad, porque en aquel lugar, nadie le juzgaba.

—¡Doctor Hastings, venga! ¡Por favor!

O tal vez sí. Tal vez esa noche iba a cambiarlo todo.

Lucian depositó con cuidado al muchacho en una cama, en una de las habitaciones cercanas a la puerta. Lo miró. Lo sabía. Era tarde. Estaba muerto, muerto, muerto.

Por mi culpa.

El doctor Hastings, ayudado de su bastón, entró en la salita. Henrietta había encendido unas lámparas y unas velas en las esquinas y, en cuanto la luz apareció, fue consciente de la cantidad de sangre que había perdido el chico y de la que le cubría a él, en la camisa, en los brazos, por todo el pecho, hasta el cuello.

Sangre que no era suya.

Sintió una arcada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el doctor, al tiempo que se inclinaba sobre el muchacho para examinarle.

Lucian iba a explicarse, tenía las palabras agarradas a la garganta, como si no quisieran salir. Como si al decir las, todo fuera a cambiar para siempre.

Pero no hacían falta. Ya había cambiado.

—Lucian, ¿estás bien?

Alzó los ojos y vio a Sophie, acompañada de su marido Aaron Wright. No pudo evitar fijarse en el estado de su amiga, que estaba en la recta final de su embarazo. Estaba hermosa, había engordado y eso podía apreciarse en las facciones del rostro, pero, sobre todo, en sus ojos brillantes por la felicidad.

Un recuerdo amargo acudió a su mente. Lara, su Lara, que había lucido así de hermosa, radiante, cuando ambos tenían la ilusión de ser padres. Antes de que todo se truncara.

—Aaron, ven aquí, ayúdame a desgarrarle la camisa para ver el alcance de las heridas—ordenó el doctor.

El molinero obedeció con premura. Pasó junto a Lucian que, de repente, se sentía un bloque de hielo. No podía pensar, no podía reaccionar. Si hablaba, se derrumbaba.

Se pasó las manos por el pelo, manchándose de sangre. No se dio cuenta hasta que percibió el olor. Se miró las manos. Temblaban, cubiertas por sangre densa y oscura.

—Lucian, Lucian...—Sophie le llamó—. Toma asiento aquí.

Con dulzura, su amiga lo condujo hasta una silla cercana. Se sentía fuera de su propio cuerpo, como si su mente estuviera desconectándose, como si se hubiera quedado atascada en el momento en que lo había perdido todo.

Otra vez.

—Hermano, ¿qué ha pasado? —La voz de Ivette le devolvió a la realidad. Alzó la cara, y al ver la expresión de su hermana, quiso saber qué aspecto tenía en ese momento para que ella se cubriera la boca con las manos.

—La huelga...—Tragó saliva—...Han enviado policía...

Las palabras se negaban a organizarse en su cerebro. Su mirada se desplazaba ineludiblemente hasta la cama donde el muchacho, Michael Bright, estaba tumbado. El doctor se inclinaba sobre él, examinando el pecho, el cuello, buscando el pulso...Samuel Hastings alzó la cara y buscó a Lucian. Negó con la cabeza, confirmando lo que él ya se temía.

El silencio se alargó, como si fuera una sombra capaz de cubrirles y ahogarles.

O tal vez era la culpa lo que iba a hundir a Lucian sin remedio.

—¿Estás herido? Lucian, ¿estás herido? —La voz de Sophie tiraba de él, como si fuera una cuerda lanzada al abismo a la que podía agarrarse para escapar.

Negó con la cabeza.

—Esta sangre no es mía. Es de Michael y...de un policía. Creo que era uno de los Mallory.

En ese momento, Henrietta se acercó. En la mesa que quedaba a su derecha dejó una tina con agua que desprendía vapor. Sophie hundió un paño en su interior, lo empapó y lo escurrió. Lucian cerró los ojos cuando notó el

agua caliente limpiando su cara. No quería ver cómo la sangre teñía el agua y la transformaba en algo infame, reflejo de lo que había sucedido apenas una hora antes.

—Está temblando —La voz de Ivette sonaba lejos, pese a que Lucian sabía que no había abandonado la habitación donde se encontraban.

—Lucian, ¡Lucian! —La potente voz de Aaron Wright lo devolvió a la realidad. Abrió los ojos de golpe. El molinero se había colocado de cuclillas frente a él y lo miraba con ternura — ¿Qué ha pasado con el policía?

—Estaba ensañándose con Michael. Me he enfrentado a él...Y creo que le he matado. Solo quería...Solo quería salvarle.

La confesión salió fácil, pero sintió que dejaba arañazos en su garganta y más allá, en toda su alma.

Cerró los ojos. No se atrevió a mirar a las personas que lo rodeaban, porque se sentía indigno de la confianza que siempre habían depositado en él.

Todo aquello era su culpa, su culpa, su culpa.

Un rato después, estaba sentado en la cama, junto al cuerpo inerte de Michael, al que había lavado y envuelto en una sábana. Le acarició el pelo, apartándoselo con cuidado a un lado. ¡Por Dios! Conocía a su padre...A su madre... ¿Cómo iba a decirles que había muerto por su culpa? ¿Cómo iba a enfrentarse a sus miradas llenas de dolor?

El llanto se abrió paso a través de sus ojos y rodó por sus mejillas. Roto. Estaba roto. Ni siquiera se alegraba de estar vivo, de haber sobrevivido a aquella noche.

Unos pasos. Levantó la mirada y vio a Sophie acercándose. Todos llevaban un rato fuera, hablando en susurros.

Ella le tendió un papel.

Lucian lo agarró, lo desplegó y entre las lágrimas, pudo ver una dirección. En...Londres.

—Hasta que sepamos qué ha pasado, te vas a poner a salvo.

—No merezco estar a salvo.

—Lucian, tú no has matado a este muchacho.

—Tal vez, sí. Tal vez, yo...

Pero Sophie envolvió el puño de Lucian con sus manos, de forma que el papel con ese salvoconducto, esa nueva oportunidad que creía no merecer, quedaba atrapado en su palma.

—El carruaje está esperando —le susurró al oído—. Vamos, huye.



LONDRES, 1855



2

La vida no pedía permiso para cambiar. Lo hacía. Sin previo aviso. Sin consultar. Incluso en los duelos había más ceremonia. Un saludo, una reverencia, veinte pasos y un disparo que lo cambia todo.

Ya no se llevaban los duelos. Entonces, ¿por qué se sentía así? Como si desease verse envuelta en uno.

Estaba enfadada. ¡Más que eso! El enfado se podía controlar, se podía encauzar. Pero la rabia, la furia, eran como ríos que se desbordaban en su interior y arrasaban con todo.

Así era como Catalina Wright se sentía.

El tren en el que viajaba experimentó una sacudida violenta. Henrietta, la doncella que la acompañaba, maldijo en voz alta.

Antes se habría escandalizado. Después de todo, le habían dado una educación esmerada, privilegiada. Una niña mimada de Manchester. Hermana del molinero más poderoso, que siempre le había regalado joyas, vestidos, botines y todo lo que ella pidiera por su boca.

La habían consentido, la habían colocado en un altar para protegerla, como si fuera una muñeca de porcelana. Bueno, pues el altar se había caído y ella se había hecho añicos.

No todos los días descubres que tu vida no es un cuento de hadas de Perrault.

Miró por la ventana. El paisaje se difuminaba como borrones de pintura. Recordó esos días en los que solo tenía que dedicarse a pintar, y lo mucho que disfrutaba con ello, con emular las acuarelas de Turner, con esos

paisajes sublimes en los que la naturaleza era bella, poderosa y temible a la vez.

Poco quedaba de aquella joven ilusa e inocente.

Sabía la razón por la que la habían enviado lejos.

Su hermano Aaron, en su último intento desesperado por protegerla del escándalo que les había asolado, para que aún conservara algo de su candidez, la había enviado lejos.

A Londres. Al hogar de Sophie, su cuñada, para que pasara allí una temporada rodeada de aristócratas que habían jurado que la aceptarían y la protegerían y la educarían con esmero.

Como si algo de eso importara ya.

—¡Ahí está Londres!

Su nuevo destino. Incierto, aterrador, inesperado.

En cuanto bajaron del tren, se dio cuenta de que era una ciudad distinta.

Henrietta comenzó a caminar, decidida, ilusionada porque regresaba a su hogar. A Catalina le costó seguirla, esquivando personas, maletas, sirvientes que llevaban baúles y niños que correteaban.

Se detuvo para mirar a su alrededor. Estaba tan ensimismada contemplando el vaivén de pasajeros que no se dio cuenta de que un niño se acercaba demasiado. Cuando notó el tirón, fue demasiado tarde. El pequeño huía con su retículo de seda.

—¡Me ha robado! ¡Alto! —Echó a correr detrás del niño, intentando no perderlo de vista.

—¡Señorita Wright! —escuchaba a Henrietta, detrás de ella —.

¿Dónde va? ¡No se aleje!

—¡Me ha robado! ¡Deténganle! —gritaba, provocando que algunas personas la mirasen, pero nadie parecía dispuesta a ayudarla. Supuso que así eran las cosas en aquella ciudad.

A unos metros, alguien agarró al muchacho por la camisa. El pequeño pataleó, tratando de zafarse. Catalina respiró aliviada y se acercó sin dejar de mirar al niño, que apretaba el retículo contra su pecho negándose a desprenderse de él.

Cuando estaba lo bastante cerca, se percató de que el hombre que había atrapado al ladronzuelo se colocaba de rodillas frente a él. Era alto y su espalda era amplia. Podía ver los músculos que la definían y eso la sorprendió, porque no estaba acostumbrada a fijarse en ello. Tal vez se debía a que los caballeros que había visto hasta ese momento solían llevar chaquetas y casacas refinadas, no una simple camisa de franela (a pesar del frío) que se movía con la piel que había debajo. A medida que se acercaba, se fijó en la vestimenta con más atención. Llevaba unas botas marrones desgastadas, unos pantalones grises de lana y una gorra del mismo color.

Lo observó recuperar el retículo a cambio de unas monedas que el niño recibió con sorpresa. Luego, le revolvió el pelo al muchacho y lo dejó marchar. Catalina no supo si sentirse indignada o enternecida.

Entonces aquel hombre se puso en pie. La ropa le marcaba demasiado su anatomía, de una manera que resultaba pecaminosa e intrigante a la vez.

Y luego estaban sus ojos, ahora fijos en ella, que se había detenido a unos metros, mientras un grupo de sirvientes que arrastraba arcones en dirección al tren pasaba por delante.

La miraba como si la conociera, pero no era posible, ¿verdad?

Ella le mantuvo la mirada mientras se aproximaba. Se dio cuenta de su verdadera altura, de lo amplio que era su pecho, de que la camisa tenía abiertos varios botones y podía ver una muesca de vello rojizo como el pelo, aunque solo podía ver unos mechones que escapaban de su gorra y caían sobre la frente.

Ojos verdes y pelo rojo. Se preguntó si lo había visto alguna vez cuando un recuerdo quiso asomar a su memoria.

—Pero, ¿qué veo? —escuchó a Henrietta.

Los ojos verdes cambiaron su objetivo y dirigieron su atención detrás de ella. Y entonces sonrió.

Catalina Wright había visto muchas sonrisas. Por algo decía que tenía una fijación con la boca de los demás. Tal vez era porque cada vez que su madre apretaba los labios en esa mueca de disgusto que tan bien conocía, Catalina sabía que, a continuación, su progenitora iba a ser cruel. También se había fijado siempre en su hermano, esperando que sonriera, porque era demasiado reservado y responsable. Mucho más desde que volvió de África, que apenas sonreía. Hasta que se había enamorado y su boca había comenzado a curvarse, demostrando que volvía a ser feliz.

Bocas, sonrisas, labios, una parte del cuerpo que podía decir tantas cosas como los ojos. Si se sabía mirar bien, por supuesto.

Las bocas no engañan, solía pensar.

Nunca había visto una sonrisa como aquella. Era deslumbrante, bonita, pero no se extendía a los ojos, que parecían tristes.

—¡Henrietta! —la voz era grave, masculina, de esas que llenan el pecho—. ¡Ahora por fin hay belleza en Londres!

El acento era irlandés y trajo con él más recuerdos, vagos y difusos,

pero presentes.

—Eres un descarado, pelirrojo —bromeó Henrietta, con las mejillas sonrojadas y cierto aire de satisfacción en el rostro —. Y un mentiroso. ¿O no has visto la preciosidad que me acompaña?

Él volvió a mirarla. Catalina sintió que el ruido de aquella estación, — con los pitidos, las voces, el traqueteo y el vapor—, desaparecía. Solo existían aquellos ojos, en un tono verde claro, capaces de hacer que el mundo se concentrara en ellos.

—¿No la conoces? Es Catalina Wright.

Él alzó las cejas y abrió mucho los ojos. La conocía. Pero ¿de qué? ¿De qué? Puso su cerebro a trabajar, intentando que los recuerdos, esos que parecían acuarelas, se enfocaran.

—La hermana de Aaron Wright. La última vez que la vi era una niña.

Lo que significaba que no la veía como tal. Que la consideraba ya una mujer. No supo por qué esa idea aceleró su corazón.

—No nos han presentado oficialmente —dijo ella, tendiéndole la mano.

Él miró la mano, dejó escapar una risa que resultaba seductora y, luego, la estrechó con demasiada fuerza. Era una mano grande, callosa, con cicatrices y los nudillos amarillentos. Catalina se estremeció cuando notó el calor que desprendía, a pesar de que ella llevaba guantes.

—Soy Lucian Monroe. Trabajé en su casa. Hace años.

Y el recuerdo cobró sentido. Las formas, las luces, su risa, su cabello rojo, formó un todo. Un adolescente alto y su hermosa hermana, recién llegados de Irlanda, con unos padres amables que murieron al cabo de unos

años.

—El agitador —logró decir.

Lucian volvió a reír, pero no le soltó la mano.

—Veo que mi fama me precede.

Claro que lo hacía. Había oído hablar de él a Robert Cauldwell, otro de los molineros, a su madre e incluso a su hermano, que lo admiraba y lo temía a la vez.

Lucian Monroe, el líder del sindicato del molino de su hermano, que no se amedrentaba ante los que debería considerar mejores, porque le decían que lo eran; porque tenían más, mucho más; porque tenían su destino entre las manos.

A cualquier otra persona eso debía acobardarle, empuñecerle, pero a él no.

A Lucian Monroe, que su vida estuviera en manos de otros, le volvía un gigante. Porque le daba un aliciente para luchar.

La valentía nace de situaciones desesperadas, decía su hermano.

Y tal vez fuera eso. Tal vez aquel hombre no era más que un hombre desesperado que no tenía nada. Sin embargo, cuando le tendió el retículo de seda que había recuperado para ella, no supo qué pensar. Porque en sus ojos, repentinamente serios, vio demasiadas cosas. Su boca decía una cosa, con una sonrisa que no menguaba, como si nada le afectara, pero su mirada decía otra.

Y era la primera vez que conocía a alguien así.

No te fies de las bocas que mienten, se dijo a sí misma.

—¿Has venido a recogernos? — preguntó Henrietta.

—A pesar de que no estaría nada mal, he venido a por un conocido que llega de Coventry.

—Si no supiera dónde encontrarte, me sentiría decepcionada.

Él volvió a sonreír. Dedicó una mirada de nuevo a Catalina e hizo un gesto con la cabeza. No era una reverencia, —porque alguien como él nunca la haría—sino una muestra de respeto y cordialidad. A Catalina se le aceleró la respiración, pero intentó que él no lo notara. Así que alzó el mentón, como le había enseñado su propia madre. Luego, se preguntaría por qué había reaccionado así, cuando lo último que deseaba era parecerse a la mujer que más la había decepcionado, provocando un escándalo que había arruinado sus vidas.

—Vamos, señorita Wright, que nos esperan. Adiós, Lucian.

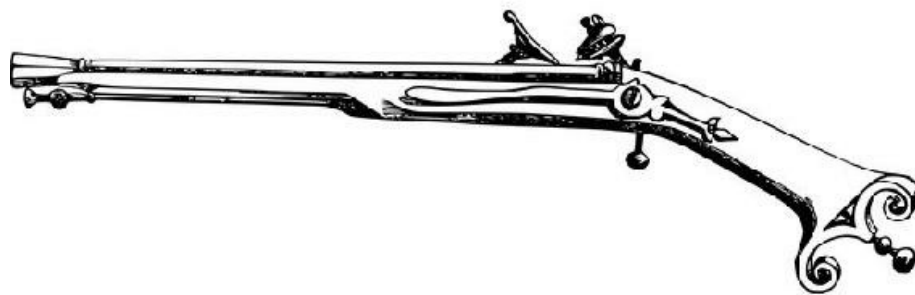
Echó a andar detrás de Henrietta, que había retomado la marcha con más vigor que antes, tanto, que Catalina tuvo que alcanzarla dando zancadas. Aun así, cuando llegó a su altura, giró la cabeza para mirarle una vez más.

Vio su figura, que destacaba claramente en ese océano de futuros pasajeros, porque él era alto y corpulento. En ese momento, él ladeó la cara y miró en su dirección. Sus miradas conectaron y ella sintió un fogonazo, como si de verdad se hubiera visto envuelta en un duelo.

Un saludo, una reverencia, veinte pasos y un disparo.

Apartó los ojos y buscó la salida de la estación. Tenía que alejarse. Había dejado atrás Manchester y todo lo que tenía que ver con esa ciudad y con el pasado que tanto daño le hacía recordar.

Además, ¿qué probabilidades había de volver a verle?





3

Antes de que todo cambiara de nuevo, Lucian, como líder del sindicato de Wright Mills, había estado encabezando la lucha obrera en Manchester. Y eso había propiciado que se carteara con otros líderes sindicalistas a lo largo y ancho del norte de Inglaterra. Así era como había conocido a A. Smith, de Coventry, una zona industrial especializada en tejer cintas de seda, donde los desmanes de los patronos habían provocado más de una revuelta. Al parecer, A. Smith había perdido su trabajo y había decidido viajar a Londres para asistir a una reunión de camaradas.

Desde que la vida de Lucian había dado ese giro inesperado, hacía ya una semana, había estado adaptándose a la nueva situación, a esa ciudad enorme, repleta de carruajes, de aglomeraciones, de niebla y de olores que la asemejaban a algunas zonas de Manchester. Porque donde había lujo, también había mucha miseria.

Había visto los distritos aristocráticos como Belgravia, Grosvenor, Hannover o Berkeley Square, pero también había ido más allá. Por las zonas llenas de inmundicia. Desde Bermondsey, en el ala sur del Támesis, frente a la Torre de Londres, donde el olor de una curtiduría le recordaba a su ciudad, hasta el temido Whitechapel, donde en los callejones oscuros había tabernas demasiado sórdidas para hombres decentes; pasando por los muelles, en cuyos almacenes clandestinos había fumaderos de opio en los que se vendían horas de olvido.

Algo que él había sopesado, pero que había acabado rechazando después de ver lo que el láudano le hacía a algunos de sus camaradas.

Estaba decidido a enfrentar su futuro, fuera cual fuera, como había enfrentado todo desde que perdió a sus padres. Con el arrojo y la

determinación que caracterizaba a los Monroe.

El tren que esperaba llegó al andén y los pasajeros fueron descendiendo. Algunos eran recibidos por familiares con abrazos y besos. Lucian fue consciente de que estaba solo. Había huido de la ciudad donde había crecido y ni siquiera sabía si podría volver. Allí había dejado a su hermana, a su cuñado y amigo Gabriel, a sus sobrinos. Y a Sophie, de la que creía estar enamorado...A pesar de que ella se había casado con otro.

Tal vez empezar de nuevo fuera lo que Lucian necesitaba. Tenía que poner distancia con aquella fatídica noche para sobrellevar los remordimientos.

Lástima que la culpa no entendiera de kilómetros. Cómodamente instalada en el corazón de Lucian, la notaba espinosa, enroscándose e hiriéndole cada vez que cerraba los ojos.

Apenas dormía. Estaba agotado, a pesar de que el dormitorio donde se alojaba, en una mansión en la calle Victoria, en pleno West End, era lo más confortable que había probado en su vida.

Sophie le había dado una dirección en Londres y, cuando había llegado allí se había sorprendido de que su escondite fuera a plena vista, en la mansión del doctor Hastings, ese lugar que su amiga y su padre habían abandonado al marcharse a Manchester hacía algo más de un año. En ese lugar ya no quedaban sirvientes ni ayudas de cámara, solo un joven muchacho llamado Timmy que, al parecer, era sobrino de Henrietta y que estaba encargado de mantener el lugar limpio.

Lucian se había sorprendido de lo majestuoso que era el edificio, con dos plantas espaciosa, grandes ventanales y un jardín frontal, en el que había un columpio en el que imaginó que Sophie se habría sentado a leer en más de

una ocasión.

Había muchas chimeneas, una en cada estancia, y velas en todas las esquinas. Muchas más de las que podían encontrarse en los barrios de Angel Meadow y Deansgate juntos.

Todo ese era el lujo con el que había crecido Sophie, antes de abandonarlo todo para viajar a la ciudad del algodón, en ese plan que había tramado el verdadero doctor para descubrir a su asesino. La llegada de aquella mujer, un auténtico huracán que arrasaba a su paso, había cambiado la vida de todos los que la rodeaban. Y por supuesto, la del frío y distante Aaron Wright, que se había enamorado locamente de ella.

Lucian recordó la noche de su huida, cuando vio al molinero cargar un arcón en el carruaje.

—¿Qué es eso?

—Es ropa para ti. Es mía, pero no te preocupes en devolvérmela. No tienes que devolverme nada. —Hizo hincapié en la última palabra, pero Lucian no le dio importancia, por lo menos, hasta el momento en que, ya instalado, abrió el arcón y vio el dinero.

Más de quinientas libras.

Maldito cabrón arrogante...

Aunque sabía que Aaron, al que había llegado a apreciar, lo había hecho con toda la intención de ayudarle en su huida —todos habían colaborado—, Lucian era orgulloso y despreciaba lo que tenía que ver con el dinero que los patronos conseguían explotando a los obreros.

Por eso tenía ganas de conocer a A. Smith. Sabía que era igual de reivindicativo que él, que era combativo y que no se dejaba amilanar. Esperaba que aquel encuentro supusiera un cambio en su futuro.

Sea cual sea.

El andén se quedó casi vacío. Apenas había unos pasajeros aquí y allá, charlando con familiares o esperando.

—¿El señor Smith?

Le miraron, pero nadie le dijo nada. Quizá se había equivocado de día. Sacó la última carta que había recibido. Llevaban más de un año intercambiando correspondencia. Habían creado un vínculo fuerte, porque compartían ideales, y porque, además, A. Smith era divertido, sagaz y su humor negro denotaba inteligencia y hacía que el respeto que Lucian sentía por él aumentara.

—¿A. Smith? ¿De Coventry? —volvió a preguntar.

Nadie le respondió. De repente, notó un ligero toque en su espalda. Se giró y lo que vio le hizo abrir mucho los ojos. Había una mujer, más bajita que él, con el cabello negro recogido en un moño demasiado despeinado. Lucía un vestido marrón muy discreto.

—¿Busca a A. Smith? ¿De Coventry? —Sus ojos oscuros brillaban y Lucian pudo ver que tenía unas pestañas larguísimas que los hacían más bonitos todavía. Además, se fijó en las pecas que salpicaban su rostro y en su boca, fina, que se curvaba hacia arriba con picardía.

—Sí. ¿Lo conoce?

La mujer, que no debía tener más de veinte años, se echó a reír. A él se le debió de quedar cara de tonto, porque la risa de ella se hizo más intensa cuando vio su ceño fruncido.

—¿Quién pregunta por *él*? —Puso los brazos en jarras y levantó la cara, con una mirada desafiante que Lucian reconoció al instante, porque él también la ponía.

—Lucian...

—¿Monroe? —Ahora fue el turno de que ella abriera mucho los ojos. Lucian parpadeó.

No, no puede ser.

—¿Eres tú? —dijeron los dos a la vez.

Se estableció un silencio en el que se evaluaron. Ella alzó una ceja, en un gesto que revelaba su escepticismo. Lucian se quitó la gorra y el cabello rojo quedó a la vista. Apretó la gorra con nerviosismo entre las manos, mientras miraba a la mujer que estaba frente a él y que ahora parecía aún más sorprendida que antes.

—La fama de tu pelo rojo es más que justificada —dijo ella y entonces sonrió. Tenía unos dientes pequeños y blancos. En conjunto, era bonita, pero, además, estaba seguro de que ella no valoraba su belleza, que lo consideraba como un adorno innecesario que no contribuía a su lucha.

—¿Qué?

—¿Crees que solo me carteo contigo? Hay muchos camaradas que te conocen, Monroe. Desde Birmingham hasta aquí, en el mismísimo corazón del Imperio.

—Pero... ¿Cómo es que A. Smith...? Creía que eras un hombre.

—¿Un hombre? ¡Dios me libre! —se carcajeó, haciendo que Lucian boqueara—. No te ofendas, pero me alegro de ser una mujer. Y de las buenas, además.

Lucian asintió, porque era lo único que podía hacer. Aquella joven le había dejado sin palabras.

—¿Has venido a buscarme?

—Quería conocerte en persona... No pude enviar mi última carta y por las circunstancias he tenido que abandonar Manchester.

—¿Las circunstancias?

Lucian desvió la mirada. Ella, que se había visto envuelta en un grave problema recientemente, supo que lo mejor era no preguntar más.

—Bueno, al menos puedo decir que ya conozco alguien en Londres —
Sonrió y él volvió a mirarla. —Me llamo Ada, por cierto. Ada Smith, de Coventry —Le tendió la mano. No llevaba guantes, tal y como él esperaba.

Lucian se la estrechó.

—Lucian Monroe, de Manchester.

—Pero de corazón irlandés, por lo que veo. Menudo acento.

—*Aye* —respondió él, con una sonrisa.

—Bueno, pues ¿qué te parece si vamos a una taberna a tomarnos algo antes de reunirnos con los camaradas?

—¿Una taberna? He visitado un par y no son lugares muy recomendables para una mujer.

Ella volvió a reír.

—¿En serio? ¿Crees que le tengo miedo a lo que pueda encontrarme dentro de una taberna?

—Me imagino que no.

—Entonces quita esa cara de susto y vamos, que no es como si te hubiera pedido que me llevaras a tomar té al palacio—Le guiñó un ojo y Lucian supo con certeza que era la persona con la que se había estado escribiendo, porque conocía ese sentido de humor cargado de ironía.

—Vamos entonces.



4

Catalina no había dejado de sorprenderse desde que había atravesado el umbral de aquella mansión. A pesar de que se había criado en un lugar privilegiado, nada tenía que ver con aquello. A medida que se acercaban, se había sorprendido de lo majestuoso que era el oeste de aquella ciudad, con las calles limpias, las avenidas amplias, árboles e iluminación. Y ese inmueble, situado en el treinta y cuatro de la calle Victoria, era lujoso. Tenía papeles pintados dorados, lienzos por todas partes, cortinas de seda y estatuas de mármol tan maravillosamente labradas que parecían capaces de cobrar vida. Y luego estaba la biblioteca, tan repleta de libros que parecía que no cupiera ningún ejemplar más. A su hermano le encantaría.

Y ese pensamiento trajo la nostalgia como un hálito frío, que se colaba dentro de ella, amenazando con congelar y agrietar esa fingida fortaleza con la que se había disfrazado desde que se había despedido de su hermano. Sentía que estaba a punto de hacerse añicos.

Respiró hondo un par de veces y caminó por aquella estancia. Luego, pasó a la siguiente. Descorrió una cortina y reprimió un grito. Era una pista de baile. Pero no como la que tenían en su casa. ¡Esta era inmensa! Estaba segura de que más de veinte parejas podían bailar sin tocarse. Y eso que no había abierto el resto de cortinas, con lo que gran parte de la pista quedaba a oscuras.

Había un piano de un blanco immaculado. Sus pasos la condujeron hasta él. Era precioso, y a pesar de que llevaba meses sin que nadie lo tocara, seguía estando afinado. Mientras sus dedos se deslizaban por las teclas, pensó en su vida. En lo mucho que había cambiado.

¿Dónde estaba la joven risueña que adoraba los vestidos y que soñaba

con bailes? Había pensado que se casaría con algún molinero, compañero de su hermano, y que pertenecería a la flor de nata de Manchester. Sería envidiada y alabada al mismo tiempo. Y ella habría seguido siendo ingenua, disfrutando de banalidades, con conversaciones triviales sobre sociedad y cotilleos y tocando el piano para entretener a los invitados.

Ahora ya no tengo nada de eso. Todo se ha esfumado.

Y tenía que adaptarse a la nueva situación.

—Señorita Wright —la voz de Henrietta interrumpió sus pensamientos. La halló en el umbral de la puerta. —. ¿Tiene hambre?

—No demasiada.

—Aun así, mi hermana ha venido con algunas cosas del mercado de Smithfield. Voy a cocinarlas. Estará listo en una hora. Suba a su dormitorio.

—No sé cuál es mi dormitorio.

—Sophie fue clara al respecto. Venga conmigo.

Catalina siguió a Henrietta hasta la planta superior. Para ello, ascendieron una magnífica escalinata de mármol central que se bifurcaba en dos direcciones, con pasillos largos, cubiertos por alfombras persas y con candelabros de pie encendidos incluso en pleno día, iluminando las puertas a ambos lados. Catalina contó ocho en total en el pasillo izquierdo. Y fue en la séptima donde entró, siguiendo a la doncella, que se apresuró a la ventana para descorrer las cortinas. La luz iluminó la estancia y Catalina se sintió en un paraíso. Era un lugar precioso, decorado en rosa y oro, con el techo alto en el que habían pintado preciosos murales de flores, como un jardín salvaje que crecía desde las paredes.

— ¿Quién lo pintó?

— Su cuñada, por supuesto. Casi nos mata de un susto cuando la vimos subida arriba, pincel en mano. Sophie siempre fue una persona poco convencional.

— Y por eso mi hermano se enamoró tan profundamente de ella — dijo Catalina, atreviéndose a entrar en aquel santuario. Sus pasos la condujeron a un tocador en el que había un espejo barroco, con un entrelazado de oro que se asemejaba a enredaderas.

Se miró en el reflejo. Siempre había soñado con Londres, con esa oportunidad que su cuñada le había dado, introduciéndola en el mundo de la aristocracia gracias a su influencia y a las amistades que aún conservaba allí entre pares del reino, a pesar de que hacía un par de años que se había establecido en Manchester. Sin embargo, ahora sentía tanta rabia y desolación que era incapaz de sentirse dichosa. Solo estaba enfadada.

Notó las manos de Henrietta en sus hombros.

— No se preocupe, señorita Wright. Los seres humanos tenemos una gran capacidad de adaptarnos.

— Yo no...Nunca he sido valiente.

— Usted, querida mía, es una mujer. Y las mujeres somos más fuertes que el acero. No tardará en descubrirlo. Voy a preparar unas cosas. Baje en cuanto pueda. — Y diciendo esto, se dio la vuelta y salió del dormitorio.

Catalina soltó un suspiro cargado de tristeza, bajó los ojos y se percató de que sobre el tocador había un libro. Lo tomó entre las manos y leyó el título: "*Canciones de inocencia y experiencia*", de William Blake. Al abrirlo, descubrió que era un ejemplar precioso, ilustrado por el mismo autor con dibujos que acompañaban los poemas.

Hubo uno que llamó su atención. Comenzó a leer.

LONDRES

*Vago sin fin por las censadas calles,
junto a la orilla del censado Támesis,
y en cada rostro que me mira
adviento señales de impotencia,
de infortunio.*

*En cada grito humano,
en cada chillido infantil de miedo,
en cada voz, en cada prohibición,
escucho las cadenas forjadas por la mente:
y escucho cómo el grito del deshollinador
hace palidecer las oscuras Iglesias
y el dolor del Soldado afortunado
ensangrienta los muros de Palacio.*

*Pero, al fin, en las calles de medianoche escucho
cómo la maldición de la joven ramera
deseca el llanto del recién nacido
y asola la carroza fúnebre de los novios*

Londres. Ese Londres también existía, aunque ella no lo conocía aún. Su hermano y su cuñada se habían asegurado de eso, imponiendo su criterio y controlando su destino. Se suponía que lo hacían para protegerla y ella debía sentirse agradecida. Sin embargo, se sentía como una marioneta controlada por otros, asfixiada y ahogada por los hilos que la sujetaban.

Y en ese instante, cuando volvió a encontrar su reflejo en el espejo, se hizo una promesa a sí misma.

Se levantó para reunirse con Henrietta.

Fuerte. Valiente. Podía serlo. Aprendería cómo.

Lucian se había propuesto recorrer cada palmo de aquella ciudad para conocerla mejor. En los escasos siete días que llevaba en Londres había aprendido que el barrio de Whitechapel era un lugar casi tan peligroso como Angel Meadow, así que había procurado no acercarse.

Aquel día había decidido conocer el mercado de Smithfield. Había decenas de puestos de verduras, cuerdas en las que vio vacas, cerdos y caballos, y gente comprando víveres. El suelo era fango, mezcla de barro y residuos que los mercaderes lanzaban al suelo, como vísceras o verduras podridas.

Había niños que deambulaban o dormitaban en esquinas. Muchos. Decenas. Había perdido la cuenta de todas las criaturas solas con las que se había cruzado en la ciudad.

Apretó los puños para mantener a raya la desolación, repartió unas monedas a un grupo de pequeños y abandonó el mercado. Se encaminó de nuevo al hogar del doctor Hastings con esa sensación de vacío y desarraigo que no se quitaba de encima desde que había abandonado Manchester.

A pesar de que no quería, recordó los acontecimientos que lo habían llevado a Londres.

La huelga, con él subido a aquellas cajas lanzando su arenga mientras

decenas de hombres le escuchaban y jaleaban. Y luego, el aviso lejano de que se acercaba policía.

Lucian había gritado que huyeran y todos los habían hecho, dispersándose. Mientras él ayudaba a los más mayores y a un par que habían tenido un accidente unos días antes y estaban heridos, para que huyeran por la parte de atrás del almacén, había escuchado los gritos. Y al acercarse, había visto como aquel policía, un irlandés de la familia de los Mallory —que tenían fama de corruptos—, atacaba a Michael. El brillo de un cuchillo le había hecho moverse... Y el resto aún seguía atormentándole.

Se preguntó cuánto tiempo más lo haría. La respuesta que sonó en su mente, le destrozó.



Mientras que Henrietta era una mujer rolliza con las mejillas siempre sonrosadas y el pelo en un tono ceniza, su hermana Clarisse era una mujer delgada, estirada, con facciones severas y huesudas. Como directora de un orfanato, tenía que ser estricta y seria, pero sus ojos mostraron bondad y dulzura cuando le presentaron a Catalina. A poca distancia, esta pudo distinguir y localizar los rasgos que las delataban como hermanas: los ojos en un tono gris, la nariz respingona y la misma forma de reírse.

Además, ambas cocinaban de maravilla. Prepararon, de primero, un guiso con verdura muy succulento y las tres tomaron asiento alrededor de una mesa maciza en la que podían caber más de veinte comensales. Catalina volvió a sorprenderse del lujo al que estaba acostumbrada su cuñada. Se imaginó que en aquel lugar habrían tenido lugar ostentosas reuniones de aristócratas. Y de nuevo pensó en lo mucho que le hubiera gustado poseer esa vida...Antes.

Antes de que la verdad hundiera su presente y su futuro.

Antes de haberse convertido en lo que era ahora: una mujer arrancada de su ciudad de origen y enviada a cientos de kilómetros como si eso pudiera cambiar lo que ya era inmutable.

En ese momento, recordó el encuentro que había tenido en la estación porque le resultaba extraño reconocer a alguien de su misma ciudad entre tanta gente. Alguien que, además, había estado vinculado a su familia de alguna manera. Entre todos los viajeros, en una ciudad tan inmensa como aquella, había tenido que cruzarse con Lucian Monroe. Que, por cierto, era más guapo de lo que quería admitir.

Aunque no me ha impresionado, se aseguró a sí misma. Y se lo siguió repitiendo, hasta que Timmy, el sobrino de Henrietta, apareció por el salón para avisar de la llegada de aquel hombre que ocupaba sus pensamientos.

¿Qué hacía allí?

—Dile que pase, cielo.

Levantó la cara del plato de cerámica y justo entonces lo vio. Se quitó la gorra y dejó al descubierto su pelo desordenado. Se fijó, además, en la leve barba que cubría sus mejillas y que rodeaba su boca, curvada en una sonrisa afable.

Y luego estaba esa camisa de franela, con otro botón de más fuera de su ojal, mostrando más cantidad de piel y vello.

Qué indecente.

Qué atrevido.

Catalina sintió un cosquilleo en su vientre y se vio sorprendida por la reacción de su propio cuerpo.

—¡Lucian, te presento a mi hermana Clarisse!

Lo vio avanzar hasta aquella mujer, que se puso de pie con rapidez para saludarle.

—¡Menudo ejemplar de hombre! —canturreó Clarisse mientras se lanzaba a sus brazos. Lucian se rio cuando ella comenzó a besuquear su cara.

No era que Catalina se hubiera fijado.

—Pues ahora lo verás a menudo, porque espero que nos ayude con el orfanato —añadió Henrietta.

—¿De verdad? —preguntó Clarisse.

—Claro, si a él le parece bien. ¿Has comido, Lucian?

—No, Henrietta, todavía no.

—Pues toma asiento.

Catalina lo vio avanzar y sentarse a su lado, que era el único lugar libre, justo enfrente de Henrietta. Clarisse le puso verdura en un plato hasta que prácticamente rebosó. Lucian lo agradeció con una sonrisa.

—Mi hermana gestiona un orfanato cerca de Temple Bar. Es una zona peligrosa en el límite con Whitechapel, llena de huérfanos. Ha habido una serie de epidemias y se han visto desbordados. Por eso he venido a Londres, para encargarme de ciertas cosas en nombre del doctor Hastings y de Aaron Wright.

Lucian deslizó la mirada hasta la joven que había a su lado. Estaba sentada muy tiesa, alzando el mentón con una petulancia que él conocía muy bien. Al parecer, se heredaba.

Al igual que los ojos, tan extraños, uno de cada color. Algo que redescubrió cuando ella ladeó el rostro hacia él y lo sorprendió contemplándola.

El derecho, azul; el izquierdo, marrón, pero con algunas motas doradas. ¿Por qué se fijaba en eso?

—La señorita Wright pasará un tiempo en Londres para conocer a las amistades de Sophie —añadió Henrietta.

—¿Busca marido? —preguntó Clarisse.

A pesar de la distancia, Lucian pudo apreciar cómo el rubor invadía las mejillas de la hermana de Aaron.

—¡No! —se apresuró a exclamar—. No me han enviado aquí para eso.

—Bueno, nunca se sabe. Es muy hermosa, jovencita.

—Sé que me han enviado para protegerme—dijo ella, con dureza—. Al igual que a mis hermanos, a los que han internado en Eton. Mi hermano y su esposa están utilizando su dinero y su influencia para protegernos. Pero ya no es necesario. Todo se ha venido abajo.

Hubo un silencio. Lucian siguió mirándola, que ahora estaba cabizbaja y muy rígida, con las manos en el regazo.

—Estoy seguro de que sus problemas no son tan malos como cree si acompaña un día al trabajo a Clarisse —soltó. Y, tal y como imaginaba, ella alzó la cara y lo miró, con una expresión dura y ofendida.

—¿Qué ha dicho?

—Que su vida no se ha venido abajo. Ha habido un escándalo, sí. Pero usted sigue siendo rica, tiene educación y modales, y a su hermano y a su cuñada dispuestos a poner un palacio a sus pies. No es como si fuera a morir de hambre.

—¿Por qué me trata con ese desprecio?

—No es desprecio, es la verdad.

—Claro, porque Lucian Monroe es el abanderado de la verdad. Aunque sea desagradable y dolorosa.

—No voy a disculparme por saber lo que es el mundo real. Y si tiene dudas, pregúntele a las mujeres que hay sentadas en esta mesa. Ellas saben lo dura que es la vida. Y saben que usted no tiene de qué quejarse.

Catalina miró alternativamente a Henrietta y a su hermana. Estaban incómodas y serias, pero no le llevaron la contraria a aquel hombre irritante.

—Pues yo no veo que usted se haya ofrecido a ayudar en ese mundo

real.

—Henrietta sabe que estoy a su disposición. Yo no tengo miedo a ensuciarme. ¿Puede decir lo mismo de usted?

—Lucian, ella no ha venido a eso a Londres. Aaron no lo permitiría.

¡Claro! Seguro que su hermano había sido claro y específico sobre lo que Catalina podía o no hacer. Como siempre, dirigiendo su destino como si aún fuese una niña.

—Por supuesto que no —dijo Lucian, con una sonrisa insolente en la cara que a Catalina la enfureció—. Creo que la señora Clarisse está en lo cierto en la suposición de que viene a buscar marido.

—¿Cómo se atreve? —farfulló Catalina, visiblemente enojada. Odiaba a aquel hombre, de verdad que sí. ¿En qué momento lo había considerado atractivo? Era despreciable, se burlaba de ella sin conocerla y era injusto con su hermano. Una parte de ella quiso saber por qué, otra, se dijo que no quería conocer ningún detalle de ese hombre.

—Por favor, Lucian —intervino Henrietta—. Todos los presentes entendemos que Catalina no está aquí para trabajar en el orfanato...

—¿Por qué no? —soltó ella de golpe— Soy perfectamente capaz, aunque mi hermano no lo apruebe. Tengo dieciocho años ya. Puede que hasta ahora no haya visto ese mundo real del que habla, señor Monroe. Pero tengo que adaptarme a la nueva situación. Así que, ¿cuándo empezamos?

—Como he dicho —dijo Henrietta—. No es lo que tu hermano ha indicado.

—¿Entonces?

—Entonces no vas a ayudar. Londres, ese Londres, es más cruel de lo

que te puedes imaginar y no es lugar para alguien al que se han esmerado en educar y proteger.

—Pero Sophie, mi cuñada, trabajó en ese lugar.

—Sophie contaba con la protección de su padre, que se había labrado una fama atendiendo a desfavorecidos. Pero le costó años sentirse segura. Incluso al mismo doctor lo atacaron brutalmente en una de las primeras visitas a Whitechapel. Sobrevivió porque Dios tenía una misión para él. Únicamente por eso.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Mañana por la mañana visitaremos a los duques de Arlington y tomaremos el té con ellos, lo que supondrá tu entrada en sus vidas. Después de todo, han prometido a Sophie que cuidarían de ti.

En ese momento, Lucian bufó. Los ojos de Catalina viajaron hasta él.

—Y ahora, ¿qué?

—Que no la aceptarán. Aunque su hermano tenga más dinero que ellos, usted no es de los suyos.

—¡Lucian! —le recriminó Henrietta.

Él se encogió de hombros.

—Sabes que tengo razón.

—¿Entonces qué tengo que hacer, señor Monroe? —preguntó ella, con los ojos vidriosos por el llanto contenido, pero alzando el mentón, con fingida fortaleza. E ira, mucha ira —. No encajo entre los aristócratas. No conozco el mundo cruel y real de ahí fuera. ¿Para qué sirvo?

El dolor que transmitía su voz hizo que Lucian se sintiera mal. Había sido injusto. Estaba a la defensiva. Desde lo que había sucedido en

Manchester había intentado seguir adelante. Trataba de no pensar en Michael y trataba desesperadamente de convivir con la culpa, a pesar de que cada día que pasaba, la notaba crecer en su interior, como una mala hierba que estaba envenenando su carácter.

—Pues...

—No me insulte con algún tipo de compasión, señor Monroe. No me importa si cree que no sirvo para nada, pero no me mienta en la cara. Si es el abanderado de la verdad, séalo siempre —Y diciendo esto, se levantó y abandonó el salón.

Lucian la observó abandonar la estancia y luego se encontró con la mirada reprobatoria de las dos hermanas.

—Has sido muy duro con ella, Lucian. Si no te conociera, si no supiera por qué has actuado así...

—Deberías disculparte —dijo Clarisse.

Lucian alzó una ceja. No, no podían estar hablando en serio. Él no se disculpaba. Puede que el tono empleado hubiera sido inadecuado, pero sus palabras escondían la verdad: que Catalina Wright estaba atrapada entre dos mundos y no pertenecía a ninguno. Al menos, él podía decir cuál era su lugar. A pesar de las circunstancias.

Al ver que Henrietta seguía mirándole con la misma expresión, se echó para atrás en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Lo dices en serio! —dijo con incredulidad—. ¡Que me disculpe!

—Claro que sí. Esa pobre muchacha lo ha perdido todo. Igual que tú.

—¡Uf! Golpe bajo, Henrietta —protestó.

—Mira, Lucian, los dos estáis en manos del destino. Lo menos que

podrías hacer es facilitaros las cosas, hasta que alguno de los dos pueda volver.

Lucian bajó los ojos.

Volver. Volver. Volver. Un anhelo. El único.

¿Podría hacerlo alguna vez? Volver a Manchester, ver a su hermana, a sus sobrinos, a la gente que quería. A Sophie, que pronto sería madre...

—De acuerdo, Henrietta. Seré obediente por una vez.

—¿Has visto un sinvergüenza como éste alguna vez, hermana? —dijo Henrietta, tratando de esconder una sonrisa.

—Va a revolucionar a los chicos del orfanato.

—Así es, me temo. Que donde va Lucian Monroe, siempre hay una revolución.



6

Ada Smith siempre había sido fuerte. Se decía a sí misma que era indestructible. Pero se mentía. Una y otra vez. Estaba rota, en tantos pedazos que sabía que nunca se repondría del todo.

En el centro de su pecho, colgado de una cuerda, llevaba una pieza de madera en forma de corazón.

«Tu corazón y el mío, siempre unidos».

Ahora, de los dos, solo latía el de ella. Si hubiera sido otra, los recuerdos la hubieran hecho llorar. Pero Ada no derramaba lágrimas. No recordaba la última vez que lo había hecho. Tal vez, de niña.

Después de despedirse de Lucian Monroe, con el que había conectado enseguida, se encaminó hacia Holborn, donde se iba a hospedar durante un tiempo. Había descubierto en Londres una ciudad vibrante, brumosa, ajetreada, desconcertante. Y solitaria, porque una ciudad de tantas multitudes podía resultar solitaria para los recién llegados, para los incomprendidos, para los extranjeros.

Para alguien como ella.

No sabía cómo iba a encajar allí. Solo conocía a Lucian, y más adelante se reuniría con otros camaradas del Partido, que tampoco sabía cómo reaccionarían al descubrir que ella era una mujer.

Y sindicalista.

La lucha por sus ideales, por la igualdad, le había granjeado bastantes problemas en Coventry, pero nunca se había arrepentido. Es más, ante cada traspié, ante cada adversidad, ella se fortalecía. Incluso cuando se lo habían

arrebatado todo.

Hasta el corazón.

Se adentró en High Street. Sabía que tenía que orientarse y aprender las calles con rapidez para no extraviarse, porque no duraría mucho si se metía en algún lugar peligroso en cuanto cayera la noche.

Notó un tirón y se dio la vuelta. Había un niño pequeño, de unos seis años, vestido con harapos y con el pelo tan sucio como su cara.

—¿Tiene una moneda, señorita?

Ada miró a su alrededor con disimulo. Había más niños, todos expectantes. Y justo en la entrada de un callejón, dos hombres adultos que apuraban cigarrillos. Pero su postura nada casual denotaba que eran los que controlaban aquel lugar y a aquellos chiquillos. Sabía que, si sacaba el dinero, la desplumarían en el momento. Así que se arrodilló frente al pequeño y lo miró a los ojos. Eran verdes, en un tono poco común. Bajo toda esa suciedad había un niño precioso, aunque demacrado por el hambre, lo que afilaba demasiado los rasgos de su rostro.

—Voy a ir a un sitio cercano. Si me acompañas, te daré dos chelines.

El niño miró en derredor con nerviosismo. Ada levantó sutilmente la cabeza. Los hombres del callejón estaban muy atentos.

Vaya. Al parecer no había que esperar a que cayera la noche para arriesgar la vida. Pero ella era lista.

—No puedo, señorita... Yo...

—¿Y si te doy la mano y corres conmigo?

—Pero si me cogen... No me dejarán dormir a cubierto.

Así que no solo obligaban a los pequeños a pedir o a robar, también

les prohibían el acceso a alguna zona más segura donde guarecerse de la noche o del frío. Ada apretó los puños y los dientes de pura rabia, pero se obligó a pensar con claridad.

—No les dejaré. No lo harán. Te lo prometo. Vamos, a la de tres...

Tendió la mano al niño, que titubeó. Cuando él la aferró, ella sonrió con dulzura.

—Uno, dos... ¡Tres!

Echaron a correr en la dirección por la que Ada había venido. Sabía que aquellos hombres, fueran quienes fueran, no los seguirían hasta un lugar menos umbrío, porque no querían tener la mala suerte de cruzarse con algún agente de la ley.

Por eso Ada, sin soltar la mano del pequeño, solo se detuvo cuando llegó a Covent Garden, una zona luminosa, llena de damas con parasoles y respetables caballeros. Y por supuesto, varios policías que no tardaron en percatarse de su presencia, de sus ropas y de sus rostros sudados y agitados por la carrera.

El niño se asustó en cuanto fue consciente de que habían llamado la atención de los guardias e hizo un ademán para huir, pero Ada le aferró con más fuerza la mano y lo miró con decisión.

—No pasa nada. ¿Confías en mí?

El niño la miró durante una decena de latidos de corazón y al final, asintió.

—Me llamo Ada. ¿Y tú?

—Michael. Pero me llaman “*Chimney*” Mike.

Ese apodo dio una pista fundamental a Ada. Seguramente aquel

pequeño había trabajado como deshollinador antes de dedicarse a la mendicidad.

—Encantada— dijo ella, esbozando una sonrisa tranquilizadora. — Soy nueva en esta ciudad y necesito un amigo. ¿Quieres ser mi amigo?

—¿Por dos chelines?

Ada se echó a reír. Se agachó frente al niño. Estaba temblando, no dejaba de mirar a los policías y cuando contempló sus pies se dio cuenta de que iba prácticamente descalzo, porque los zapatos estaban tan destrozados que los dedos asomaban por los lados.

El ramalazo de compasión que sintió la dejó sin aliento. No era el primer muchacho pobre que veía. Había miles en Coventry, por supuesto. Pero entonces ella no miraba. No de la forma que lo hacía ahora. Después de haber perdido tanto...

—¿No tienes padres?

—No. Murieron hace tiempo.

La muerte. Otra vez. Esa vieja conocida de Ada, que se empeñaba en cruzarse en su camino con una cruel insistencia.

—¿No tienes a nadie?

—No.

—Yo tampoco. ¿Y si te quedas conmigo un tiempo?

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. El que quieras.

No entraba en sus planes nada de eso. Bastante tenía con su destino incierto, con sobrellevar el dolor y la pérdida y con encabezar la lucha junto a

sus camaradas, pero había algo en ese pequeño que había removido algo en el interior de ella. Algo que sabía que no podría obviar si lo dejaba marchar. Si no le ayudaba se sentiría abrumada por los remordimientos. Quizá en algún momento, averiguaría por qué. O quizá ya lo sabía. Quizá todo obedecía a una parte irracional vinculada a su corazón.

Cuando Michael asintió, ella sintió sus fuerzas y su determinación, renovadas.

—¿Sabes llegar a Holborn sin acercarte a High Street?

—Sí, señorita. Me conozco toda la ciudad.

—Vale. Pues luego iremos a pasar la noche en mi hostel. Pero ahora... ¿dónde te apetece ir? Un lugar que enseñarías a una recién llegada.

—Me gusta mucho Hyde Park.

—Pues llévame.



Catalina se retiró al dormitorio. Se sentó en la banqueta del tocador, frente al espejo. Cuando se miró, su reflejo le mostró las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Por lo menos no había llorado delante de él.

Ese hombre era arrogante y altanero. Pero ¿cómo era posible? ¡Si no tenía nada! Solo sus manos y sus ideales. Y a pesar de eso, se permitía el lujo de despreciarla. Aunque lo que había dicho era verdad.

Catalina Wright estaba en un limbo. No pertenecía a la aristocracia, como su cuñada Sophie, pero tampoco estaba preparada para relacionarse con la gente de los barrios deprimidos.

Odiaba que él hubiera simplificado su realidad de una manera tan reveladora.

Era un hombre inteligente a pesar de carecer de formación. Su hermano se lo había dicho más de cien veces porque en Manchester, en el mundo en el que se movían los molineros, Lucian Monroe era la comidilla entre los poderosos. Era problemático, aguerrido y en otras ocasiones *el mismísimo diablo de carne y hueso, con ese pelo rojo*. O eso afirmaba su madre, en esa vida falsa en la que era fácil hablar así de las amenazas externas cuando, en realidad, el demonio era otro.

Todavía le costaba asimilar que todo lo que creía tener asegurado se había esfumado. Tan solo su hermano y su cuñada habían resultado ser decentes y de fiar.

Y, sin embargo, Lucian Monroe, a pesar de sus palabras hirientes, tenía algo en la mirada...Algo tierno, sepultado detrás de la prepotencia y el dolor. Se afanaba en ocultarlo, pero ella lo veía. Tal vez tuviera que ver con la razón

por la que él estaba en Londres. ¿Por qué había abandonado Manchester?

¿Y por qué a ella le intrigaba cuando él era un hombre grosero que no se merecía ni un ápice de sus pensamientos?

—¿Estás lista? —le interrumpió la voz de Henrietta.

Catalina dirigió su atención a la puerta, donde la doncella se colocaba la capa.

—¿Para qué?

—Vamos a la modista a encargarnos vestidos. Mientras, puedes usar los de Sophie si así lo deseas, pero tu cuñada insistió en que te llevara de compras...

—Está bien.

No tenía ganas de nada, pero no podía quedarse a languidecer allí, sintiéndose miserable y permitiendo que un pelirrojo maleducado se colara en su mente. Así que se puso en pie, asió la capa ribeteada de armiño que su hermano le había regalado antes de partir y siguió a Henrietta.

Tenían un carruaje propio conducido por Timmy. El muchacho, de dieciséis años, era el sobrino de Henrietta y después de que su madre hubiera fallecido en el parto, tanto ella como Clarisse se habían encargado de él. En cuanto había sido lo bastante mayor, entró a trabajar en el servicio de los Hastings con una asignación semanal y una ocupación digna para que no se viera en la calle.

Un rato después, estaban en Bond Street después de haber encargado seis vestidos, con ropa interior a juego, y varios corsés de seda que eran una maravilla pero que Catalina aceptó con resignación.

Al salir de la tienda se encontraron con Nicole, duquesa de Arlington y

amiga de Sophie, su cuñada.

—¡Oh, Henrietta! ¡Cuánto tiempo! ¡Qué placer verte! Y esta joven debe ser la señorita Wright... ¡Qué hermosa! ¡Y qué ojos tan excepcionales!

Catalina aceptó los cumplidos con educación y una leve sonrisa. Cuando Henrietta comenzó a poner al día a la duquesa sobre el estado de su cuñada y de su hermano y comenzaron a hablar de los últimos aristócratas que se habían casado o que se habían visto envueltos en escándalos recientes, la atención de Catalina voló a otra parte.

Estaba en el corazón de Londres, en la zona más comercial. Damas salían y entraban de tiendas seguidas de sirvientes con cajas; en algunas esquinas, jovencitas vendían flores o cajas de cerillas. Había carruajes por doquier...Era sin duda, la cara amable y hermosa de aquella ciudad.

Lo que ella había soñado tantas veces...Antes de que todo se truncara.

Se percató de la presencia de un perro que esquivaba las patas de unos caballos. Era un ejemplar bonito, de pelaje oscuro, un cachorro que alcanzaría buen tamaño...Siempre y cuando lograra sobrevivir.

Un hombre hizo ademán de golpearle con el bastón y el animal huyó despavorido atravesando la calzada hasta llegar a unos metros...Frente a Catalina.

Al parecer, ninguna de sus acompañantes se había dado cuenta de la presencia de aquel animal. Catalina lo observó. A esa distancia pudo ver que se le marcaban los huesos debajo del pelaje, tenía la cola escondida entre las patas traseras y el cuerpo encogido por el miedo.

Cuando el cachorro miró en su dirección, pudo ver algo más. Sus ojos. Uno azul claro, el otro, marrón.

En un arrebato de ternura, se apartó del grupo que la acompañaba y

caminó hasta el animal. Lo llamó, con cautela, mientras se aproximaba con movimientos lentos y medidos.

A pesar de la desconfianza, el animal se dejó tocar. Catalina acarició su cabeza, luego su lomo, y antes de que pudiera darse cuenta, estaba sentada en el suelo, con el animal en su regazo.

—Señorita Wright —la llamó Henrietta.

Catalina alzó la cara y miró a la doncella, que alzaba una ceja, sorprendida.

—¿Puedo llevarlo conmigo? Yo me encargaré de él. Se lo prometo. No se enterará de que está...

Catalina puso ojos suplicantes, pensando que aquella mujer se negaría. Pero, para su sorpresa, Henrietta adoraba a los perros. Así que un rato después, estaban bañando a aquella pequeña criatura peluda en la mansión Hastings.

Algo que al animal no le gustaba, por lo que intentó escapar en un par de ocasiones y se sacudió en otras dos, empapándolas.

Catalina se echó a reír. Fue una carcajada, tan impropia y a la que estaba tan desacostumbrada, que se cubrió la boca con las manos, avergonzada.

Pero entonces, Henrietta se echó a reír también y estuvieron un buen rato haciéndolo, hasta que les dolió el estómago y la mandíbula. Además, contagiaron a Clarisse y a Timmy. La planta superior del hogar Hastings se llenó en un momento de risas incontrolables.

Lucian entraba en la mansión cuando oyó todo aquel alboroto. Las risas lo sorprendieron. Se apresuró a llegar al origen y entró en el dormitorio de Catalina sin avisar. Se encontró con que todos reían abiertamente.

Pero sus ojos solo se fijaron en una persona.

Catalina estaba de rodillas en el suelo, con un vestido de muselina rosa. Frente a ella, una bañera de latón en la que un cachorro empapado se sacudía, esparciendo el agua por doquier.

Pero la atención de Lucian se dirigió al rostro de la muchacha. Cuando reía era aún más hermosa, con los ojos cerrados, las mejillas sonrojadas y una sonrisa deslumbrante. Estaba empapada, y el moño se le había deshecho en gran parte, por lo que mechones rubios caían sobre su cara.

Sintió que el corazón hacía un movimiento extraño, una sacudida inesperada.

Carraspeó levemente y ellas se giraron. El color huyó del rostro de Catalina al verle allí y la risa desapareció.

Qué lástima, pensó.

—Ay, Lucian, mira el nuevo inquilino del hogar Hastings—dijo Henrietta, sonriente—. Otro revolucionario como tú.

Lucian sonrió y entró en el dormitorio, con pasos decididos.

No era que Catalina se hubiera fijado, por supuesto. Como tampoco se fijó en su ropa, en cómo las prendas se movían sobre los músculos del pecho o de los muslos, tensándose al caminar.

Tampoco se fijó en como él se acercaba al cachorro y lo acariciaba, ni en cómo se echó a reír cuando el animal saltó de la bañera para escapar... Directamente a los brazos del recién llegado.

—Te va a poner perdido a ti también, Lucian.

—No importa, Henrietta —dijo Lucian, dejándose caer de rodillas al suelo, con el cachorro entre los brazos. Lo acarició con esmero —Vaya, vaya,

parece que a ti la vida tampoco te ha tratado demasiado bien ¿eh, amigo?

—Catalina le ha dado una segunda oportunidad —añadió Clarisse.

En ese momento, a ella se le aceleró el corazón. Sobre todo, porque él, que se había colocado al lado de ella, pero sin tocarla, alzó la cara y la miró con tal intensidad en los ojos que Catalina sintió que el mundo se detenía.

—Qué afortunado —dijo Lucian, esbozando una sonrisa de medio lado, en la que se marcó un hoyuelo deliciosamente tentador en su mejilla derecha —. ¿Y cómo va a llamarle?

A Catalina le costó responder. Tras unos tartamudeos más que evidentes, bajó la cara y se retorció las manos sobre el regazo, pensando, pensando.

—Percival, como uno de los caballeros de la mesa redonda —Y cuando alzó la cara, se encontró con que Lucian la miraba, muy serio.

Luego, acarició la cabeza del animal y dijo:

—Bueno, Percival, bienvenido al hogar Hastings.





Ada solo tenía un pensamiento en su cabeza. *¿Qué demonios voy a hacer con un muchacho a mi cargo?*

Estaba loca. ¡No lo había pensado con lógica! Por supuesto que no. Porque se había dejado llevar por la compasión y por el corazón.

Si Andrew me viera... Todo sería diferente, pero él ya no está para recriminarme nada, se dijo a sí misma, cortando con brusquedad cualquier conato de recuerdo doloroso.

— ¿Estás asustado?

— No, señorita. Pero preferiría que el señor Pitts no me pusiera la mano encima otra vez.

— Tranquilo, Michael, yo me aseguraré de cuidar de ti.

No sabía cómo iba a hacerlo, sin trabajo, con los pocos ahorros que había traído con ella de Coventry. Pero era una mujer inteligente, con recursos. Siempre salía adelante. Y en esta ocasión no sería diferente.

— Cuéntame cosas sobre ti.

— ¿Sobre mí?

— Sí.

— Pues no hay mucho qué contar. Mis padres murieron de cólera hace un año. Mi padre y yo éramos deshollinadores, pero cuando él se murió, me quedé sin trabajo. Acabé en Whitechapel, y el señor Pitts me ofreció un sitio dónde dormir si le traía monedas y cosas de valor todos los días. Cuando no era suficiente, me pegaba y... Amenazaba con tirarme por una chimenea.

— Eso no ocurrirá. Yo... — se vio interrumpida por gritos. Buscó con

la mirada su origen. Pronto lo encontró. Sobre un caballo que corría desbocado había un muchacho que gritaba. Había perdido el control y era cuestión de tiempo que se precipitara al suelo, lo que, a esa velocidad, podía ser fatal para el niño.

Ada miró a su alrededor. La gente contemplaba aquello con horror, pero nadie se movía.

¿Así funcionaban las cosas en aquella ciudad? Un muchacho estaba a punto de morir y nadie iba a impedirlo. Las damas ni siquiera soltaron los parasoles y los pocos caballeros que había por allí llevaban ropas demasiado caras como para tratar de interesarse por alguien que no fueran ellos mismos.

Ada miró todo con los ojos llenos de desesperación, sobre todo, cuando vio a una dama que corría y pedía auxilio, gritando que el niño era su hijo.

Se decidió. A unos metros, descansando junto a un árbol, había un par de caballos vigilados por un joven que dormitaba sobre la hierba.

Michael comprendió la intención de Ada y le hizo un gesto de aprobación. Tenían que intentar salvar al pobre muchacho, cuyo destino parecía sellado.

Ada se escabulló a la carrera ignorando que las delicadas damas inglesas nunca apresuraban en paso y llegó hasta la arboleda donde los caballos pastaban. Desde esa distancia, descubrió que eran ejemplares majestuosos. Uno de ellos era la yegua más hermosa que jamás hubiera visto, toda blanca, salvo por una mancha gris junto a la cola trenzada.

La yegua alzó la cabeza y clavó sus ojos negros en ella. Por una décima de segundo, admiró la belleza del animal, descubriendo la nobleza que escondía en su mirada. Alargó la mano y rozó la suave testuz de la cabeza,

hasta que la yegua se rindió a las caricias de Ada. Luego desanudó la cuerda que la sujetaba al árbol y la liberó. Agarró las riendas y subió a lomos de la yegua, notando que el vestido se desgarraba en cuanto abrió las piernas para montar a horcajadas.

En ese momento, poco le importaba el convencionalismo social que obligaba a las damas a montar de lado.

Con los músculos de las pantorrillas presionó los lados de la yegua, al tiempo que hacía un ligero ruido con la boca, como el de un beso lanzado al aire. La yegua comenzó a trotar.

Ada la manejó con maestría, abandonando la arboleda y tomando el camino hacia la parte central del parque.

Pasó cerca de Michael, que la animó.

— ¡Vamos, preciosa! ¡Vamos! — le dijo a la yegua, que galopaba ya a gran velocidad, ante el asombro de las personas que presenciaban la escena. Para ella, apenas eran caras borrosas deformadas por la velocidad y la sorpresa. Pronto atisbó el otro caballo, que aún corría descontrolado. Ada hizo que la yegua incrementara la velocidad, más aún, y pronto alcanzaron al otro caballo.

— ¡Eh, chico! — gritó.

El niño, que estaba inclinado hacia delante, agarrado con tanta fuerza a las riendas que probablemente estaba hiriéndose a sí mismo y al caballo, alzó la cabeza y la miró.

Ada comprendió que no debía tener más de diez años y que estaba llorando por el pánico.

— ¡Incorpórate! ¡Relaja los brazos!

El niño negó con la cabeza, estaba aterrado.

— ¡Él está tan asustado como tú!

El niño comprendió las palabras de Ada y las obedeció. El caballo se ralentizó ligeramente, lo que permitió que ella aproximara su yegua por el flanco izquierdo, de manera que los caballos galoparon separados por escasos centímetros.

— ¡Dame la mano! — pidió ella.

— ¿Para qué?

— ¡Vas a saltar y te voy a coger!

El niño agarró la mano desnuda de Ada, que lo miró con tal certeza en los ojos que le hizo confiar en ella sin dudarlo.

— ¡Salta hacia mí, que te cogeré!

El niño lo hizo, cerrando los ojos. Pronto, se vio agarrado por unos brazos que lo estrechaban fuertemente contra ella. Al abrir los ojos, se encontró con la mirada de Ada y una sonrisa en su rostro.

— Estás a salvo, chico.

El niño asintió y se hundió entre los brazos que lo habían salvado, tratando de evitar los temblores que lo embargaban.

Unos instantes después, hizo que la yegua detuviera el trote ante lo que el joven abrió de nuevo los ojos.

— Vamos a bajar, ¿de acuerdo?

El pequeño se limitó a asentir. La vio descender de un salto y cuando le tendió las manos, él las agarró con rapidez y bajó junto a ella, porque no quería permanecer a lomos de un caballo ni un segundo más. En ese momento

fueron conscientes de los curiosos que habían ido acercándose y que ahora formaban un heterogéneo grupo que los rodeaba.

— ¿Estás bien? —le preguntó al muchacho, que se sentía avergonzado ante lo acontecido.

— ¡Oh, gracias a Dios! — dijo una dama, elegantemente vestida, que se abrió paso entre los espectadores. — . ¡Mi pequeño!

— ¡Madre!

El niño fue rodeado por los brazos de su progenitora y Ada fue consciente de que ambos eran aristócratas.

Entonces se miró la falda. Estaba rota, desgarrada hasta la altura de la rodilla, de manera que la enagua (también hecha jirones) dejaba ver sus desgastadas botas y sus medias, que llegaban hasta sus muslos y que eran sujetadas por las ligas, una de las cuales también se había soltado.

Trató de cubrirse, cerrando las aperturas de la falda, porque se dio cuenta de las miradas inapropiadas de los caballeros que la rodeaban. Los mismos que no habían actuado para salvar la vida de aquel joven.

— ¡Ada! — la llamó Michael — . ¿Estás bien?

— Sí. Estoy perfectamente.

— ¿Señorita? — dijo la madre del niño — Soy la condesa de Von Wessend y éste es mi hijo, Robert. No tengo palabras para expresar mi gratitud por lo que ha hecho... Mi marido está enfermo y no sé qué habría sido de mí si el paseo de hoy se hubiera convertido en una tragedia. ¿Cómo puedo agradecerle su actitud heroica?

Ada se dio cuenta de que estaba ante una condesa y su heredero, así que bajó la cabeza haciendo la reverencia que mejor supo llevar a cabo y

habló, diciendo:

— No debe agradecerme nada, condesa de Von Wessend.

— No sea modesta, señorita, porque créame cuando le digo que ha salvado mi bien máspreciado. Le debo... Mi vida.

Ada miró a Michael, que parecía tan impresionado como el resto de personas allí presentes. Se sentía torpe, sin saber cómo relacionarse con esa parte de la sociedad. Era mediocre, una pueblerina que no sabía lo suficiente sobre normas y tratamientos formales. Y su falda estaba destrozada.

— Dígame qué puedo hacer por usted, de verdad.

— Yo...

Pero entonces oyeron la voz de un joven que se acercaba a la carrera.

— ¡Ahí está la ladrona de la yegua!

El grupo se abrió, de manera que el joven mozo de cuadra avanzó con paso decidido hasta Ada, apuntándola con un dedo acusador, después de contemplar el ruinoso estado de su falda.

— ¿Dónde está la sinvergüenza?

Una mujer vestida con un conjunto de montar morado seguía al mozo y no tardó en clavar sus ojos negros en ella. Hubo desprecio en ellos y una emoción más profunda, más visceral, que se afaná en ocultar con rapidez.

— ¡Lady Minerva! — exclamó la condesa, y Ada pudo detectar cierta aversión en ella. — No debería emitir juicios tan apresuradamente.

— ¿No debería? — dijo, levantando la ceja con desdén — . ¿Acaso no ha robado una yegua...?

— Lo ha hecho para salvarme — Avanzó el pequeño Robert,

mostrando un coraje más propio de un adulto que de un niño como él.

— ¿Qué?

— Baronesa de Lisbrook, el caballo de mi hijo se había desbocado — habló la madre de Robert — . Si no hubiese sido por la rápida intervención de la señorita estaría lamentando la mayor tragedia de mi vida.

— ¿Es eso cierto? — Miró a su alrededor y fue testigo de los asentimientos de cabeza de todos los testigos que los rodeaban.

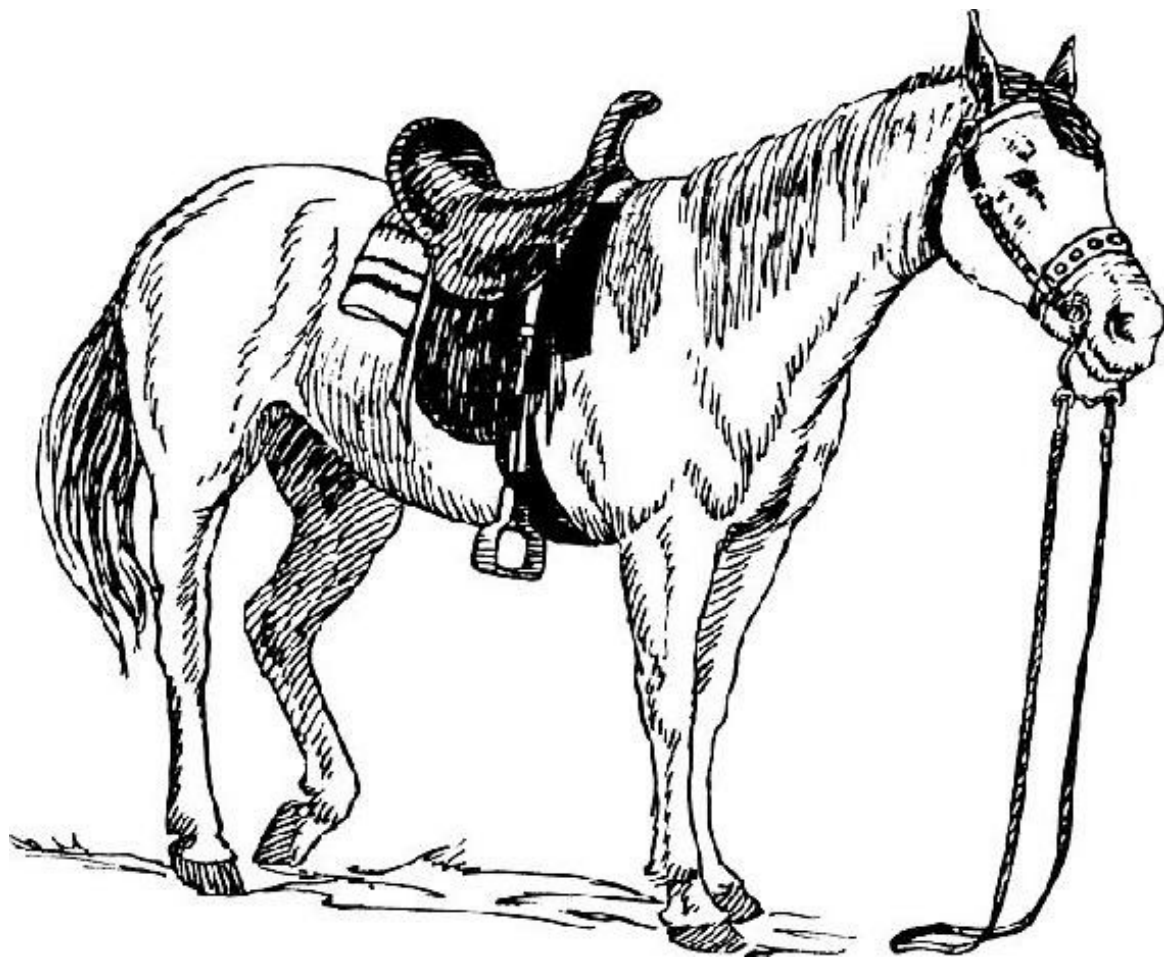
Ada bajó la cabeza, pues se sentía avergonzada e incómoda ante toda aquella atención no deseada. Había dejado un problema en Coventry, y acababa de meterse en otro lío. El segundo en el mismo día.

Y eso que se había prometido que trataría de pasar desapercibida.

Todavía sujetaba las riendas de la yegua, que ya se había recuperado de la carrera.

Cuando el mozo se acercó al animal para reclamar las riendas, ésta se movió con brusquedad, moviéndose hacia Ada, que acarició el cuello del animal y sonrió, ante el visible enojo del joven.

— Parece que prefiere la compañía de la persona que la ha robado — oyó una voz masculina detrás de ella.





Ada giró la cabeza y entonces lo vio. A contraluz, de pie, a algo menos de un metro, se hallaba un hombre altísimo. Lucía unos pantalones claros, con botas de montar que llegaban hasta sus rodillas. El torso estaba cubierto por una casaca gris, debajo de la cual se veía un chaleco negro y una camisa blanca. Y luego estaba su cuello, largo y musculoso. Los ojos de Ada se atrevieron a mirar su rostro y al hacerlo, el corazón se le aceleró.

De forma ovalada, la simetría en sus rasgos le conferían una armonía que hacía hablar de una incomparable belleza: los pómulos altos, la nariz recta, la frente ancha y cuadrada, el cabello dorado con brillos ocres. Sin embargo, todo palidecía en comparación con sus ojos azules, tan claros y hermosos que Ada se sintió sorprendida porque nunca había visto unos así.

— ¡Su excelencia! — dijo el joven mozo, tras hacer una inclinación de cabeza — Lo siento mucho... Me despisté mientras usted paseaba con la baronesa y...

Ada comprendió que era un duque, pero se negó a sentirse intimidada ante ese descubrimiento.

— Su excelencia, esta dama ha salvado a mi hijo, el futuro Conde de Von Wessend.

— Eso he oído — dijo, contemplando a Ada mientras levantaba el mentón con petulancia —. Aunque lo ha hecho robando mi yegua.

— ¡Es una ladrona! — gritó la Baronesa de Lisbrook.

Y entonces, ella respondió, después de resoplar visiblemente.

— Tengo entendido, baronesa, que los ladrones no devuelven lo que

usurpan, y como no es el caso que nos ocupa, puesto que yo iba a devolver esta magnífica yegua ahora mismo, no me gusta ser considerada como tal.

Se hizo un silencio tan solo interrumpido por el canto de algún pájaro cercano.

— Tome su animal, por favor — dijo ella, tendiéndole las riendas, mientras él la miraba fijamente con sus ojos azules.

— ¿Se ha sentido ofendida, señorita?

— No, ¿cómo podría? — dijo encogiéndose de hombros. — La he tomado prestada, pero, aunque no hubiera podido devolverla, no me sentiría ofendida si el resultado de mi acción hubiese sido igual de satisfactorio.

Ni siquiera supo cómo fue capaz de hablar con tanta soltura y empleando palabras petulantes, pero siempre se le había dado bien expresarse y defenderse bajo presión. Era su mejor cualidad. O eso pensaba.

El duque le mantuvo la mirada durante demasiados latidos de su corazón antes de tomar las riendas, rozando deliberadamente sus dedos. Él llevaba unos guantes negros, ella no. Y fue consciente de que había un mundo entre aquellas manos, pese a que estuvieran en contacto.

La yegua se movió, mostrando su disconformidad ante el hecho de ser devuelta a su legítimo dueño y golpeó con el hocico a Ada.

Ella sonrió, orgullosa del cariño que despertaba entre los animales y acarició la testuz de la yegua con dulzura. Notaba la mirada del duque sobre ella, así que ladeó el rostro y lo miró.

Vio algo indescifrable en su expresión. Una admiración sumergida, o quizá algo más.

Ada lo interpretó como desprecio.

— Lamento las molestias que mi actuación le haya causado, su excelencia — habló ella, manteniéndole la mirada con decisión.

— No se disculpe, señorita. Ha salvado la vida de un conde y ha conquistado a la yegua más terca de todo Londres. Creo que ha logrado grandes victorias esta tarde —dijo él, con la voz demasiado monótona, sin pasión en sus palabras, aunque hubiera un cumplido en ellas.

Ella asintió con la cabeza y apartó los ojos de él.

Sintió pena de sí misma. ¿Tan impresionable y débil era?

Tenía que dejar de sentirse inferior a ellos. Siempre había pensado que no había ningún mérito en nacer entre las filas de la aristocracia. El verdadero respeto se lo ganaban las personas que nacían en situaciones desfavorables y luchaban cada día para llevar el pan a su mesa.

Tenía que recordar sus valores mientras siguiera allí, después de haber huido.

— Ahora, si me disculpan, mi acompañante y yo debemos regresar a casa — dijo, haciendo otra reverencia.

Se acercó a Michael, lo rodeó de los hombros y lo estrechó contra ella.

— ¿Su acompañante? — escuchó a la Baronesa — . Una rata callejera.

— Por favor, Minerva — la voz de él sonó contundente. Algo que sorprendió a Ada — . No insultes al niño en mi presencia.

Echó a andar, alejándose del grupo de curiosos, que no tardarían en extender diferentes versiones de lo que había acontecido aquella tarde.

— Señorita Smith, ha demostrado que usted tiene un corazón muy grande. Siempre está dispuesta a salvar a chicos como yo.

Ada sintió compasión y tristeza a la vez.

— Aunque sé bien que ese niño y yo no éramos iguales. Él nunca tendrá que ser deshollinador.

Tenía razón. Se habían dado de bruces con aristócratas. Poderosos, encumbrados, diferentes.

— Hemos tenido suerte de que no nos denunciaran a la policía.

— ¿Lo habrían hecho?

— Desde luego.

— Pero uno de esos caballeros me ha defendido. Parece diferente.

Ante estas palabras, ella volteó la cabeza y lo buscó. Seguía en el mismo sitio, acariciando el cuello de la yegua, mientras la Baronesa de Lisbrook hacía exabruptos con los brazos descargando su ira en el joven mozo de cuadra, cuya cara se había vuelto del color de un tomate.

Y entonces, también la miró, con sus indescriptibles ojos azules del color del cielo en un día de primavera.

— Yo creo que sólo hay desprecio en los que son como ellos — dijo, apartando la mirada con premura. Notó calor en sus mejillas y se preguntó si Michael lo apreciaba. Esperó que no — Desprecio, altanería, petulancia, engreimiento... En realidad, ellos no valoran el precio de una vida que no sea la suya, porque viven en sus burbujas, complacientes y protegidos. Nunca te dejes impresionar por alguien así. ¿Lo entiendes, Michael?

— Sí.

— Más te vale recordarlo — añadió ella en voz alta, pero en realidad, lo dijo para sí misma.



Había caído la noche cuando Lucian pasó por el hostel donde Ada le había dicho que se alojaba. Y para su sorpresa, no la encontró sola. Había un muchacho, pequeño, raquítico, vestido con prendas de lana y zapatos nuevos. Lo reconoció al instante. Era el niño que había en la estación, el que le había robado el retículo a Catalina Wright. Luego desvió la mirada a su camarada, que llevaba ropas masculinas también. Supuso que todas las prendas eran recién adquiridas. Se preguntó qué había sucedido en la vida de Ada desde que se había separado de ella aquella misma mañana.

—Parece que has estado ocupada, Ada. ¿Qué ha pasado?

Su camarada, que se recogía el pelo para ocultarlo debajo de un sombrero, le miró a través del reflejo del espejo y le contó con pormenores todo lo que le había sucedido desde que había intentado llegar al hostel.

—¿Y te has quedado con el muchacho?

—No podía hacer otra. Ese tal señor Pitts lo tiene aterrorizado. Aquí tiene dónde comer y un techo sobre su cabeza. Yo tengo unos ahorros con los que puedo contar hasta que encuentre trabajo.

—No te preocupes por el dinero, Ada —Lucian conservaba aún las quinientas libras que Aaron Wright le había dado. Aún no había pensado qué hacer con ese dinero, pero le parecía una buena idea invertirlo en gente que lo necesitara más que él. Como ese pobre chiquillo cuyo físico denotaba las calamidades por las que había pasado.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo te ayudo con él —dijo él sin dar más detalles—. ¿Cómo te llamas, chico? —dijo Lucian, colocándose de cuclillas frente al muchacho, al

tiempo que le dedicaba una sonrisa tranquilizadora.

—Michael.

Lucian parpadeó cuando percibió el nombre, porque conjuraba visiones de la noche de su huida. Recordó los gritos de dolor, el filo de un cuchillo.

Su mente volvió a aquel momento, a él corriendo hacia el policía, que estaba atacando con el cuchillo a Michael Bright.

—¡No! ¡No!

A pesar de la prisa, llegó tarde. El policía había hundido el cuchillo en el costado de Michael y luego, de nuevo, en el pecho. Lucian se interpuso y empujó al policía, que cayó hacia atrás y se le escapó el arma.

—¡No te metas en esto, Monroe!

—¿Por qué le has herido? ¿Por qué?

—Porque vio lo que no debía. Y eso firmó su sentencia de muerte.

En ese momento, algo se despertó dentro de Lucian: una rabia desconocida, que había prendido fuego a sus músculos, instándole a golpear. Unos instantes en el que lo vio todo rojo.

Se abalanzó sobre el policía, y le golpeó en la cara tantas veces y con tanta furia que estaba seguro que lo había matado. De no ser porque oyó a Michael, que aún conservaba un hálito de vida, no habría cesado sus golpes.

Y el resto de los recuerdos se volvían difusos. Él, corriendo con Michael en brazos hasta el hogar Hastings, rezando para que el doctor pudiera hacer algo, cualquier cosa, para salvar a aquel muchacho. Aunque había sido en vano. Lucian se había venido abajo por la culpa y porque, además, estaba seguro de que había matado a uno de los Mallory. La violencia había sido tal

que no había podido sobrevivir. Por cómo habían quedado las manos de Lucian podía imaginarse el resultado de los golpes que había impartido.

Lucian Monroe era un asesino, y llevaba ya demasiadas muertes sobre su conciencia.

Todo eso había aflorado al escuchar aquel nombre. Miedos desenterrados. Verdades pesadas como las piedras atadas a los tobillos de los suicidas que se arrojaban al Támesis.

—Lucian, ¿te encuentras bien? —le preguntó Ada.

—Sí, sí. Perfectamente —respondió él, aunque se sentía aturdido—. Estaba pensando en qué vas a hacer con este muchacho esta noche. No habrás pensado en llevártelo a la reunión de camaradas, ¿verdad?

—¿Y qué quieres que haga? ¡No voy a dejarlo aquí!

—¿Y si viene la policía? ¿Lo has pensado?

—¿La policía? —preguntó Michael, ahora, repentinamente nervioso—. ¿Se me van a llevar?

—No, Mike, no —dijo Ada, poniéndose en pie. Caminó hasta el niño y lo abrazó contra ella. Le acarició el cabello y dedicó a Lucian una mirada poco amistosa—. Te vas a quedar aquí y no le vas a abrir a nadie...

—¡No quiero quedarme solo!

—Mike...

—No tienes que quedarte solo. Conozco a una señora muy agradable que te cuidará mientras nosotros estamos reunidos. Y te dará galletas de jengibre.



Después de dejar al pequeño Michael en el orfanato Hastings, donde Clarisse lo recibió con una sonrisa y le prometió galletas y leche caliente, Lucian y Ada tomaron la calle que se adentraba en Whitechapel.

La taberna “El lobo y el zorro” era un lugar mal ventilado, oscuro y peligroso. Tanto, que la policía no aparecía a menudo por allí. Por eso, los miembros del Partido Comunista habían organizado aquella reunión clandestina en la planta superior.

Les costó atravesar la planta de abajo. Había una barra donde un camarero servía cerveza. Lucian vio que la gente formaba filas para consumir, dejando caer las monedas sobre la madera al grito de “¡Otra pinta!” con un acento irlandés más pronunciado que el suyo propio. El humo de los cigarros llenaba el local, convirtiendo la atmósfera en una mezcla de hedor corporal y tabaco, difícilmente respirable.

Ada se percató de otras cosas. De las mujeres, ligeras de ropa, sentadas en las mesas, inclinadas sobre hombres, que las acariciaban sin reparo. Apartó la mirada cuando sintió la repulsión sacudiendo su propio cuerpo.

Lograron subir unas estrechas escaleras que conducían arriba y pronto los vieron.

Detrás de una mesa había un par de hombres que hablaban en confidencias. En el resto de la estancia, apoyados en la pared o en las

esquinas, había más hombres ataviados con ropa de fábrica. Lucian los evaluó: cansados, sucios, flacos, pero con la misma determinación en la mirada.

Uno de los hombres se presentó. John Gibson, líder de un sindicato en un molino londinense. Y, poco a poco, todos hicieron lo mismo. Venían de fábricas de calzado, de los astilleros, de las curtidurías... Y todos tenían en común sus ganas de luchar por el partido.

—Lucian Monroe, de Manchester —dijo al presentarse y se dio cuenta de que hubo cierto revuelo murmurado.

—Te conozco —le dijo John Gibson—. Te vi hace años, espoleando a los trabajadores del molino Cauldwell. Tu fama es legendaria, Monroe. Hay muchos camaradas que han oído hablar de ti.

Lucian aceptó el cumplido con un leve asentimiento.

—¿Queda alguien más por presentarse? ¿No ha venido A. Smith, de Coventry?

En ese instante, mientras las miradas peinaban la estancia, Ada dio un par de pasos hacia delante, se quitó la gorra, dejando que su cabello cayera sobre sus hombros y dijo:

—Soy yo. Ada Smith, líder sindical de la fábrica Carston. O lo era, hasta que me despidieron —dijo, alzando el mentón.

—¿A. Smith no es una mujer!

—Sí lo soy —respondió Ada, sin dejarse intimidar. Miró a los hombres que la rodeaban. Las caras de sorpresa e indignación le provocaron ganas de reír, pero se mantuvo estoica—. Muchos de nosotros hemos compartido correspondencia. ¿O no, señor Jefferson, jefe de los estibadores? ¿No me comentó los problemas con su patrón hace dos meses? ¿Y usted, señor

Brad, de la curtiduría Robin and Sons? Recuerdo que hace cinco meses perdieron a un chico joven en un accidente. ¿Necesitan alguna prueba más que evidencie quién soy?

Se produjo un revuelo entre los hombres, que no daban crédito.

—¡Una mujer! ¡Sindicalista! ¿Dónde se ha visto tal despropósito?

—En Coventry la mayor parte de las empleadas de las fábricas son mujeres. ¿Quién iba a representarlas si no lo hacía yo? —arguyó Ada, plantando cara a un estibador.

—Las mujeres cobráis menos y por eso os prefieren los patronos. ¡Quitáis el trabajo a los hombres!

Ada no disimuló la carcajada que se le escapó.

—¡Trabajamos las mismas horas y cobramos menos! ¿A vosotros os parece justo?

—Para empezar, el lugar de las mujeres debería estar en el hogar —soltó otro—. ¡No en una fábrica, con otros hombres!

—¡Eso sí que es un despropósito! ¡El tiempo en el que las mujeres estaban en casa se ha terminado! ¡Podemos trabajar! ¡Y queremos hacerlo sin jugarnos la vida! Exactamente igual que vosotros, camaradas.

De nuevo un revuelo.

—Estáis tan acostumbrados a disponer de la vida de las mujeres, a decidir lo que es bueno o no, para vosotros, que no os hacéis una idea de todas las trabas a las que nos enfrentamos. He visto compañeras embarazadas trabajando hasta el último día...para volver a incorporarse todavía sangrando. ¿Vais a decirme que no habéis visto lo mismo en vuestras esposas, en vuestras hermanas? ¿En vuestras hijas? ¿Es eso lo que queréis para ellas? ¿Que mueran

bajo las máquinas, igual que vosotros? Yo estoy aquí por ellas. Por la lucha que todos compartimos.

La arenga de Ada silenció a todos los presentes. Lucian observó cómo el escepticismo de aquellos hombres se transformaba en admiración.

Cuando Ada acabó, Lucian fue el primero en aplaudir, haciendo que el resto de hombres se unieran, aunque con mayor o menor reticencia.

—¡Proletarios, hombres y mujeres, uníos! —gritó Lucian—. La esclavitud está en la sumisión. La libertad... ¡En la lucha!



Un rato después, el alcohol había hermanado a casi todos los camaradas. La cerveza había eliminado gran parte de los prejuicios iniciales y había acalorado el tono del debate hasta límites incendiarios.

Ada acababa de subir al piso superior con dos pintas cuando contempló cómo Lucian se interponía entre uno de los estibadores y un irlandés que trabajaba en una fábrica de metal, que parecían a punto de enzarzarse en una pelea.

Observó cómo el pelirrojo los sujetaba del pecho, ejerciendo una fuerza que contenía a aquellos hombres y luego se dio cuenta de cómo les hablaba. Por algo tenía esa fama de líder. Poseía una capacidad innata para convencer a la gente, y eso era poder. Al menos, en su pequeño mundo. Recordó la primera vez que oyó hablar de él. Fue Andrew, su pareja, al que le habían llegado comentarios de una huelga en Manchester encabezada por un *“pelirrojo irlandés que te emocionaba con sus palabras”*. Luego, cuando ella se había convertido en la líder sindical de su fábrica y había conocido al Partido y a otros camaradas, habían comenzado a enviarse cartas. Por suerte, Ada sabía leer y escribir. No era gran cosa y estaba segura de que se equivocaba al transcribir algunas palabras y notaba cómo a su cabeza le costaba encadenar frases más complejas por escrito, pero, aun así, los mensajes salían y volvían. Y el círculo se había ido ampliando. Se había aferrado a eso cuando perdió a Andrew y después, cuando perdió a su bebé y volvió sangrando a la fábrica y el jefe le increpó por no trabajar al mismo ritmo de antes. Bueno, había perdido su empleo, pero le había cantado las cuarenta a su patrono, un opresor que no poseía ni un ápice de caridad humana.

Y entonces, en lugar de venirse abajo, había recibido una carta de

Lucian, hablándole de una reunión del Partido en Londres. Una de tantas que se celebraban, pero que había trascendido las fronteras entre ciudades y había desafiado la clandestinidad. Así que había respondido que acudiría, había preparado su equipaje, lo poco que en realidad conservaba, y había emprendido aquella aventura que no sabía muy bien qué acabaría deparándole.

Lucian se acercó a ella con una sonrisa amable y ella le tendió la pinta. Lo vio dudar.

—¿No bebes?

—No suelo —confesó él—. Me gusta estar alerta en todo momento, pero...gracias —aceptó la bebida.

—Creo que no ha ido demasiado mal.

—Conforme avance la noche alguien acabará soltando los puños, pero, al menos, hemos burlado a la policía.

—Sí —dijo ella, alzando el vaso para brindar con su camarada. Lucian aceptó—. ¿No vas a preguntarme por qué me he vestido de hombre?

Lucian dio un largo sorbo a la cerveza y luego la miró, con ojos divertidos.

—Es lo más prudente para moverte por barrios como éste —añadió él—. Eres una mujer muy inteligente, Ada. Y una gran camarada. Lo que has dicho antes ha conseguido aplacar a algunos de estos bestias a los que no se les había ocurrido pensar en algo tan cierto como la situación de las mujeres. Esclavas de los esclavos.

—¿Y a ti? ¿Se te había ocurrido?

Lucian bajó los ojos y, en ese momento, un pensamiento cruzó su cabeza. Catalina Wright, esa muchacha a la que él había juzgado de manera

implacable sin detenerse a pensar en las muchas trabas por las que tendría que pasar solo por el hecho de ser mujer.

—A veces he sido un poco corto de miras.

—Las mujeres estamos en desventaja. Vosotros decidís sobre nuestro destino y no nos queda otra que acatar. Si vosotros estáis oprimidos, nosotras vivimos bajo vuestro yugo. Como en una doble opresión, tal y como has dicho: Esclavas de los esclavos. Incluso aquellas mujeres que nacen en buena familia no tienen libertad para elegir lo que quieren hacer con su vida. Las mujeres somos prisioneras en un mundo libre.

Lucian abrió mucho los ojos, sorprendido por la verdad que encerraban las palabras de Ada.

—Tienes razón. Y te prometo que no volveré a juzgar la situación de las mujeres tan a la ligera, camarada.



Catalina no podía conciliar el sueño. ¿La razón? Un pelirrojo que se iba a hospedar en la misma mansión que ella. Cuando lo había descubierto, había tenido que reunir todo su autocontrol para no enfadarse con Henrietta. Después de lo que él le había dicho, tendría que coincidir a menudo porque, al parecer, los dormitorios estaban contiguos. Había pensado escribir a su hermano, exigiéndole que lo impidiera, pero luego, cuando se había serenado, había empezado a reconocer que sentía cierta...atracción por aquel hombre.

No sabía explicarlo bien, pero su cuerpo reaccionaba ante su

presencia. Como cuando él se había arrodillado junto a ella para coger a Percival. La ternura que había demostrado con el cachorro, junto a esa forma tan masculina de hablar y moverse, todo músculos en tensión y voz grave, hacían que ella deseara cosas...inimaginables.

Eso debía ser la pasión. Algo así había sentido su hermano por su cuñada... Algo intenso, fuerte...Arrollador. Algo de lo que quería más.

¿Y si lo experimento? ¿Y si...?

Percival, que dormía hecho un ovillo a los pies de su cama, alzó la cara y las orejas.

Ante la inquietud del animal, Catalina se incorporó en el lecho, agudizó el oído y escuchó unos pasos. Se levantó de la cama, incapaz como era de conciliar el sueño, asió una vela y abrió la puerta. Tuvo que pestañear para asimilar lo que vio al otro lado. Al acercar la luz, se encontró con Lucian Monroe, con una rodilla hincada en el suelo sobre la alfombra.

Él alzó la cara al verse descubierto, puesto que estaba dispuesto a dejar la rosa (que había robado al regresar trepando por una reja de una mansión cercana) para que Catalina la descubriera al día siguiente como ofrenda de paz. Sus ojos verdes refulgieron con la luz de la vela. Además, Catalina se fijó en la camiseta de algodón, en los tirantes, uno de los cuales se había resbalado y quedaba a la altura del antebrazo.

—Señorita Wright —Su voz tornó grave cuando se dio cuenta del camisón que ella lucía. Tragó saliva. Hacía mucho que no veía a una mujer en ropa interior, era cierto. Desde que había perdido a su esposa, se había impuesto una castidad a la que se había acostumbrado. A pesar de que había tenido escarceos en Manchester, a pesar de que sabía que era objeto de deseo entre muchas de las jóvenes hilanderas, él no se había implicado físicamente

con ninguna.

Se mantenía alejado de las faldas, y así controlaba el deseo. Pero entonces había visto a Catalina, con una pieza de lino que marcaba las curvas de sus pechos, los contornos de las caderas, y mostraba las rodillas. Tragó saliva de nuevo. Notó que el deseo se tensaba en sus pantalones. Hacía demasiado que no se sentía así. Agradeció la oscuridad que les envolvía.

—Señor Monroe —dijo ella—, ¿qué hace?

Él alzó la mano en la que llevaba la rosa y se la tendió. Al reconocer de qué se trataba, ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Quería disculparme. Fui un necio con usted.

Catalina parpadeó, pero no se movió. Lucian aprovechó para contemplarla mientras esperaba su reacción. Llevaba el pelo suelto, una melena dorada que le llegaba hasta el pecho. No debía de fijarse en esas cosas, pero esa noche el alcohol había aflojado la autocontención a la que se sometía a diario.

Además, aquella joven era hermosa. ¿Para qué negarlo? La fama de su belleza había ido filtrándose en todos los ambientes de Manchester sin distinción. Había oído a compañeros del molino que se habían cruzado con ella y habían regresado impresionados. Aunque él ponía en duda todas esas habladurías. Y mucho más desde que Sophie se cruzó en su vida. ¿Podía haber alguna mujer tan hermosa como Sophie Hastings? Lo dudaba... Aunque Catalina tenía una cara perfecta, con los rasgos simétricos, los ojos muy grandes y una boca llena y con forma de corazón, de esas que en otro tiempo le habrían invitado a besarla. En otro tiempo, cuando Lucian era un chaval que utilizaba su carisma para impresionar a las chicas. Hasta que había conocido a Lara y había sentado la cabeza.

Habían pasado varios años desde que ella había muerto, desde que él había hecho una promesa en silencio mientras la enterraba.

Una promesa que pensaba cumplir hasta sus últimas consecuencias.

—Gracias —dijo ella, agarrando con cuidado la flor. Aun así, sus dedos rozaron los suyos.

No llevaba guantes y sus manos estaban calientes, a diferencia de las suyas, heladas como la noche de la que venía.

Y una parte de él notó que la promesa flaqueaba.

—Pero no me ha dicho si acepta mis disculpas —. Él volvió a sonreír, y ella se fijó con detalle. La boca se curvaba y exhibía unos dientes bonitos, pero los ojos seguían sin contagiarse, y resultaban tristes. Una sonrisa falsa que él se obligaba a poner, de eso se trataba.

—¿Las necesita? ¿Alguien como usted necesita que alguien como yo, que no pertenece a ningún lugar, le perdone?

—Veo que no olvida mis palabras. Me imagino que tampoco me va a perdonar.

—A diferencia de usted, no soy despiadada.

Lucian arqueó las cejas.

—¿Despiadado? ¿Eso cree? —Él se puso de pie, irguiéndose en toda su altura. Catalina se dio cuenta de que nunca había estado tan cerca de él, tanto que podía percibir su aroma, e incluso el frío que desprendía su cuerpo. Pero no se amilanó. Se quedó justo donde estaba, mirándole con un desafío en los ojos que a él le sorprendió.

—La sinceridad es, en muchas ocasiones, un acto despiadado.

Lucian bajó la cara, se echó hacia atrás el pelo, haciendo que los

músculos de su pecho se tensaran. Aunque Catalina no se fijó. O eso se aseguró a sí misma.

—Supongo que tiene razón. Pero la vida a la que estoy acostumbrado no entiende de remilgos ni de bondades y, muchas veces, no sé ser de otra manera —La voz de él había bajado, casi en un susurro cadencioso.

Tenía una voz bonita, que sabía modular para engatusar o convencer. Era parte del encanto Monroe, de su carisma. Lo mismo la elevaba para alentar y espolpear a los trabajadores, que la hacía descender, transformándola en una caricia peligrosa.

Catalina se dijo a sí misma que debía permanecer alerta ante él. Porque si no lo hacía, se vería arrastrada por ese magnetismo que él desprendía, muchas veces, sin pretenderlo. ¿Había algo más peligroso que eso? ¿Un hombre que seduce aun cuando no quiere?

Incluso en esa situación, despeinado, con el tirante derecho caído de manera desganada, la camisa abierta, helado de frío, cuando él levantó los ojos hacia ella, sintió que estaba ante una batalla perdida. Que ese hombre, igual que todos los que había conocido hasta ese momento, podía dirigir su destino sin que ella pudiera hacer nada para impedirlo.

Pero para su sorpresa, él retrocedió.

—Traeré una rosa cada día hasta que me perdone, señorita Wright.

—¿Por qué?

—Un camarada me ha hecho ver que los hombres estamos tan acostumbrados a dirigir la vida de las mujeres que nos permitimos despreciar su situación con demasiada ligereza. Y lamento haber sido tan corto de miras, para alguien como yo, que siempre ha luchado por los derechos de los demás, es un error imperdonable.

—Pues creo que ese camarada suyo es digno de tener en consideración.

—Eso mismo creo yo. Buenas noches, señorita Wright.



La duquesa de Arlington iba a celebrar un baile en su mansión la noche siguiente, y había invitado a Catalina. El primer baile donde se codearía con la aristocracia, con las amistades de su cuñada, que parecían ansiosos por conocerla.

Henrietta estaba ilusionada. Había recibido y leído la invitación a la hora del desayuno, donde había coincidido con Lucian Monroe, al que Catalina había intentado no mirar demasiado.

Algo en lo que había fracasado estrepitosamente y por eso se había fijado en que él llevaba unos pantalones oscuros, botas desgastadas, camisa y un chaleco de lana. También había reparado en su cabello, peinado hacia atrás, lo que despejaba su rostro, tan masculino. Con rasgos un poco hoscos, la nariz ancha como si se la hubieran roto en alguna ocasión, el rostro cuadrado y con marcas de viruela y esos ojos, cuyo tono verde le recordaba al océano que Turner había plasmado en su obra *Fishermen at sea*.

— Bueno, Catalina, ¿qué te parece? ¿No es una idea magnífica? ¡Las cosas comienzan a marchar!

— ¡No estoy preparada! — había alegado ella, aterrada ante la idea.

— Lo estás. Y han llegado los primeros vestidos de la modista. ¡Y son fabulosos! Tienes que estrenar uno y dejar que te adoren... —dijo Henrietta, y había seguido, dándole razones y más razones con tanta convicción que Catalina no había podido rebatirlas — . ¡Y ahora vamos a practicar los bailes para que no te equivoques!

Así que había cedido, a pesar de que en su cabeza se mezclaban todas las órdenes que su profesor en Manchester había intentado introducir durante

años sobre miradas, posturas, movimientos y sonrisas correctas.

Cuando Henrietta se marchó después de varias horas de ensayo en las que le había recordado además las reverencias y cómo debía referirse a los nobles según el título que ostentaran, se sentó en el suelo del salón de baile donde había estado ensayando hasta que había anochecido bajo la atenta mirada de la doncella y del pianista que le acompañaba y que por suerte también se había marchado. Se quitó los zapatos, con los que su exigente profesora le había obligado a moverse y comenzó a masajear sus doloridos pies hasta que se encontró con que Percival estaba a su lado y le golpeaba en el brazo con su hocico. Se giró hacia su querido amigo y se abrazó a él, rodeando su peludo cuello con sus brazos. El perro era todo piel y huesos, pero una vez que se repusiera y se alimentara bien, sería un animal magnífico. Catalina estaba segura de ello.

Lucian observó la escena desde la puerta del salón de baile.

Catalina llevaba un vestido claro que contrastaba con los tonos oscuros del pelo de su fiel compañero, que permanecía quieto mientras ella le abrazaba. Sin embargo, cuando Lucian se movió un centímetro más, el animal se puso tenso y ella supo que había alguien más allí. Se levantó con rapidez, se dio la vuelta y miró hacia Lucian, que se removió incómodo.

— Buenas noches.

— Buenas noches. Ya veo que sus clases de repaso han finalizado y por lo que Henrietta me ha dicho, han sido un éxito.

— Yo no me siento tan segura al respecto — dijo, colocándose de nuevo los zapatos.

— ¿Por qué?

— ¿Sinceramente? Porque tengo la cabeza hecha un lío.

— Es una mujer inteligente. ¿Le acobarda recordar unos cuantos pasos de baile?

Catalina cruzó los brazos, indignada.

— No son solo unos pasos de baile: es cómo sonreír, cómo moverme, cómo mirar, cuánta presión ejercer sobre la mano del caballero... Un sinfín de normas estúpidas cuando el baile sólo debería ser...

— ¿Qué? — dijo él, avanzando hasta ella. Se agachó para acariciar al cachorro, que se mostraba muy protector con su dueña.

— Sólo un baile entre un hombre y una mujer.

— Nunca es solo baile entre un hombre y una mujer. Siempre hay normas, convenciones, reglas y muchos ojos alrededor. Eso es lo que más les gusta a los aristócratas — dijo él mirándola.

Ella hizo un extraño mohín que llamó la atención de Lucian.

— ¿Eso es lo que le preocupa realmente, señorita Wright? ¿Los ojos que la van a observar?

— ¡No! Yo... No quiero defraudar a todos que tienen muchas esperanzas puestas en mí. Sobre todo, a Sophie.

— Ella pone sus esperanzas en todos nosotros, aunque no lo merezcamos.

— Es una mujer extraordinaria.

— Lo es — confesó él y Catalina sintió cierta sensación parecida a los celos. Pero no podía ser posible, ¿verdad? — . Y por eso mismo, le aseguro que no se decepcionará si tropieza o si nadie le saca a bailar, Catalina.

Ella se sintió sorprendida por esa forma de dirigirse a ella. Parecía que Lucian había recuperado cierta vitalidad y alegría perdidas, e incluso las

ganas de bromear.

— ¿Por qué me ha llamado así?

— ¿Le ha molestado?

— No. Pero viniendo de usted, es poco convencional.

Lucian sonrió, lo que le concedía juventud a su expresión y hacía resaltar las arrugas junto a los ojos y los hoyuelos de sus mejillas, un atributo que Catalina no podía evitar adorar.

— Le sienta bien reírse, señor Monroe. No deje de hacerlo — aconsejó. Se plantó delante de él. — Por cierto, dicen que usted no tiene miedo a nada. ... ¿Se atreve a bailar conmigo?

Catalina vio cómo la sorpresa se dibujaba en los ojos de aquel hombre.

— Me gustaría, pero alguien como yo...no ha sido instruido para bailar — dijo él, poniéndose en pie.

— ¿Nunca ha bailado?

— No. Bailar nunca ha formado parte de mi destino.

— Su destino y el mío tan...

— Distintos — se apresuró a responder él.

— Y, sin embargo, aquí estamos, señor Monroe. En el mismo salón de baile, en una ciudad extraña, llena de niebla... ¿Por qué nos ha hecho algo así el destino?

— No lo sé.

— Tal vez para que algún día, usted y yo compartamos un baile.

Sin esperar su réplica, le dijo a Percival que se diera prisa y salió de

la estancia, tratando de no pensar en los ojos de Lucian y en cómo su cuerpo experimentaba lo que ya sabía que era deseo.



La temida noche del baile llegó. Catalina eligió un vestido de su cuñada, en lugar de uno de los que acababan de recibir de la modista. Quería sentirse segura y protegida en su debut en sociedad, y llevar una prenda de Sophie le recordaba que confiaban en ella y en sus capacidades para superar cualquier circunstancia.

La duquesa de Arlington la recibió con dulzura y la condujo por la mansión, haciendo las presentaciones oportunas e informándola de detalles sociales sobre los invitados. Catalina trató de memorizar todo cuanto pudo sin mostrarse abrumada. Pero cuando unos sirvientes abrieron unas puertas que daban al salón de baile, el asombro fue inevitable. La pista de baile estaba justo al descender de una magnífica escalinata de mármol y desde aquella posición, podía ver a las parejas danzar, la orquesta en un rincón y las enormes lámparas de araña que colgaban del techo, con más de una decena de velas encendidas cada una.

— Es magnífico, duquesa... — dijo, girándose. Pero para su sorpresa, topó con alguien. Retrocedió para atrás, con la disculpa en la garganta, pero entonces alzó la cara. Se había topado con un caballero alto, ancho de hombros, que la miraba con unos increíbles ojos azules y la boca abierta. Parecía sorprendido, y ella no supo muy bien si era porque estaba molesto por el pequeño incidente o porque ella no se hubiera inclinado ante él en una reverencia. La hizo, como mejor supo. — . Perdóneme.

— No se preocupe. ¿Quién es usted? — dijo él, con una sonrisa seductora.

— ¡Duque de Henderson! — exclamó Nicole, que apareció en el campo visual de Catalina, que la vio hacer una reverencia regia y perfecta — .

Su excelencia, ya veo que ha conocido a la cuñada de Sophie Hastings.

— ¿La cuñada de Sophie? — Alzó una ceja dorada — . ¿Y qué la trae a Londres, señorita...?

— Wright.

— Sí, sé que Sophie se casó con un rico molinero, Aaron Wright. Pero me gustaría saber su nombre — dijo él con dulzura.

— Catalina.

— Bonito nombre, para una mujer hermosa. Y esos ojos... Causará sensación en Londres. ¿Está preparada para ello?

Catalina no tuvo tiempo a contestar porque dos mujeres abordaron al duque.

— Buenas noches, su excelencia. Está usted tan apuesto y cautivador como siempre.

— Gracias, baronesa viuda. Buenas noches, Minerva.

— Matthew, estás espléndido. Y usted también, duquesa de Arlington — desplazó sus ojos hasta Catalina — . ¿Quién es esta joven que la acompaña?

— Es mi amiga. Y además es cuñada de Sophie Hastings.

— ¿Sophie Hastings? ¿Se ha casado? ¡Si rechazaba el matrimonio con toda su alma! ¿No es así, Matthew?

— Bueno, cambió de opinión cuando conoció a mi hermano — respondió Catalina, ante la evidente incomodidad que percibió en el duque — . Y van a ser pronto padres de una criatura que nos robará el corazón a todos.

— Entonces, ¿por qué está usted en Londres? — inquirió aquella mujer.

— Porque es hora de que encuentre mi lugar en el mundo — dijo Catalina, que había decidido no dejarse amilanar.

Había tanto de verdad como de mentira en aquella afirmación. Los motivos que la habían llevado a aquella ciudad eran dos: protegerla y, a la vez, concederle lo que siempre había sido su sueño y quizá, tal y como Clarisse había insinuado, su hermano pensaba que alguien se interesaría en ella y le propondría matrimonio.

Pero ella estaba cambiando. Lo notaba con cada día que pasaba. Y esperaba que ese cambio la condujese a un destino en el que ella se sintiera feliz consigo misma y consiguiera dejar a un lado toda esa rabia que la invadía.





Dos horas después, Catalina se había escondido detrás de un pilar que quedaba oculto, tratando de aislarse del mundo que la rodeaba. A sus espaldas, el baile transcurría igual: decenas de parejas recorrían la pista, ejecutando los pasos con maestría mientras eran observados por la crema y nata de la alta sociedad. Se asomó tímidamente y entonces, desde aquel refugio, se permitió hacer lo que aún no se había atrevido: buscar al Duque de Henderson. No lo encontró. La horrible Baronesa de Lisbrook estaba en una de las primeras filas, acompañada de una mujer mayor con un evidente parecido entre ellas. Catalina comprendió que debía de tratarse de su madre.

Había notado su mirada sobre ella desde que había entrado en el salón de baile y otras tantas veces a lo largo de la noche. Y siempre había el mismo sentimiento en los ojos de la Baronesa, un odio visceral hacia ella. Supuso que aquella espantosa persona era el ejemplo de lo que le había dicho Lucian Monroe, que no la aceptarían porque no era como ellos.

Aunque el duque había sido agradable con ella. Tanto, que incluso Nicole se había mostrado sorprendida.

—¿Sabes que es uno de los aristócratas más poderosos de Inglaterra? Su linaje es intachable, y es uno de esos hombres que cualquier dama desearía pescar. Es educado, inteligente, muy apreciado en la Cámara de los Comunes y bueno, riquísimo. Y...No deja de mirarte.

Catalina no lo había creído, por supuesto. Alguien con esa reputación y esas características estaba destinado a alguien que no desentonara, a alguien con una estirpe y un abolengo que no diera que hablar en los salones. Alguien con título y una familia elitista.

Algo que Catalina no tenía.

Siguió mirando las caras de las parejas que danzaban, buscándole. Solo lo iba a mirar una vez más y luego, ya no pensaría más en él. Se dio por vencida y se dijo que lo mejor era no enfrentarse a él después de que se hubieran tropezado en la entrada. Se dio la vuelta y se encontró con un ancho torso cubierto por un chaleco granate y una camisa blanca. Alzó los ojos y su corazón se detuvo.

—Señorita Wright —dijo el hermoso duque de Henderson, esbozando una deslumbrante sonrisa—. ¿Está buscando a alguien?

A usted, pensó para sus adentros, mientras todo su cuerpo experimentaba las emociones que sacudían su interior. Los nervios la hicieron temblar, la vergüenza enrojecerse, y una amalgama de sentimientos extraños, confusos y desconocidos, hicieron que se sintiera torpe y nerviosa.

—No. Yo solo estaba... ¡Descansando!

—Creo que después de diez bailes seguidos, es lo justo.

Catalina alzó las cejas por la sorpresa.

—¿Cómo sabe que he bailado en diez ocasiones, su excelencia?

—Porque he estado observándola.

Catalina se quedó conmocionada. ¿Era posible, tal y como Nicole le había comentado?

—¿Y qué tal lo he hecho? Porque yo me he visto especialmente...

—Ha estado brillante. Lo que me lleva a preguntarle... ¿Me concede este baile? —dijo, colocando la palma de la mano abierta hacia ella.

¿Podía bailar con él? No. De repente, ni siquiera recordaba cómo andar, así que estaba claro que no podía acceder a aquella petición. Sin

embargo, tampoco podía rechazarle, por todas esas convenciones sociales inglesas en las que una dama nunca rechazaba un baile con un duque.

Asintió lentamente. El duque tomó su mano, se inclinó hacia ella y besó sus nudillos enguantados. Se le aceleró la respiración. Luego, él la condujo del brazo hasta la pista de baile. A medida que fue caminando, fue consciente de todas las miradas que se estaban fijando en ellos.

Todos los asistentes a aquel baile estaban pendientes de la extraña pareja que formaban, lo que puso a Catalina terriblemente nerviosa.

Cuando el duque la soltó para colocarse frente a ella, apenas podía respirar. Él le dedicó una sonrisa tranquilizadora, antes de hacerle una reverencia. Ella respondió con el mismo gesto, pero de una manera mecánica. Y entonces comenzó la música. Era un vals.

El primero de la noche. E iba a bailar con él.

Recordó las enseñanzas del profesor en Manchester que su hermano había contratado para ella. Era un baile de tres tiempos y tres pasos de igual duración, y debía mantener la cabeza erguida y la espalda recta.

Entrelazaron los dedos de sus manos diestras, Catalina apoyó su otra mano en el hombro del duque, mientras que él colocó su mano sobre el omóplato izquierdo de ella, antes de empezar a girar y a girar y a girar, mientras se mantenían la mirada.

—¿Cómo lo estoy haciendo, su excelencia?

—Muy bien, salvo por una cosa.

—¿El qué?

—Me gustaría ver su sonrisa mientras baila.

Aun así, ella no sonrió.

—¿No merezco su sonrisa? —preguntó él, contrariado.

—¿Por qué está haciendo esto? ¿Por qué baila conmigo el primer vals de esta noche cuando hay decenas de mujeres suspirando por usted?

—Oh. ¿Las hay? —esbozó una sonrisa pícaro.

—Sabe que sí, su excelencia—dijo ella, con seriedad—. Por favor, respóndame.

—¿Por qué no debería hacerlo?

—¿Sabe que no soy una aristócrata? ¿Que mi hermano es un simple molinero?

—Como lo he dicho, sé quién es su hermano. Sé con quién se casó Sophie Hastings. Y no me importa. Solo deseo bailar y disfrutar de este momento que temí que no llegaría.

—¿Por qué?

—Porque el número de caballeros que desean bailar con usted es apabullante.

Catalina se sonrojó. Él adoró en silencio la capa rosada que se extendió por la parte superior de sus mejillas y sonrió.

—He tenido que abordarla en su escondite para conseguir su atención.

—No era un... escondite —farfulló ella, nerviosa al verse descubierta.

—Claro que no.

Y entonces, ella sonrió.

—Mucho mejor.

—Es que... Me siento abrumada ante las atenciones no deseadas, su excelencia.

—Me parece que se siente abrumada ante las atenciones en general, y déjeme decirle una cosa: es imposible que no despierte el interés de los caballeros con ese vestido.

Catalina bajó los ojos y tropezó ligeramente, pero él se afanó el sujetarla con firmeza, de modo que nadie captó su torpeza.

Alzó la cara hacia él.

—No debería ponerme nerviosa si desea que este vals acabe bien.

—¿La pongo nerviosa?

—No... Bueno...

El duque sonrió.

—Estamos en igualdad de condiciones entonces, porque usted también me pone nervioso.

Catalina sonrió y decidió mirar por encima del duque. Por alguna razón, había pocas parejas en la pista, pues parecía que todo el mundo se hubiera abstenido de bailar para contemplarles con manifiesta curiosidad. Distinguió a Nicole, que le sonreía. A su lado, la baronesa de Lisbrook tenía los labios apretados y una furia brutal brillando en sus ojos que la intimidó. Él apreció el cambio en su expresión, ahora taciturna y sombría.

—¿La he incomodado?

Ella le miró.

—No, claro que no.

—Entonces, concédame también el siguiente baile.

Catalina se perdió durante un instante en sus increíbles ojos azules. Debería decirle que no, que estaba cansada. Pero se limitó a asentir como una

bobalicona y siguió perdida en sus ojos a lo largo del siguiente baile, en el que no hablaron.

Luego, la tomó del brazo y la escoltó hasta Nicole, cuya sonrisa era tan deslumbrante como inapropiada.

—Duque de Henderson, espero que haya encontrado en la señorita Wright a la gran bailarina que todos creemos que es —dijo Nicole.

—La he encontrado, ciertamente —dijo, sonriendo a Catalina, que aún permanecía en las nubes.

En ese momento, algo la sacó de su ensoñación. Notó un líquido frío sobre su pecho y se dio cuenta de que habían derramado una copa sobre ella.

—¡Oh, lo lamento, querida! —habló la mujer que acompañaba a la baronesa de Lisbrook, mostrando la copa de ponche vacía y una falsa expresión de disculpa en el rostro—. He tropezado sin querer. Es que, a mi edad....

Catalina bajó los ojos hasta su pecho. La mancha húmeda había manchado todo el vestido por debajo del pecho y dedujo que también la ropa que llevaba debajo.

Habían arruinado su noche. Alzó los ojos hacia la causante y luego hacia su acompañante, y la descubrió sonriendo. La horrible Baronesa y su madre habían tramado ese despropósito y lo habían llevado a cabo para estropear su noche.

—Ve al tocador —le dijo Nicole, agarrándola del hombro—. Yo voy enseguida.

Catalina reaccionó, todavía perpleja por la maldad de aquellas mujeres y dio un par de pasos hacia atrás. Se encontró con los ojos del duque, que apretaba tanto la mandíbula que un músculo temblaba en su mejilla.

En el salón de damas, trató de limpiar la mancha, pero se había calado en el tejido. Lo había estropeado.

Así que tendría que irse a casa. Conocía demasiado bien a los aristócratas como para que aquella mancha les pareciera algo imperdonable.

Cuando Nicole llegó al tocador, trató de limpiar la mancha, con el mismo éxito que Catalina.

—No sale la mancha. Creo que debería irme.

—Pero Catalina...

—No quiero que me miren más. Ni que hablen de esto. Además, no me siento cómoda.

—De acuerdo. Avisaré al carruaje.

—El carruaje del doctor debe de estar esperándome ya. Pero gracias por esta velada, duquesa. Ha sido maravillosa.

—Espero que vengas al próximo acontecimiento, Catalina.

—Si puedo, así lo haré.

Salió al jardín delantero. Los carruajes aguardaban en el exterior, detrás de la cancela. Estaba a punto de descender los escalones cuando notó el empujón. De repente, rodaba escalones abajo hasta que frenó contra unos rosales. Aturdida, alzó la cara. Se encontró con la baronesa de Lisbrook, que se reía. Catalina le mantuvo la mirada, haciendo relucir su orgullo, a pesar de las circunstancias. Aquella mujer se dio la vuelta y volvió al salón de baile. Catalina se levantó. Notó como el tejido se desgarraba a medida que se ponía en pie. Había arruinado el vestido de Sophie. Sabía que su cuñada no se lo tendría en cuenta, pero por el estado en el que iba a quedar, con la mancha y

los desgarros en la seda, provocaría preguntas sobre aquella noche que Catalina no deseaba responder. Lo que había empezado como una velada maravillosa se había convertido en una pesadilla humillante. Se levantó, y dando tumbos, tomó el sendero que salía de la mansión hasta el exterior, donde aguardaban los carruajes. Si no recordaba mal, el del doctor estaba en novena posición desde la puerta principal. Había pasado el octavo cuando vio que el conductor del siguiente descendía del pescante de un salto y caía a unos metros. No era Timmy. El corazón se le subió a la garganta cuando distinguió el pelo rojo. *Oh, no.*

Era Lucian Monroe.



Cuando él alzó la cara y la vio, su rostro cambió. Enseguida se percató del cabello deshecho, del vestido roto y manchado, y de la sangre que salía de algunos cortes en los brazos y en el rostro. Algo que la mismísima Catalina no había apreciado en su acelerada huida tratando de mantener la dignidad.

—Señorita Wright, ¿qué ha pasado? —La voz era dulce, y sonaba realmente preocupado. ¿Por qué tenía que tratarla así? ¿Es que no sabía que se sentía demasiado sensible y era capaz de lanzarse a los brazos de alguien conocido para que la consolara?

—Me he caído.

—Miente. La han atacado.

—No.

Lucian Monroe chasqueó la lengua. Si se creía que podía engañarle, estaba muy equivocada, pero no quería hacer más leña del árbol caído. Así que se acercó con cautela, apreciando el estado de Catalina: las heridas, el temblor de su cuerpo, los ojos que brillaban, pero no derramaban lágrimas. La admiró por su fortaleza, y supo que eso también lo había heredado de su hermano.

Le tendió una mano despacio, como si se estuviera acercando a un animal herido. Catalina se preguntó qué aspecto debía de tener para que él reaccionara de ese modo compasivo.

Aun así, alzó la cara, fuerte, una vez más, y tomó la mano que él le ofrecía.

La ayudó a subir y cerró la puerta, dejándola sola en el interior del

carruaje. Allí, lejos de miradas incómodas, rompió a llorar. ¿Qué se había creído? Ese hombre tenía razón. Se lo había advertido el primer día, pero ella había querido creer otra cosa. Se había dejado seducir por el frufrú de los vestidos, por las risas del salón de baile, por las majestuosas lámparas de araña y por la calidez del duque... Y había olvidado que ella no pertenecía a aquel lugar.

A ninguno en realidad.

Ni siquiera fue consciente de que los caballos se ponían en marcha, ni de la escasa distancia que recorrieron hasta el número 34 de la calle Victoria, tan sumergida como estaba en su propia espiral de autocompasión y desprecio. No fue consciente de que había llegado a su destino hasta que él no abrió la puerta. Y la miró. Lucian tenía el rostro muy serio, los músculos tensos marcaban su mandíbula y endurecían su expresión. Y luego estaban sus ojos, enfurecidos, hasta que se dulcificaron al mirarla mientras volvía a tenderle la mano. Un ancla entre dos mundos inciertos.

La tomó con resolución, y cuando bajó del carruaje, las piernas le fallaron y él la sujetó contra él. Durante unos instantes, él no se movió. Catalina sintió el frío que se había adherido a la ropa de Lucian, pero también el calor que su cuerpo irradiaba por debajo de las prendas. Y cuando Lucian colocó su otro brazo alrededor de sus hombros y la estrechó contra él, para consolarla, el llanto se hizo más intenso. Se había prometido que no iba a llorar delante de ese hombre arrogante y había roto esa promesa en cuanto él se había mostrado amable.

—Catalina... —le escuchó, en un susurro tembloroso

—No me riña, señor Monroe. Esta noche, no.

—No pensaba hacerlo —musitó él, sorprendido.

¿Qué pensaba de él aquella muchacha, por el amor de Dios?

No era un desalmado y siempre había sido compasivo. Pero tuvo que reconocerse a sí mismo que desde que había huido de Manchester, estaba desquiciado, saltaba a la mínima y había sido injusto con ella.

—No quiero que Henrietta me vea así, o se lo dirá a mi hermano — escuchó que ella murmuraba contra su pecho.

—Pues entonces tenemos que entrar por detrás. Está apostada en el salón, esperándola. Pero...

—Por favor... —Ella alzó los ojos, enrojecidos por el llanto, pero, aun así, inusualmente grandes y muy hermosos.

—Venga por aquí —dijo él con decisión, mientras la estrechaba contra su cuerpo. Ella no se apartó, y él se preguntó por qué ambos se estaban comportando así. Ya lo analizaría más tarde.

Por la parte de atrás de la mansión había una puerta para el servicio que Lucian había descubierto al poco de llegar de Manchester. Era estrecha y conectaba con un pasillo que daba a las escaleras, por lo que el acceso a la planta superior era directo y si se deseaba, discreto.

En unos minutos, estaban frente al dormitorio de Catalina. Él la soltó y se apartó de ella, que alzó la cara lentamente, con los ojos brillantes y el semblante herido. Lucian soltó una maldición. Y luego otra, cuando ella le pidió que la ayudara a desvestirse.

—Este vestido tiene como cien botones en la espalda. Yo sola no puedo y no quiero avisar a Henrietta.

—Pero va a ver el vestido destrozado tarde o temprano.

—Mañana se lo explicaré. Me inventaré algo o yo que sé, pero esta

noche, no... Por favor, Lucian.

Lucian... Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila, y cómo sonó en sus labios y lo mucho que le gustó, hizo que soltara otra maldición, con todo su acento irlandés al descubierto.

—Está bien. Entre y espéreme junto a la chimenea. Yo voy a la cocina a por algo para limpiar esas heridas.

Y cuando se dio cuenta, estaba bajando de dos en dos los escalones hasta la cocina. Sentía el corazón acelerado. En el momento en que alcanzó un paño, se dijo a sí mismo que tenía que serenarse.

Solo es desabrochar un vestido, por Dios santo. Y curar unos cortes sin tocar esa piel pálida, si es posible.

Suspiró. ¿Por qué se sentía tan nervioso como si fuera un chaval poco experimentado? Ella era la hermana de Aaron Wright y estaba tan lejos de su alcance como el mismísimo sol. Tenía que pensar en ella como en una camarada más. Con esa idea subió a la habitación. Empujó lentamente la puerta y lo primero que vio fue su silueta, de espaldas junto a la chimenea. Se había soltado el pelo. Y casi estuvo a punto de darse la vuelta y volver sobre sus pasos. Tenía que alejarse, porque de repente, no recordaba cómo desabotonar un vestido porque se había olvidado hasta de respirar.

Carraspeó y ella ladeó el rostro. Ya no lloraba. El fuego iluminaba su perfil y a él se le escapó otra maldición. Estaba de camino al infierno y aún no había entrado al dormitorio.

—Ahí tiene una pila con agua.

—Bien. Gracias. —Comenzó a andar, sin ser muy consciente de cómo lo hacían sus pies, de cómo cruzaban la estancia hasta un tocador, donde una pila de cerámica contenía agua. Hundió el paño en ella y lo escurrió. Luego,

fue a su lado. Notó las llamas de la chimenea, calentando su cuerpo.

Como si lo necesitara...

—¿Está lista?

—Sí —. Ella se quitó los guantes y los dejó sobre un sofá. Lucian la vio restregarse las manos con nerviosismo. Durante unos instantes, no se atrevió a alzar la cara hacia él. Bien, no era el único que estaba nervioso.

Lucian quebró la distancia que los separaba con un par de pasos. Y entonces, solo en ese momento, ella alzó la cara. Estaban lo bastante cerca como para que sus aromas se mezclaran, como para que fueran conscientes de la respiración del otro. Acelerada la de ella; contenida la de él.

Lucian se obligó a buscar los cortes que había visto antes. Los halló con facilidad. En los brazos, en la zona de la piel que no había estado cubierta por los guantes. Eran cortes leves, de los cuales hizo desaparecer la sangre con rapidez. Tragó saliva cuando vio la ubicación de la siguiente herida, en el cuello, sobre la clavícula derecha. La miró, pidiendo permiso y ella asintió bruscamente. Pero lo que Catalina no esperaba era que él retirara con cuidado su cabello, echándolo hacia atrás. La respiración salió demasiado brusca de sus pulmones, y aunque él se dio cuenta de ello, no dijo nada.

Se limitó a pasar la punta húmeda del paño por el corte, eliminando la sangre.

—¿Esta era la última? preguntó ella, con voz débil.

—No.

Ella abrió los ojos, en una pregunta muda.

Y entonces, al mirarlo, le pareció que Lucian estaba nervioso. Pero no era posible. Porque un hombre como él era experimentado y estaba

acostumbrado a estar a solas con mujeres. Estaba segura de eso. A diferencia de ella, que nunca se había visto en esa situación así. Tan inapropiada, tan íntima, tan...atrayente.

—Tiene una herida en la mejilla.

—Oh.

—Sí —él tragó saliva. *Oh.* —¿Le importa si...?

—No, claro que no —Su voz sonó más controlada y serena de lo que esperaba. Con una de sus manos, él le colocó un mechón detrás de la oreja para así despejar su rostro.

No la mires, Lucian, no te fijes en su boca entreabierta, en cómo sus ojos te miran fijamente, no te fijes en nada más que esa herida. Pero a medida que lo pensaba, se iba desobedeciendo.

Por los nervios, esos que hacía años que no sentía, rozó sin querer la piel de la mejilla con los dedos.

—Tiene las manos heladas —constató ella.

Lucian, consciente de que la había rozado, se echó hacia atrás. Bajó la cabeza, murmuró una disculpa apenas inteligible y se apresuró a la pila. Hundió el paño y lo escurrió. Luego, lo plegó y lo dejó a un lado. Se secó las manos en los pantalones y volvió donde ella le esperaba.

—Bueno, pues la ayudo y me marchó.

—Sí.

Ella se dio la vuelta. Lucian se fijó en la cantidad de diminutos botones forrados de seda que empezaban en el cuello y descendían hasta pasada la cintura.

—¡Madre del amor hermoso!

Su exclamación fue tan sincera que a ella le hizo gracia. Se le escapó la risa y él sintió que se congelaba en el momento en que la percibió. Sonaba bonita, ligera, refrescante.

Se dijo a sí mismo que ojalá pudiera hacerla reír más a menudo. Luego se dijo que él tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

O tal vez no.

Su vida se tambaleaba demasiado últimamente y sus propósitos se difuminaban. Y lo hicieron mucho más cuando sus manos volaron hasta el primero de los botones.

Uno, dos, tres, cuatro... Diez...

—¿No va a preguntarme qué me he pasado?

—Me ha dicho que se ha caído.

—¿Y me cree?

Sigue desabrochando botones y vete, Lucian, se dijo a sí mismo.

—¿Quiere contarme algo, Catalina?

Eres idiota, Lucian. De verdad que sí.

—Tenía razón... No encajo entre ellos tampoco. Y unas damas me lo han hecho ver con menos suavidad que usted.

Tres botones más.

—Ya le dije que lo sentía.

—No era un reproche. Solo estoy dándole la razón.

—Pues no la quiero.

Ella se volvió a reír.

—¿No está el ego de un hombre unido a que todos le den la razón?

—Absolutamente. Pero esta noche, no.

—Tampoco quiero su compasión.

—Solo quiere que la ayude desabrochando los botones. Me queda claro.

—Yo no he dicho eso.

Pero él no respondió. Se limitó a ejecutar la tarea para la que ella le había pedido ayuda. Uno tras otro, los cuarenta y tantos botones mientras trataba de no mirar la pieza de lino de la camisola que había debajo. Pero entonces, el corsé, una pieza de seda azul que estaba atada a la espalda, apareció ante sus ojos. Se le escapó una respiración sonora y profunda. Porque nunca había visto uno. Las mujeres con las que se había relacionado hasta ese momento no poseían piezas así. Otra diferencia más entre ellos. Otro de los motivos para mantenerse alejado. Aun así, no pudo evitar fijarse en cómo estaba apretado, mediante un cordón que atravesaba los ojales a ambos lados de la pieza hasta la parte inferior, donde finalizaba formando un lazo.

—Señor Monroe, ¿no va a decirme nada más?

—¿Sobre qué? —Al parecer, ella había seguido hablando, pero él no la había escuchado.

—Sobre que siempre acabamos enfrentados.

—Es lo que tiene que ser.

—¿En serio? ¿Tanto odia a mi hermano y a mi familia?

—Yo no odio a su hermano. Es un idiota arrogante.

—¿Y usted no lo es?

—Me lo dicen a menudo, pero no soy como él.

—Mi hermano es honrado y de fiar.

—Nunca lo he puesto en duda.

—Entonces, ¿por qué es así conmigo? ¿Es por mi madre?

—No. Claro que no. Sé que usted no es como ella.

—¿Y cómo lo sabe? —El dolor en ella era real e impregnaba las palabras—... Si ni siquiera yo lo sé.

—Si usted fuera como Helena Wright, nadie la hubiera herido en el baile de esta noche. Estoy seguro.

Ella dejó escapar una risa que contenía una dosis de amargura que no pasó desapercibida para Lucian.

—Lo siento —se disculpó él, sin saber muy bien por qué— No quería decir que...

—En realidad ha sido un halago. Al menos hay alguien de mi pasado que cree que no soy como mi madre —Ella se giró, sujetándose el vestido contra el pecho. —Gracias.

—De nada, señorita Wright.

—¿Nunca más va a volver a llamarme Catalina?

—No la he llamado así.

—Antes sí lo ha hecho.

—Pues yo no....No debería. Lo siento.

—¿No le parece que son demasiadas disculpas para alguien con su fama de indomable, señor Monroe?

Él dio un paso hacia atrás. Se sentía sobrepasado, con un cosquilleo en las manos que le resultaba desconocido y a la vez familiar, porque lo único que deseaba en ese momento era tocarla. Quería tomar su cara entre las manos y besar esa boca que no hacía más que retarle. Era ingeniosa a pesar de estar herida y decepcionada. Siempre había valorado la inteligencia en las mujeres, porque eso las volvía interesantes y en él se despertaba el deseo. Casi había preferido que ella fuera una joven aburrida acostumbrada a los caprichos y a la vida fácil. Pero para su sorpresa, se estaba encontrando con una valquiria dispuesta a presentar una batalla feroz ante él.

—Tengo que marcharme.

Debía poner distancia, salir de aquella habitación que se estaba volviendo diminuta a causa del lino, de la seda y del calor que desprendía su propio cuerpo, más que el de la chimenea, como si el fuego estuviera en su corazón y las llamas se estuvieran extendiendo sin remedio. Se encaminó a la puerta.

—Espere.

Su voz lo detuvo en seco, cuando en realidad, debía ignorarla, debía avanzar el escaso metro que lo separaba de la puerta y salir de allí.





—Dígame, señorita Wright.

—¿Puede ayudarme a desaflojar el corsé? No puedo dormir con él puesto.

Lucian notó que el deseo crecía en sus pantalones. Aquellas palabras habían evocado demasiadas cosas en su mente. Unas imágenes peligrosas se habían creado: definidas, brillantes, llenas de pecado. Se la imaginó a ella, con el cabello suelto, sin ropa, mirándole de esa condenada forma con la que le desafiaba.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque yo...Porque no es apropiado. Si me acerco al cordón que cierra su ropa interior, señorita, estoy seguro de que su hermano me matará y me lanzará al río Irk.

Ella se echó a reír.

¿Es que esta muchacha quería arrastrarle al infierno o qué pasaba por su cabeza?

—Pero no se lo diré a nadie.

—Lo sé, pero...

Lucian sentía que la cabeza se le había hecho un lío. Quería encontrar algún argumento para debatir aquella idea descabellada. Aunque otra opción era salir corriendo de allí sin mediar palabra. Pero ¿en qué ocasión Lucian Monroe se había ido de alguna discusión como un cobarde? Nunca. Esa era la verdad.

El silencio se alargó demasiado entre ellos. Y entonces, Catalina, llegó a una conclusión.

—¿Es porque me desea?

Vio la reacción en la espalda de Lucian. Apreció cómo se tensaba en cuanto percibió las palabras. Primero la espalda, luego los brazos, después, las manos que se convirtieron en puños y luego la cabeza, alzándola.

—Por supuesto que no.

Sin embargo, lejos de sentirse rechazada, ella supo que Lucian mentía, así que envalentonada, añadió:

—Y hasta este momento, Lucian Monroe era el abanderado de la verdad.

Lucian cerró los ojos y apretó aún más los puños. A continuación, se dio la vuelta y cuando la miró, ella sintió que las piernas le temblaban.

Lo observó acercarse, despacio, sin dejar de mirarla.

—Dese la vuelta —dijo él cuando llegó a su altura.

Ella le estudió con atención. Tenía el ceño fruncido y una expresión seria, más de lo habitual. Catalina le lanzó una mirada de reto antes de darse la vuelta. Notó cómo él deshacía el lazo.

—Tiene que aflojarlo también un poco.

Lucian resopló.

—No soy su sirviente.

—Solo le he pedido un favor.

—Un favor...—Él rodeó la cintura de Catalina con un brazo, atrayéndola contra él de manera que quedaron pegados de arriba abajo. Ella

contuvo el aliento —...Que incluye que la vea en ropa interior.

—¿No es algo a lo que está acostumbrado? ¿A desvestir mujeres?

Él se rio. La risa fue baja y mientras resonaba entre ellos, Catalina la sintió como una caricia.

—No sé qué escuchó de mí en su hogar, señorita Wright, pero le aseguro que entre el trabajo y la revolución no hay demasiado tiempo para desanudar corsés.

—No le creo —susurró ella, por encima de su propio hombro.

—Pues debería. Ya le he dicho que nunca miento. Ni antes...—susurró y ella sintió la respiración de él en su cuello, ascendiendo con deliberada parsimonia hasta el lóbulo de su oreja, recordándole que él no la deseaba — Ni ahora. Pero ¿y usted, Catalina? ¿Usted miente?

—Por supuesto que no...—La voz que le salió lo hizo tambaleándose.

—Entonces... ¿me detesta?

—No.

—¿Me teme?

—No.

—¿Me...desea?

El corazón de Catalina se aceleró. Aquello era escandaloso, inapropiado, pero era excitante. Como acercarse a una hoguera, como caminar hacia un abismo...

Lucian sabía lo que hacía. La amedrantaría. Estaba seguro de que ella se movería, indignadísima, y, acto seguido, le daría una bofetada. Cuando ella avanzó hacia delante, él se preparó para recibir su réplica. Cualquier dama

educada en la decencia y en rígidos principios morales actuaría así, por lo que él estaba preparado cuando Catalina se giró y le miró.

Lucian esbozó una sonrisa canalla, que se quedó congelada en su cara cuando ella no hizo nada de lo que él esperaba.

Simplemente, le miró. Con esos extraños ojos...

Confirmando en silencio la respuesta a aquella pregunta.

«¡Maldición!»

Ella le deseaba.

Y en ese momento, Lucian Monroe hizo algo que ni él mismo esperaba. Se dio la vuelta y echó a correr.



Pasos de baile. Enormes lámparas de araña con decenas de velas encendidas, sedas que bailan y vibran. Damas que ríen. Carnés de baile, roces con guantes. Los ojos azules de un duque.

La intimidad junto al fuego. Unas manos que desabrochan botones mientras maldicen con acento irlandés. Y luego, la caricia de un aliento, un calor más intenso que el que lanza la chimenea... Ojos verdes y cabello rojo. Y esa boca, preguntando...

Un carraspeo la despertó. Abrió los ojos despacio y parpadeó para acostumbrarse a la luz del sol que llenaba la estancia. Le costó ubicarse. Por un momento, pensó que estaba en Manchester, en su hogar, en su cama. Pero la doncella sentada frente a ella con el ceño fruncido la hizo recordar dónde se hallaba.

—Buenos días, señorita Wright.

—Buenos días, Henrietta—Se incorporó, perezosa, y al estirar los brazos notó que las heridas le tiraban la piel. Hizo una mueca de dolor que esperó que Henrietta no notara. Pero al mirarla, vio que el ceño se había arrugado aún más y que, además, el vestido de la desgracia estaba colgado en la puerta del armario, evidenciando lo que había pasado. A plena luz del día, parecía peor. Estaba desgarrado, agujereado y sucio de ponche y de sangre. — Puedo explicarlo.

—Eso espero, jovencita— respondió aquella mujer, con las manos en el regazo y una expresión de impaciencia velada.

—Me manché y me caí.

Era una mentira demasiado flagrante, pero era necesaria. No solo para

protegerse a sí misma, para conservar algún ápice de su orgullo herido, sino también porque sabía que la verdad preocuparía a su hermano. No sabía si la enviarían de regreso a casa, o si en su intento por protegerla del escándalo que había asolado a su familia en Manchester, la enviarían a algún internado para mujeres o incluso a un convento. Ninguna de las opciones le apetecía porque en ambas elegían por ella sin darle ocasión a decidir su destino. Pero es que, además, había una nueva motivación en ella que la empujaba a quedarse en Londres.

Era absurdo, imprudente, inadecuado y muchas otras cosas...Además de pelirrojo y contestatario.

No podía quitarse de la cabeza ese momento en el que él la había atraído y sus cuerpos se habían pegado. Y entonces él le había susurrado al oído, tan cerca que había descubierto como se le erizaba el vello de los brazos por primera vez en su vida ante la promesa de placer que aquel hombre significaba. Además, su cuerpo había experimentado más cosas, desde su respiración hasta su estómago, incluso, el centro de su ser, en el que había notado un cosquilleo que era el preludio a otras muchas cosas que se moría porque él le enseñara.

Se mordió el labio al recordar.

—Bueno, pues supongamos que te sucedió eso — habló Henrietta—... hay algo que no tiene explicación.

—¿El qué?

—¿Cómo conseguiste quitarte el vestido y el corsé?

Se ruborizó sin remedio, con tanta rapidez que no le dio tiempo a que su cerebro elaborara otra mentira mínimamente creíble. Abrió la boca para responder algo, pero sus mejillas le ardían y, por instinto, se llevó las manos a

la cara, para contener la evidencia.

—Ay, muchacha. No me digas que fue él.

—No sé de quién me habla.

—Hablo de un hombre tan guapo como el pecado.

Catalina se encogió de hombros. Y eso ya acabó por exterminar la paciencia de Henrietta, que se puso de pie y colocó los brazos en jarras.

—Voy a escribirle inmediatamente a tu hermano y vas a volver a Manchester en el primer tren.

—¡No! — Ahora fue el turno de Catalina de ponerse en pie. — ¿Por qué?

—Porque tratas de mentir. Y eso es deshonesto. Y yo no cuido ni protejo a personas así.

—Está bien. Perdóneme, Henrietta —rogó Catalina—. Como se imaginará por el estado del vestido, la velada acabó de manera humillante para mí y Lucian me ayudó. Porque yo se lo pedí. No tenía fuerzas de explicarle a usted lo sucedido y no quería que se lo contara a mi hermano ni a mi cuñada que me enviaron aquí pensando que las cosas me irían bien y, sin embargo, se han vuelto difíciles y dolorosas porque tal y como el señor Monroe indicó el otro día delante de su hermana, no pertenezco al mundo de los aristócratas. No como Sophie.

—Oh, niña. ¿Qué te hicieron?

—No fue nada grave, pero empañó una noche que había sido perfecta. El baile, con los vestidos, los caballeros elegantes, la música de cámara, y todas esas lámparas de araña repletas de velas... Qué hermoso. ¿Sabe que bailé? El esposo de Nicole y algunos familiares me sacaron a bailar para que

me integrara. Y fue muy bonito. Incluso en algún momento, durante el vals, me pareció estar viviendo un sueño. De esos que deseaba no hace mucho. Antes de que mi vida... Cambiara. Pero supongo que el baño de realidad era necesario. Y Lucian simplemente cuidó de mí.

—Pero te ayudó con el vestido y con ¡la ropa interior! ¿Tienes idea de lo pecaminoso que es eso?

—Fue algo metódico— volvió a mentir—. Y luego se fue. No vio nada más de la cuenta.

—No te creo. Te sonrojas, niña. Y lo entiendo. Si yo tuviera tu edad, ya me habría lanzado a los brazos de ese hombre.

—¡Henrietta! ¿Pero no debería predicar con el ejemplo?

—¡Ay, tonterías! No tengo edad para andarme con remilgos. Pero tú, jovencita, estás en la flor de la vida. En esos años en los que el cuerpo está lleno de deseo y se cometen errores. Por suerte, conozco lo suficiente a ese hombre como para saber...

—¿Para saber qué?

—Nada, nada —dijo Henrietta, haciendo un gesto con la mano—. Pero, ¿eres consciente de que debería hablar con Sophie?

—¡No, por favor! —suplicó— Sé que ella se lo contará a mi hermano. Y a saber dónde me envían.

—¿A ti? No lo sé, pero me imagino lo que Aaron le haría a Lucian.

—¡Pero si no ha pasado nada! Por favor, Henrietta, le prometo que no seré tan imprudente la próxima.

—Le ruego a Dios que no haya una segunda vez y además... ¿Sabes las veces que le oí decir eso a Sophie? Y luego, acabó casada con tu hermano.

—Y todos felices.

—Catalina—dijo la mujer, empleando un tono bajo, cargado de paciencia —...Lucian Monroe no es un hombre adecuado para usted.

—¿Por qué?

—Porque es un hombre que la conducirá a la ruina. No solo por esa cara tan bien hecha que Dios le ha dado, sino porque no le tiene miedo a nada. Es un soñador y un idealista, demasiado para este mundo. Y eso lo convierte en un hombre peligroso.

—¿Por qué no le da miedo morir luchando?

—No. Porque no quiere enamorarse. Me temo que el amor ya no entra en los planes de Lucian Monroe. Y ahora, voy a prepararte un baño. Desayunaremos e iremos de compras. ¿Qué te parece?

—Muy buena idea, Henrietta —dijo con fingido entusiasmo.

Un rato después, sumergida en la bañera, no podía dejar de pensar en todo lo que le había sucedido desde la noche anterior. Habían sido demasiadas emociones, demasiadas. No sabía cómo las estaba encajando tan bien. Ir a un baile, conocer a un duque tan apuesto...Y luego, en la soledad del dormitorio, ese momento de intimidad con Lucian Monroe, en el que él había acabado huyendo. Básicamente porque ella había dejado entrever que lo deseaba. ¿Y cómo no iba a hacerlo? Cuando la había tocado con tanta delicadeza, cuando la había apretado contra él y le había susurrado al oído, ella había descubierto por primera vez en su vida lo que era el deseo. ¿Qué se suponía que tenía que haber hecho? ¿Mentirle? No es como si se lo hubiera dicho en voz alta. Solo lo había mirado. Y él había sacado sus propias conclusiones. Por ese motivo, podía sacarlo de su error si él se lo recordaba. Claro, le diría que había sido un producto de su imaginación, que ella no le deseaba. ¡Bajo ninguna

circunstancia! Y así su orgullo permanecería intacto ante ese hombre, que podía ser tan dulce como arrogante. ¡Y cómo la descolocaba eso! No sabía qué pensar. Y luego estaban las palabras de Henrietta, advirtiéndole sobre él. Peligroso. El adjetivo resonaba en su cabeza. ¿Lo era? ¿Lo era? Ni siquiera sabía por qué había abandonado Manchester. No sabía mucho de él, en realidad. Solo recuerdos de conversaciones en su hogar, dedicándole palabras ofensivas porque era valiente, imprudente, y alentaba las huelgas llenando de pólvora los corazones de todo el que le escuchaba.

Era un hombre que no dejaba indiferente a nadie. Eso estaba claro.

Y entre todos esos pensamientos, se coló otro. ¿Qué pasaría aquel día cuando volvieran a verse? ¿Cómo iba a reaccionar? ¿Se mostraría guasón, desafiante? ¿Se mofaría de ella? ¿O la ignoraría?

Sumergió la cabeza en el agua. Se sentía sonrojada y mortificada. ¿En qué estaba pensando? Fácil. En nada. Porque había sido su cuerpo el que había tomado la iniciativa. Y había perdido ante él.

Mientras Henrietta la vestía y la peinaba, siguió pensando en cómo actuar. Seguro que coincidirían en el desayuno.

Así que elaboró una estrategia. Si él la atacaba con comentarios hirientes o sarcásticos, ella se defendería con uñas y dientes. Pero si él era dulce...Rezó porque él no lo fuera, porque no estaba segura de cómo reaccionaría su cuerpo si él empleaba ese tono de voz sosegado y cálido que había visto la noche anterior en la soledad del dormitorio.

E incluso antes, cuando había bajado del carruaje y había caído entre sus brazos y él había susurrado su nombre.

A medida que transcurrían los minutos, se ponía más nerviosa. De hecho, cuando estaba sentada en el gran salón comedor frente a Henrietta, no

dejaba de mirar de soslayo hacia la entrada. Esperándole. Apenas podía probar bocado.

Pero el único que atravesó el umbral fue Timmy, aquel muchacho larguirucho que daba largas zancadas y movía en demasía los brazos.

—Henrietta, señorita Wright, hay un caballero en la entrada.

—¿Un caballero?

—Sí. Uno elegante. Y pregunta por la señorita Wright.

Catalina dio un respingo. ¿Quién podía ser? Pensó en su hermano. ¿Y si había venido a Londres a verla?

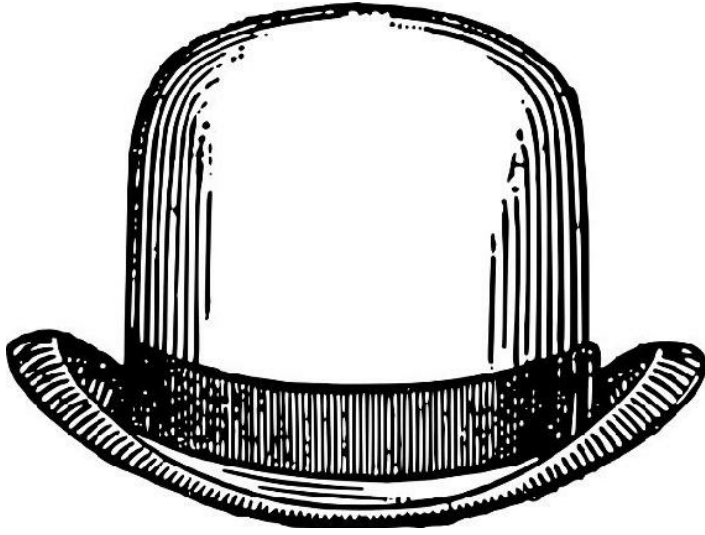
—Venga, hazle pasar, chico —dijo Henrietta—. Puede que sea el doctor.

Era extraño, puesto que con el inminente nacimiento del hijo de Sophie y Aaron, resultaba casi improbable que el doctor, que se ocuparía del parto, viajara desde el norte con la cantidad de días que eso suponía.

Henrietta se puso en pie y Catalina la imitó. Unos segundos después, Timmy entraba de nuevo, seguido por un caballero alto que llevaba una chistera, que se quitó en cuanto entró en el campo visual de ambas.

Catalina lo reconoció y notó que el corazón se le aceleraba.

Era el duque de Henderson.





Se quedó tan paralizada que le costó moverse. No lo hizo hasta que Henrietta le dio un discreto empujón, recordándole que como norma de cortesía debía hacer una reverencia. Ni siquiera fue consciente de cómo la ejecutó.

—Su excelencia...—habló Henrietta, francamente sorprendida— ¿Me recuerda?

—Claro que sí, Henrietta.

—Sophie no está aquí.

Catalina se preguntó por qué aquel hombre tan distinguido conocía a Henrietta. Entendía que conociera a Sophie, porque seguramente habían frecuentado los mismos bailes, pero, ¿a la doncella?

—Lo sé—dijo él con una sonrisa que hizo que se le empequeñecieran los ojos—. He venido para ver a la señorita Wright. Tuve el placer de conocerla anoche, pero se marchó del baile después de un pequeño incidente.

Catalina negó con la cabeza. Luego, en cuanto percibió la mirada de Henrietta sobre ella, como un ave rapaz a la espera de cazar una mentira, añadió:

—Me mancharon el vestido accidentalmente con ponche.

Él la miró durante unos cuantos latidos de su corazón mientras ella le rogaba en silencio que no dijera la verdad.

—Así es—dijo él, tras lo que a ella le pareció una eternidad—. Le derramé mi copa y deseaba venir a disculparme.

Si Henrietta detectó la mentira, no dijo nada. Se limitó a mirarlos a ambos, y luego sonrió.

—Seguro que Catalina ya le ha perdonado.

—No era necesario que viniera hasta aquí —añadió ella con demasiada brusquedad.

Él arqueó una ceja dorada. Era un duque que no estaba acostumbrado a que no se alegraran de sus visitas. Al contrario, le recibían con los brazos abiertos y la pila de cartas con invitaciones a eventos aumentaba día tras día.

Algo que hacía tiempo que le resultaba aburrido.

—También venía a invitar a la señorita Wright a dar un paseo por Hyde Park esta tarde.

—Lo siento, su excelencia. Pero no sé montar a caballo.

—Oh, vaya. Entonces, ¿cómo puedo compensarle por haber arruinado su vestido?

—No se preocupe. Un vestido solo es un vestido.

—Es cierto, pero aun así...

—Esta mañana vamos a Regent Street a ultimar unas compras. ¿Quiere acompañarnos, su excelencia?

—No es...—empezó a decir Catalina.

—Me encantaría— se adelantó él, interrumpiéndola.

Pero este hombre ¿qué pretendía? ¿Qué hacía allí en realidad? Las preguntas se acumularon en su mente, una tras otra. Pero sabía que una dama no interrogaba a un caballero, así que apretó los labios y salió de la mansión, dispuesta a sobrellevar las horas siguientes.



Llegaron en el carruaje del duque hasta Regent Street. En cuanto Catalina descendió, se fijó en que se hallaba en una avenida amplia, tanto, que los carruajes circulaban en ambos lados e incluso podían detenerse junto a las aceras sin tocarse. Era un lugar muy transitado y pronto distinguió damas que entraban y salían de las tiendas con sirvientes que las seguían llevando paquetes y caballeros elegantes que hacían una reverencia al duque...que se había colocado a su lado sin que ella se percatara.

Cuando alzó la cara en busca de su rostro, se encontró con su sonrisa. Pero ella no se la devolvió.

—Primero tengo que entrar en Griffins para encargarme de la carne para el orfanato —les informó Henrietta—. Luego te llevaré a una modista muy famosa.

—No es necesario, Henrietta.

—Tu hermano fue tajante en cuanto a que no te faltara de nada. Vamos a encargarme de unos vestidos para el invierno y un par de capas.

A pesar de que apenas la conocía, sabía que no era una mujer a la que debía llevarle la contraria, así que se limitó a asentir.

—Su excelencia, ¿puede acompañar a Catalina hasta la librería? —dijo sacando una nota de su bolso. Se la tendió a la joven, que la agarró un poco titubeante —Dile al señor Hallmark que prepare esta lista de libros para el orfanato y que lo cargue a la cuenta del doctor Hastings. Acudiré allí en unos momentos.

Y entonces, Catalina se encontró sola junto al duque. Aunque, bueno, no estaba técnicamente a solas, porque la calle estaba muy transitada. De hecho, un grupo bastante numeroso de damas y chaperonas había cruzado la calzada esquivando carruajes para, a todas luces, saludar y pulular alrededor del duque, que las saludó educadamente pero sin dejar de observar a Catalina.

Ella alzó la cara y miró a su alrededor, dispuesta a ignorarle. Los edificios en aquella zona eran de dos plantas, estrechos y pegados, y todas las tiendas tenían toldos para proteger la mercancía de la lluvia o del sol. Vio una tienda de bolsos, varias de ultramarinos, una zapatería, una sombrerería y por fin, la librería.

Entró sin esperarle, vulnerando las normas de cortesía en las que debía aguardar a que el duque le abriera la puerta y la sujetara para que ella la cruzara. Supuso que era lo que las mujeres del exterior desearían: la atención de aquel hombre apuesto y seguramente, rico.

Y también un poco irritante, porque no entendía qué le había llevado a presentarse en el hogar del doctor Hastings para hablar de lo que había sucedido la noche anterior. Tal vez trataba de humillarla, de recordarle que ella no pertenecía a su mundo, por mucho que su hermano fuera tan rico o más que ellos.

—Buenos días —dijo al librero, que alzó la cara de un libro y dirigió la mirada detrás de ella, para hacer una reverencia.

—Buenos días, su excelencia.

Catalina puso los ojos en blanco. Su intento de evitar su compañía no había surtido efecto. Se dio la vuelta despacio, justo cuando aquel hombre sonreía y se quitaba la chistera.

—Buenos días, señor Hallmark. ¿Qué tal el negocio?

—Depende del día, su excelencia. Pero no puedo quejarme. ¿Necesita algún ejemplar?

—Vengo acompañando a esta joven. La señorita Wright, de Manchester, que está pasando aquí una temporada.

—Encantado, señorita. ¿Qué necesita?

Catalina avanzó hasta el mostrador y le tendió la nota.

—Esto, para el orfanato Hastings.

El librero leyó el listado.

—Los tendré en un par de días.

—De acuerdo. Tiene que cargarlos...

—Yo cubriré con los gastos —la interrumpió el duque.

Catalina giró el rostro hacia él. No se molestó en ocultar el ceño fruncido y seriedad en la mirada.

—No creo que Henrietta lo apruebe.

—No creo que Henrietta ponga objeciones —él esbozó una sonrisa confiada y tranquila.

—¿Tanto la conoce?

Él la tomó entonces de la muñeca, con delicadeza y retrocedió un par de pasos, arrastrándola con él.

—¿Está molesta conmigo, señorita Wright?

—¿Por qué ha venido a buscarme a la casa del doctor Hastings?

—Porque sé lo que Minerva le hizo.

—No sé a qué se refiere.

—Tiene una cicatriz en el rostro que anoche no tenía. E imagino que alguna más que la capa y las prendas de ropa ocultan.

Catalina bajó la cara, como si así pudiera esconder la evidencia de aquella humillación. Contuvo la tentación de cubrir la cicatriz con la mano.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó con un hilo de voz.

—Escuché a Minerva jactándose de haberla empujado. Dijo que había caído en los rosales. Salí a buscarla, pero ya se había marchado.

—Bueno, la velada empeoró bastante.

—Y por eso quería hablar con usted, para disculparme.

—Usted no me manchó ni me empujó. Ha mentido a Henrietta.

—Solo en parte. Porque sé que, si no le hubiera dispensado mis atenciones, nada de eso le hubiera ocurrido.

—¿Qué quiere decir?

—Que Minerva es...Muy protectora conmigo.

Catalina resopló. Le dio la espalda y salió de la tienda en un par de zancadas. Por supuesto, él la siguió.

—¿Qué sucede?

Ella se dio la vuelta, alzando la cara.

—¿Muy protectora con usted? Qué generoso por su parte, su excelencia. Como se nota que los aristócratas se protegen entre sí.

—¿Y qué quería que dijera? Desapruebo profundamente las acciones de mi amiga.

—Pero usted mismo acaba de decirlo, es su amiga. Baronesa y usted, duque, pares del reino. Y yo soy solo una persona sin ese tipo de linaje.

—Está molesta.

¿Molesta? Ese término no era acorde con toda la frustración y rabia que Catalina sentía, porque en un par de días que llevaba en Londres, había descubierto que su presente era casi tan incierto como su futuro.

—No, no estoy molesta. Solo estoy intrigada. ¿De qué conoce a Henrietta? Anoche me dijo que conocía a mi cuñada Sophie, pero no logro entender por qué conocía a la doncella.

—Pensaba comentárselo en el paseo a caballo por Hyde Park.

—Bueno, pues ya que no sé montar, le agradecería que me lo contara ahora.

—Es que me temo, señorita Wright, que eso haría que usted se alejara de mí inmediatamente. Y eso no es lo que deseo.

—Y claro está, es de suma importancia que se cumplan sus deseos.

—Hasta ahora, así ha sido.

—Pues me temo que tendrá que acostumbrarse a la decepción. O puede correr a los brazos de su amiga la baronesa, que seguro que se muere por cumplir sus deseos.

Pensó que se había pasado, que había roto todas las normas no escritas sobre cortesía y buena educación, y que él le reprocharía duramente su comportamiento y luego se alejaría.

Sin embargo, él se echó a reír. Y fue una risa tan espontánea y sonora, que llamó la atención de todas y cada una de las personas que había cerca de ellos.

Cuando la risa cesó, Catalina le enfrentó de nuevo:

—No recuerdo haber dicho nada intencionadamente gracioso.

—No, señorita Wright. Solo me ha dicho la verdad sin remilgos y le aseguro que eso es algo a lo que no estoy acostumbrado.

—¡Oh, pobre duque de Henderson, que tiene que lidiar con la veneración de sus semejantes!

—A veces resulta molesto, no se crea. Y siempre agradezco un soplo de aire fresco... Como usted y su cuñada.

—Me imagino que Sophie también le decía lo que pensaba.

—En todo momento —comentó él, con una sonrisa— Y la echo de menos. Las reuniones sociales sin esa sinceridad me resultan pedantes y mortalmente aburridas. Por eso me gustaría invitarla a una cena en mi casa, mañana por la noche. ¿Qué me dice, señorita Wright? ¿Nos honraría con su presencia?



Había aceptado la invitación del duque de Henderson más por insistencia de Nicole y de Henrietta que por decisión propia, pero estaba decidida a disfrutar de la velada, a pesar de que no podía quitarse de la cabeza a Lucian. Cada uno de los encuentros entre ellos se había grabado a fuego en su memoria, y cuando caía la noche, las imágenes brotaban, se mezclaban con los sueños y agitaban el corazón y el cuerpo de Catalina.

Había descubierto que en eso consistía el deseo: en que una persona se metiera en tu mente, en que la piel se erizara con su contacto, en que el estómago se llenara de un cosquilleo inaudito y en que, al cerrar los ojos, la excitación tomara posesión del cuerpo, imaginando cómo serían las caricias viniendo de otras manos.

No podía seguir así, se dijo a sí misma. Tenía que centrarse, ya que ni siquiera estaba pendiente de las conversaciones que la rodeaban. Nicole y su marido, los duques de Arlington, no habían faltado, por supuesto. Tampoco la Baronesa de Lisbrook, Minerva, que no dejaba de mirarla con desdén. La madre del duque de Henderson, una mujer altiva y elegante, presidía la mesa y apenas la miró en cuanto supo quién era su cuñada. Catalina se dijo a sí misma que averiguaría por qué aquella dama había reaccionado así. Pero no era la única invitada de la alta aristocracia, ya que también había una mujer con su hijo, que se presentaron como Condesa de Von Wessend y su heredero y que relataron cómo una joven modesta había salvado la vida del chico unos días antes. Un matrimonio, los marqueses de Ayrton, que se miraban con dulzura y preguntaron a Catalina por Sophie, a la que tenían especial aprecio. Y luego, un hombre corpulento con bigote y ojos verdes, llamado Sinclair, que era el jefe de policía de la ciudad. Al parecer, el duque de Henderson se interesaba

por los asuntos que tenían que ver con la ley y la seguridad en Londres, así que contaba entre sus amistades con gente en todas las esferas de la sociedad.

—¿Y qué piensa usted de esos invasores que acampan frente a nuestras puertas, señor comisario? ¿De esos irlandeses e italianos que vienen buscando trabajo y solo saben holgazanear en las tabernas? —habló Minerva, con una dureza que sorprendió a Catalina.

—Minerva, por favor —la reprendió el duque —No hables así de...

—Su amiga, la Baronesa de Lisbrook, no está equivocada, su excelencia —intervino el comisario—. Esa gente ha hecho que haya barrios en los que un ciudadano decente no puede poner un pie sin que le roben o le asesinen por su bolsa.

—Muchos de esos hombres y mujeres se encuentran en esa situación por el mercado —intervino Catalina, captando la atención de los presentes. — Porque las fábricas tienen que despedir gente en función de las condiciones de oferta y demanda. Están supeditados a condiciones que, muchas veces, escapan de su control.

Se hizo un silencio.

—Se nota que su hermano es un poderoso molinero, señorita Wright. Su fortuna es de miles de libras, tengo entendido —dijo la condesa de Von Wessend.

—Nunca he sido puesta al corriente de la economía de mi hermano, pero sí que he escuchado muchas conversaciones entre los molineros que visitaban mi hogar natal.

—Entonces habrá oído hablar de los revolucionarios. De los que aquí llamamos sindicalistas —añadió el comisario—. Aunque en el norte del país son...

—Cartistas —respondió el duque, que no dejaba de mirarla.

—Sí. Así es. Calaña de la peor, me temo. Ahora se han hermanado en un partido. ¡Comunistas se hacen llamar! Con reuniones y todo. Y con un líder alemán que está aquí, en Londres. Exiliado. Vive en unas condiciones miserables en Dean Street, en el Soho. Karl Marx se llama.

—¿El autor del *Manifiesto Comunista* está aquí en Londres? — Matthew parecía sorprendido y Catalina descubrió que era un hombre realmente culto, a diferencia del resto de comensales que parecían desconocer aquel tema de conversación porque eran cosas mundanas que no afectaban a sus vidas ni a sus fortunas.

—Sí, el mismo. Tengo a varios hombres por toda la ciudad que me informan de sus movimientos. Y sé que esta noche va a una reunión en el cementerio de Highgate con sus camaradas —tomó un largo sorbo de su copa y sonrió, con malicia—. Una patrulla se va a poner las botas con ellos.

—¿Qué quiere decir? —Catalina estaba escandalizada y apenas podía disimularlo.

—Que esos holgazanes van a recibir unos cuantos golpes esta noche. Los patronos están descontentos con este tipo de reuniones que alientan todas esas ideas peligrosas y me pagan un dinero extra para que yo disuada a los participantes con los métodos que crea convenientes. Y, además, al parecer, esta noche se van a encontrar con un pelirrojo llegado de Manchester que tiene una fama de revolucionario que es conveniente...Erradicar.

—Pues les deseo la mejor de las suertes a sus hombres, comisario — comentó la baronesa, alzando la copa.

Oh, Dios mío. ¡Lucian Monroe estaba en peligro! La respiración de Catalina comenzó a agitarse cuando fue consciente de esa verdad. Y de otra

que vino después. Porque por muy descabellado que fuera, tenía que ir a avisarle. Sabía dónde estarían, así que solo tenía que abandonar aquella cena, salir al exterior, tomar un carruaje y pedir que la acercara al cementerio de Highgate.

—¿Se encuentra bien, Catalina?

El duque de Henderson parecía haberse percatado de que ella estaba nerviosa, pálida y con las manos que le temblaban, pese a que había tratado de esconderlas en su regazo.

—No, su excelencia. Me siento indispuesta.

—¿Quiere que mi carruaje la lleve a casa?

—No, no es necesario. Seguro que encuentro uno en la calle...Me marchó, discúlpenme. Buenas noches—. Se puso de pie. El resto de comensales la observaron con expresiones que iban del desprecio a la incredulidad. Ella se excusó torpemente, hizo una serie de reverencias bastante decentes y, a toda prisa, abandonó el salón. Un sirviente le acercó su capa, que se colocó con premura antes de cruzar el umbral.

—¡Catalina!

La voz del duque la frenó en seco. Adoptando una pose regia, se tragó los nervios y se giró. Como si pudiera engañarle.

—¿Sí?

—¿Dónde va?

—Como le he dicho, no me siento bien...

Pero aquel hombre alto caminó hacia ella y se inclinó lo suficiente como para que su aliento le rozara el oído cuando dijo:

—No la creo.

Catalina notó que el aliento se le aceleraba al sentirse descubierta. Aun así, no podía fallar a Lucian, así que retrocedió, alzó el mentón y con fingida indignación, añadió:

—¿Cómo se atreve?

—Porque soy un gran observador, señorita Wright. Y usted ha empezado a palidecer en cuanto mi amigo el comisario ha empezado a contar lo que tienen pensado hacer con esos comunistas esta noche.

Catalina dio un paso más hacia atrás mientras de reojo miraba la puerta que el sirviente había abierto. Solo tenía que cruzarla para avisar a Lucian. Porque de repente, eso era lo único en lo que podía pensar, lo único que importaba.

Llegar a él. Avisarle. Salvarle.

—De verdad que me tengo que marchar. Que mi estado de salud no interfiera en sus labores como gran anfitrión. Regrese con sus invitados, por favor.

Él la miró intensamente, alzando una ceja dorada y cruzando los brazos sobre el pecho. Luego acto seguido, mientras ella seguía sopesando la huida, llamó a Charles, el mayordomo jefe, que acudió raudo y eficiente.

—Charles, pasa a los invitados al salón y que comience la cena. Yo acompañaré a la señorita Wright a su domicilio.

—Sí, señor...

—No es necesario, de verdad...—trató de esgrimir ella, pero Matthew ya la había tomado de la mano y la conducía en dirección contraria a la puerta
—¿Dónde me lleva?

—Si quiere ser rápida, iremos con mi mejor yegua.

—¿Qué?

No tardaron en hallarse en un establo, donde Catalina pudo contar más de diez ejemplares diferentes cada uno en una cuadra particular. Había un mozo que dormitaba en una silla y que se puso de pie en cuanto los escuchó llegar.

—¿Qué hace aquí, su excelencia?

—¿Y tú, Jimmy?

—Charles me castigó por el incidente del robo de hace unos días y ahora tengo que dormir aquí hasta que él me permita acudir de nuevo a mi dormitorio.

—Ya hablaré más tarde con Charles. Prepara la yegua. La señorita Wright y yo saldremos con ella esta noche. Envía detrás nuestro el carruaje, ¿de acuerdo? Avisa a John para que nos siga.

—Sí, su excelencia.

Catalina no daba crédito a lo que estaba pasando. Vio como aquel muchacho sacaba una yegua blanca y la ensillaba con maestría y práctica, mientras el duque se calzaba unas botas más apropiadas para montar.

Luego, se dio cuenta de que él estaba frente a ella, tendiéndole una mano enguantada para ayudarla a subir.

—Yo nunca...No sé...

—No se preocupe. ¿Confía en mí?

—Supongo.

—Soy un avezado jinete —Los labios del duque de Henderson se curvaron hacia arriba, en una sonrisa que irradiaba una mezcla de dulzura y diversión.

Ella tragó saliva, como si así pudiera engullir también todos los miedos que la invadían. No lo consiguió. Y mucho menos, cuando se hallaba sentada de lado entre el cuello del animal y el cuerpo del duque, que asió las riendas tratando de tocarla lo menos posible.

—¿Dónde vamos, Catalina?

—Al lugar donde ha dicho el comisario. Dese prisa, por favor.



Silencio entre las tumbas. Pasos en la noche bajo los que crujían las hojas y las briznas de hierba que se rompían o doblaban. En total, unos veinte hombres rodeaban a alguien, que los recibía hablando en un inglés en el que se colocaba un fuerte acento alemán. Lucian se situó en un lateral, apoyado en una tumba de mármol con una efigie de un ángel. Ada, por su parte, aprovechó su diminuto tamaño para colarse entre los cuerpos de dos hombres y se colocó frente al caballero que había conseguido reunirlos allí. Desde su posición, en primera fila, buscó a Lucian y le guiñó un ojo.

La lluvia no había dejado de caer desde que habían abandonado la mansión del doctor Hastings y, auspiciados por la noche, habían recorrido la ciudad hasta llegar allí, al norte de la ciudad, al cementerio de Highgate. Aquel lugar había sido renovado el año anterior, ampliando la zona oriental. Habían atravesado la niebla, y la zona frondosa repleta de árboles que se alzaban imponentes entre las tumbas, siguiendo las luces de unos farolillos que algunos de los asistentes habían llevado con ellos y que ahora, en el suelo, formaban un círculo frente al hombre que comenzó a hablar:

—¡Amigos camaradas, bienvenidos! Gracias por venir a pesar de la que está cayendo. Es agradable saber que ni siquiera la lluvia puede ahogar nuestros ideales —dijo ese hombre alto, de hombros anchos, barba y pelo rizado de color oscuro, aunque hebras plateadas ya cubrían intensamente las sienes. Algo que Lucian apreció cuando se quitó la chistera y una mata desgreñada y tupida quedó a la vista de todos. Además, si algo caracterizaba a aquel hombre era que vestía con elegancia, con un traje oscuro bajo un gabán gris, aunque las piezas estaban muy desgastadas por el uso —Algunos ya me conocen. Otros...—Su mirada incisiva recorrió las caras de los asistentes y se

detuvo varios segundos en Lucian —...Aún no. Me llamo Karl Marx.

Lucian sintió que la emoción le embargaba. Admiraba a ese caballero. Había conseguido un ejemplar en alemán del “*Manifiesto Comunista*” y con ayuda de Sophie, que se lo había traducido, había descubierto palabras poderosas para instigar su lucha contra la burguesía que les oprimía.

Cuando Ada le había dicho que conocía la ubicación de una reunión clandestina, no había dudado. Miró a su compañera. Disfrazada con ropa de hombre, con una gorra en la que ocultaba su melena, estaba temblando de frío bajo la lluvia, pero tenía un brillo en los ojos por estar presenciando aquel momento.

—Si estáis aquí es porque, como yo, creéis que la única miseria es la sumisión. Que la única felicidad es la lucha. Por eso estamos aquí. Porque queremos luchar, porque no nos rendimos. Estáis hartos de que la burguesía se aproveche de vuestra fuerza, de vuestra desesperación por llenar el estómago de vuestros hijos, mientras ellos... Bailan, ríen y comen más de lo que os podéis imaginar. Lo que los convierte en insaciables, mientras que a vosotros, las máquinas os matan u os convierten en piezas mecánicas, sin manos, con un zumbido en la cabeza que no cesa. Y siempre os atemorizan con la amenaza de que, si la producción descende, no os podrán pagar. Os dicen también que es el mercado el que marca los salarios, que se irían a la bancarrota si los suben o si dejan de contratar niños, aunque muchos de ellos mueran bajo las máquinas. ¿Y por qué lo hacen? ¿Alguien lo sabe?

—Para que el miedo nos vuelva dóciles —dijo Lucian.

Karl dirigió los ojos hacia él, esbozando una sonrisa discreta de medio lado.

—Exacto. Dóciles, temerosos. Y engañados. Os dicen que, sin ellos, la

sociedad desaparecería, y por eso, también, dicen que lo que el sindicato pretende es peligroso. ¿Verdad?

—¡Sí! ¡Sí!

—Os oprimen. Os ahogan, os estrangulan. La burguesía lo destroza todo. Ha despojado de su halo sagrado a todas las actividades respetables. Ha arrancado su velo de emociones y sentimientos a las familias y las ha reducido a meras relaciones dinerarias. Pero esa misma burguesía ha forjado dos cosas: las armas que os explotan y a vosotros, los proletarios. Y os ha convertido en una mercancía más, que se vende por piezas, sometidos a los avatares de la competencia y del mercado. ¿Cómo podemos luchar entonces? ¿Qué podemos hacer?

Todos se miraron entre sí. Hubo encogimientos de hombros, alguno que otro bajó la mirada o apuró un cigarrillo.

—Unirnos —dijo Lucian.

—Así es.

—¡Proletarios, uníos! —dijo alguien.

—Sí, así es, porque, aunque ellos os han creado, también os han convertido en sus sepultureros. Ya estamos hartos de luchar con alfileres, camaradas. Es el momento de luchar con mazos.

Lucian notó que alguien le agarraba del brazo y tiraba de su gabán con fuerza hacia atrás. Se dio la vuelta, y el desconcierto bañó su expresión. Porque no entendía qué demonios hacía Catalina Wright allí.



—¿Qué hace aquí? —No podía ni quería creer lo que veía. Oculta bajo la capucha de una capa, calada por la llovizna, y con los ojos muy abiertos, estaba Catalina Wright.

—Es peligroso. Vámonos—susurró ella.

—¿Irme? Acabamos de llegar.

—¡Lucian! —Ella colocó sus manos sobre las de él. Lucian apreció el tacto de la seda sobre su piel helada. ¿Qué demonios hacía allí, vestida de gala, con el cabello recogido deshaciéndose, la capa ribeteada de armiño arruinándose bajo la lluvia y los botines hundidos entre el barro y la hierba? —. Alguien os ha delatado a la policía. Vienen. Ya vienen.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—No hay tiempo.

Y no lo había, porque pronto escucharon los cascos de los caballos, las voces, los silbatos. Y los gritos.

Lucian buscó el origen. Avanzando entre las tumbas, hombres montados a caballo por el este, otro grupo, armados con palos, por el sur. No tardarían en rodearles.

—¡Policía! ¡Huid! —gritó. Y el infierno se desató.

Buscó a Ada que, desconcertada, miró a su alrededor para buscar el origen de la amenaza. En cuanto la localizó, echó a correr, pero un grandullón la empujó y cayó al suelo. Se hizo un ovillo para proteger su cuerpo porque sabía que en el suelo era vulnerable. Mientras avanzaba hacia ella, pensó cuántas veces se habría visto en una situación parecida para reaccionar así.

Lucian escuchó cómo Catalina gritó su nombre detrás de él.

—¡Regresa a casa! —le respondió él, mirándola.

—¡No sin ti!

Tres palabras. Solo tres hicieron falta para que el corazón de Lucian se ablandara. Durante unos segundos, se permitió mirarla. Alta, hermosa, con el cabello rubio y la capa verde. Valiente. Una luz entre tanta oscuridad.

¿Qué la había hecho ir allí a avisarle? Se había puesto en peligro por su culpa. ¿Y si la atacaban? Sabía que los policías no se andaban con remilgos en situaciones así. No hacía mucho que había vivido algo parecido.

El cuerpo le traicionó ante el recuerdo de lo acontecido en Manchester. Se echó a temblar, y en sus fosas nasales se reprodujo el olor a sangre como un recuerdo disfrazado de presente. Fue consciente de su propia respiración, saliendo en un jadeo mientras retomaba la marcha hacia el cuerpo de Ada. Estaba a punto de alcanzarla cuando notó el golpe en la cabeza. El dolor fue tan intenso que cayó de rodillas. A unos metros, caballos, gritos, maldiciones.

Y su nombre, a lo lejos, en la voz de Catalina.

Notó la sangre caliente resbalando por su cara, cubriéndola. Alargó la mano para llegar a su amiga, pero alguien tiró de él hacia atrás. Los golpes cayeron sobre su cuerpo. En el estómago, en el pecho, en la cara.

—¡Basura comunista!

Sentía que cada golpe le robaba la respiración. Se retorció, tratando de alcanzar la porra que lo hería.

Lucian tenía claro que no dejaría de luchar, aunque fuera lo último que hiciera esa noche. Si se ponía en pie, buscaría a Catalina. De repente, ese pensamiento lo impulsó. Alzó el brazo, protegiéndose con él la cabeza.

Recibió un par de golpes en la cara externa del antebrazo, pero pudo darle una patada al agente, que cayó hacia atrás.

Aprovechó ese momento para colocarse de rodillas. Estaba aturdido. Miró a su alrededor. Los policías habían echado a correr detrás del resto de camaradas.

Todo le daba vueltas. Alcanzó a ver un caballo blanco, enorme, que se detuvo entre su cuerpo y el de Ada.

Luego vio unas botas de montar que caían delante de él. No eran parte de un uniforme de policía. Alzó la cara, confuso y con la sangre cubriéndole un ojo, y vio a un hombre rubio, vestido de azul. Parecía fuera de lugar en aquel lugar lúgubre.

—¡Ayúdela! ¡Ayude a...!

Lucian notó que se vencía hacia atrás. Unos brazos frenaron su caída.

—Lucian, soy yo —La voz era de Catalina. Le costó enfocar la vista, pero la vio a su lado, sujetándole —. Tienes que ponerte en pie.

—Mi camarada...

—¿Dónde?

Con un brazo tembloroso, señaló la dirección en la que creía que estaba Ada. Catalina levantó la cara, miró a Matthew, que había descendido de la yegua y permanecía de pie, mirándolo todo con horror y desconcierto.

Luego, alguien tiró de la capa de Catalina, que se vio arrastrada por el suelo. Confusa, buscó a su agresor. Era un policía, cubierto de barro y despeinado, que la miraba con furia asesina.

—¡Deténgase! —gritó Matthew —¡No la toque!

Catalina quiso gritar, pero de su boca no salió nada. Con los ojos muy

abiertos, vio como alguien golpeaba al policía con una porra. El golpe en la cabeza sonó fuerte, demoledor y en lo que duró un parpadeo, el policía cayó a un lado. Catalina se incorporó y entre la lluvia, vio una figura delgada, cubierta de lodo y hierba, que sujetaba una porra entre las manos.

—¡Levántese, señorita! —dijo con una voz que a ella le resultó muy curiosa, porque a pesar de que la vestimenta que lucía era masculina, la voz era de mujer.

Catalina obedeció, a pesar de que no tardó en trastabillar. Volvió a incorporarse y notó una mano que la agarraba por el antebrazo. Ladeó el rostro, aterrada, y respiró hondo, cuando descubrió que se trataba de Matthew.

—Vamos, sube a la yegua. Nos tenemos que marchar.

—No sin mi amigo. Está herido. —Se desasíó del agarre del duque y avanzó en busca de Lucian. Pronto lo localizó. Seguía de rodillas en el mismo lugar. Avanzó hacia él, notando que los botines se hundían en el barro a cada paso. —¡Lucian!

Al oír su nombre, él giró el rostro y la miró. Como si una fuerza renovada se apoderara de él, se puso en pie, tambaleante y débil, y se dirigió a ella. Estaba a punto de alcanzarla cuando sintió un dolor punzante en la cabeza.

La oyó gritar. A lo lejos.



Gracias a que el duque había enviado el carruaje tras ellos hasta el cementerio, habían podido escapar y regresar al hogar Hastings cruzando la ciudad a través de la niebla.

—¡Henrietta! —Catalina recorrió el vestíbulo de la mansión.

—¿Qué pasa, muchacha? —La doncella apareció con rostro somnoliento y en bata. Observó a la chica, que estaba nerviosa, despeinada, con el vestido y la capa empapados y sucios, y los guantes llenos de sangre.
— ¡Ay, por Dios Santo! ¿Qué te han hecho?

— No ha sido a mí. Es Lucian...

Las dos mujeres corrieron hasta la parte de atrás de la mansión, donde el conductor de un carruaje con un sello ducal que Henrietta reconoció como el de Henderson, ayudaba a descender a Lucian, que se tambaleaba. La cabeza llena de sangre evidenciaba una violencia dura y la doncella no pudo evitar que su mente regresara a esa noche en Manchester, cuando aquel hombre había llegado al hogar Hastings huyendo de un acto fatídico.

— ¡Oh, por el amor de Dios! No vas a parar hasta que te maten, ¿verdad?

Lucian respondió algo ininteligible. Estaba mareado por el dolor y por la sangre, que traía a su mente demasiados recuerdos dolorosos. Ni siquiera fue consciente de cómo las dos mujeres y el chófer del carruaje le ayudaron a subir al segundo piso, al dormitorio donde se hospedaba porque los minutos se enlazaban de manera confusa en su cabeza.

— Dele las gracias al duque de Henderson por su ayuda — escuchó que decía Henrietta, cuando se encontró sentado en una butaca frente al fuego,

que la doncella azuzó con un atizador. Lucian contempló las llamas, que cobraban vida y se alzaban, voraces y fuertes. Su mente pensó algo extraño. Hubo un tiempo en que él era una llama que prendía fuego con sus palabras, que arrasaba por donde pasaba. Le buscaban de los molinos para asesorarse, para que instigara huelgas. Para que encabezara revoluciones y motines. Esos tiempos en los que él era la llama y el atizador y disfrutaba del fragor de cada pequeña batalla. Y ahora... ¿Ahora qué era? ¿Qué quedaba de ese Lucian Monroe? ¿Solo ascuas a punto de consumirse? ¿O ya ni eso? Porque Lucian se sentía como cenizas desperdigadas.

Fue en ese momento cuando fue consciente de que tal vez todos esos años de lucha no habían servido para nada...Estaba cansado, estaba harto...Estaba...

Sus pensamientos se interrumpieron cuando notó el paño húmedo con el que alguien limpiaba su cara. Buscó el origen, pensando con convencimiento que sería Henrietta y esperando la reprimenda...Pero entonces descubrió que era Catalina la que se había despojado de los guantes y estaba frente a él, con el vestido pegado al cuerpo por la lluvia, lo que marcaba las caderas y las formas de los muslos, a pesar de las enaguas que llevaba debajo. Siguió con la vista la línea de la falda de seda, que se había desgarrado y cubierto de barro, al igual que el pecho y las mangas. Incluso en el cuello había salpicaduras que llegaban hasta el rostro...serio y concentrado en limpiar sus heridas.

— Tiene cortes en la cabeza. ¿Le duelen?

Negó levemente, sin dejar de mirarla, preguntándose por qué estaba atendiéndole en lugar de cambiarse para estar cómoda y con prendas de ropa secas que podían salvarla de un resfriado.

— ¿Está mareado? A lo mejor tiene una conmoción. ¿Tiene sueño?

Lucian miró a su alrededor. Henrietta había abandonado la estancia, seguramente para acompañar al conductor del carruaje, así que estaba a solas con Catalina. La observó unos instantes, mientras dejaba los paños ensangrentados sobre una mesa y tomaba otros limpios, que colocó sobre la herida de su frente.

— Ya parece que deja de sangrar. No son graves, menos mal...

Aún se cercioró de ello, limpiando de nuevo las heridas y también la piel. Lucian se dejó hacer, sin dejar de mirarla, lo que hizo que Catalina fuera consciente de su presencia, de su cercanía, de su olor, esa mezcla de romero y sangre... Incluso a esa distancia, comprobó que las llamas arrancaban tonos anaranjados a sus cabellos revueltos, que ella echó para atrás para despejar el rostro. Con la punta húmeda del paño, recorrió las facciones: la frente ancha, el puente de la nariz, los párpados, las mejillas, la boca. Y ahí se detuvo cuando él habló:

— ¿Eres consciente de lo que tu hermano me habría hecho si te llega a suceder algo esta noche? — dijo él tuteándola.

Catalina parpadeó asumiendo las palabras que, de repente, parecían fuera de lugar. Como el hecho de que Lucian envolviera su muñeca con los dedos mientras colocaba la otra mano en su cintura en un gesto que alteró cada centímetro de su cuerpo. Casi le pareció notar cómo el calor de su piel se filtraba a través de la seda del vestido y de la enagua...hasta rozar su piel misma. Sabía que eso no era posible. Aunque dudaba de todo. Ese era el efecto que Lucian Monroe tenía sobre ella.

— ¿Y tú eres consciente de qué podría haberte pasado, si no hubiera ido a avisarte?

— Cuando uno acude a una reunión clandestina sabe qué puede

pasarle.

— ¿Me estás diciendo que me he arriesgado y no te importa?
— preguntó ella, con decepción en la voz.

— Te estoy diciendo que soy responsable de mis actos, Catalina. Pero no puedo ser responsable de los tuyos — fue bajando la voz a medida que hablaba, porque de repente, era consciente de lo que aquella mujer había hecho por él y no sabía cómo sentirse.

No dejaba de preguntarse: *¿Por qué lo has hecho, muchacha? ¿Por qué me miras así... como si yo aún valiera la pena?*

Luego, se percató de que ella parecía nerviosa, pero no solo por el reproche en sus palabras, sino por aquella cercanía, por toda la intimidad que les envolvía, por los recuerdos que ese instante evocaba. Desde ese momento en que él la había ayudado a despojarse del vestido y a desaflojar el corsé, no habían vuelto a estar tan cerca...Y Lucian sintió que su cuerpo reaccionaba ante el recuerdo, ante el aroma intenso y a la vez dulce de Catalina capaz de aplacar el olor de la sangre y los malos recuerdos que transportaba.

Una idea se abrió paso en su cabeza.

Que ella, con su dulzura, su aroma, su calidez y su valentía, de verdad pudiera redimirle.

¿Y por qué de repente eso era todo lo que deseaba?

¿Por qué de repente se dio cuenta de que estaba volviendo a soñar cuando creía que los sueños ya no eran para él porque no los merecía?

— Catalina... — dijo él entonces, poniéndose de pie, de manera que ella quedó a unos centímetros de él, de su pecho — No quiero tener que preocuparme por ti. No te acerques más a mí.

— ¿Ni aunque estés en peligro? — musitó ella, reuniendo un valor que no sabía que tenía y que se estaba imponiendo sobre el dolor que sentía por la reacción de él.

— Ni aunque sepas que voy a morir... — La voz de Lucian no era más que un susurro cargado de tristeza.

— ¿Acaso crees que soy como mi madre?

Lucian sacudió la cabeza. Se sentía aturdido todavía y le costó comprender lo que Catalina acababa de decir. Ella vio la incomprensión en su mirada y añadió:

— ¿Acaso crees que yo... — Colocó la mano que tenía libre sobre el pecho de Lucian, acariciando la piel que asomaba y el vello rojo en el centro del pecho — ...te dejaría morir si pudiera evitarlo, tal y como mi madre haría?

Lucian se sintió conmovido ante aquellas palabras. No había pretendido hierirla, ni siquiera que ella llegara a esa conclusión. Solo quería que ella se mantuviera alejada, a salvo, porque él arrastraba una maldición que condenaba a muerte a todas las personas que llegaban a importarle.

— No, yo... — Como no encontró palabras para explicarse, hizo lo único que se le ocurrió: colocó su mano sobre la que ella tenía en su pecho. A ella se le escapó un jadeo, de anticipación, de nervios, de excitación.

Alzó los ojos hasta los suyos y lo que se encontró, una mirada limpia y honesta, le hizo comprender que él nunca la consideraría como a su madre, la que tanto daño había causado a los que la rodeaban.

— Bueno, Lucian, vamos a ver esas heridas — La voz de Henrietta sonó enérgica y decidida como siempre, y por suerte, llegó a ellos antes de cruzar el umbral, por lo que pudieron separarse a tiempo antes de ser

descubiertos en una situación inapropiada y totalmente escandalosa.

Catalina se disculpó con torpeza y abandonó la estancia, con el corazón galopando a toda velocidad en su pecho.



Se dijo a sí misma que no iba a acercarse más a él, que tenía que mantenerse cuerda, serena, y que no podía permitir que él le hiciera sentir todas esas cosas. Pero luego había empezado a preguntarse si estaría bien, si las heridas habrían cerrado del todo... Y había decidido que, a pesar de que no dudaba de la eficiencia en los cuidados de Henrietta, no pasaba nada por asegurarse de que Lucian no había empeorado y de que seguramente necesitaría algo caliente para atemperar el cuerpo después de lo acontecido. Además, con suerte, tal vez pudiera averiguar por qué él se ponía en peligro de ese modo y por qué estaba en Londres.

Abrió la puerta y descalza, entró en la habitación. Sus ojos le localizaron. Estaba sentado en un sillón frente a la chimenea. A medida que los pasos la acercaron a él, descubrió que él estaba inclinado hacia delante, con los codos sobre las rodillas y sin camisa...

La piel adquiría un tono dorado por el reflejo de las llamas y ella se fijó en los músculos definidos, tanto que notó que se le escapaba un jadeo que él debió de notar, porque giró la cabeza y la miró.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a traerte un té caliente.

—Gracias —dijo con aire taciturno y volvió a centrar su atención en las llamas que bailaban en la chimenea. Ella dejó la taza sobre un escritorio que había junto a la puerta. Se fijó en un ejemplar desgastado de un libro. “*El Manifiesto Comunista*” en alemán.

Tal vez esa era la razón por la que él estaba en Londres, metido en revueltas con gente como él, poniéndose en el radar de la policía y en peligro.

Después de haberle salvado, estaba decidida a obtener respuestas.

Con cautela medida, se acercó a él. Se dejó caer de rodillas frente a Lucian, entre la chimenea y el sofá.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. Gracias. —Tenía la cabeza gacha y Catalina se fijó entonces en su torso desnudo. Había músculos marcados, los hombros, y luego, los del pecho, cuadrados y tensos.

Se preguntó cómo sería deslizar los dedos por ellos, acariciar de nuevo el vello que cubría la parte superior del pecho y ascendía hasta superar el hueco entre los huesos de las clavículas.

—¿Estás mareado?

—No.

—¿Tienes fiebre? —preguntó al tiempo que colocaba la palma de la mano sobre su frente.

Cuando Lucian notó aquella mano sobre su piel, alzó los ojos hacia ella. Y se dio cuenta de que a Catalina se le detenía la respiración y apartaba la mano con rapidez. Le mantuvo la mirada durante el bastante tiempo como para que ella se pusiera más nerviosa y fuera consciente de que estaban de nuevo solos. Con esa intención había ido a su dormitorio, pero siempre le sorprendía lo expuesta que se sentía junto a aquel hombre, que la hacía ser consciente de su cuerpo, de su respiración, de cada centímetro que los unía o los separaba. Y, sobre todo, era consciente de la piel que él mostraba. A veces las manos, a veces, el cuello, y en ese momento, todo el torso, forjado por el duro trabajo, surcado de algunas cicatrices antiguas y hematomas.

—¿Eso te lo han hecho esta noche?

—No.

Ella miró aquellos golpes en la piel. Algunos tenían tonalidades más oscuras; otros variaban del malva al verde o se diluían en un tono amarillo.

—¿Por eso viniste a Londres?

Lucian alzó la cara y luego el cuerpo, poniéndose en pie. Ella le observó desde su posición, arrodillada sobre la alfombra. Lo vio darse la vuelta. Se fijó en cómo le quedaba aquel pantalón de lana, que marcaba los fuertes muslos y el trasero con una indecencia que incitaba al pecado. Luego concentró su atención en su espalda, en los músculos y en los cardenales, manchas deladoras de violencia. Se estremeció ante la idea del dolor que debió de sentir.

—¿Quién te hizo eso?

—No es de su incumbencia, señorita Wright.

—Pues yo creo que, al haberte salvado la vida, me debes una explicación.

Vio cómo su torso se sacudía por la risa.

—Lo de hoy no necesita explicación, puesto que lo has visto con tus propios ojos.

—¡Oh, sí! Desde luego que lo he visto. Porque he abandonado una cena en Mayfair para presenciar con mis propios ojos cómo la policía se ensañaba con vosotros.

—¿Y quién te lo ha pedido?

Catalina se puso en pie con rapidez.

—¡Nadie! —dijo ella, avanzando hacia él — Pero lo he hecho porque...

Al mirarle, se tragó las palabras. No quería revelar nada más sobre sí misma, sobre todo, porque él estaba ofuscado y con una actitud demasiado hostil, que la ofendía y la hería al mismo tiempo.

Lucian vio algo en su expresión: dolor. Sabía que estaba siendo brusco, que estaba a la defensiva y si era sincero consigo mismo, de no ser por la intervención de aquella mujer, a saber dónde habrían acabado Ada y él.

Con toda probabilidad, flotando en el Támesis.

—¿Por qué lo has hecho? —Su voz se volvía ronca a medida que avanzaba hacia ella.

Oh, no. De nuevo ese tono dulce que a ella le desarmaba. Levantó la cara y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Porque tú y yo venimos del mismo lugar.

—Del mismo, pero a la vez...tan diferente.

—Pero por lo menos allí ambos sabíamos a qué atenernos con nuestro presente y con nuestro futuro —añadió ella en un susurro.

Catalina tenía razón. Lucian asintió lentamente, sin dejar de mirarla, deteniéndose en las facciones, enmarcadas por el cabello, (de nuevo suelto), el ceño ligeramente fruncido y la boca, entreabierta.

—Sí, y también sabíamos qué límites podríamos o no cruzar.

—Creía que los límites no eran para Lucian Monroe —dijo, pero no se atrevió a mirarle.

—Eso pensaba yo también. Al menos, en Manchester sabía dónde estaban.

—Y en Londres, ¿no? —Alzó los ojos.

Él esbozó una sonrisa de medio lado, que no se extendió a sus ojos, que seguían luciendo apagados y tristes.

—En Londres...Sí, pero no aquí, no en esta habitación si tú estás cerca de mí, Catalina.

La respiración salió brusca de su boca, en un jadeo que delataba la sorpresa que provocaban las palabras de Lucian, la confesión susurrada que parecía una caricia.

Porque en realidad eso era lo que Catalina deseaba. Que él la tocara. Desde que lo había visto en Highgate sabiendo que corría peligro, enfrentándose a la policía... Lo único que pasaba por su cabeza era que tenía que salvarle e impedir que lo hirieran. Y luego, cuando volvían a toda prisa en el carruaje por las calles de Londres cubiertas de niebla, mientras el calor del cuerpo de aquel hombre era lo único que ahuyentaba el miedo, no podía dejar de pensar en lo mucho que deseaba seguir tocándole, más, mucho más... Porque lo que sentía por ese hombre, lo que su cuerpo demandaba, no podía calmarse y estaba creciendo a pasos agigantados.

—Por eso, Catalina, te pido que te marches.

Ella parpadeó al comprender lo que él acababa de decir.

—¿Que me marche?

—Sí. Para que restaure mis límites, mi cordura, y para que no aplaque mi soledad y mi dolor tal y como me lo está pidiendo mi cuerpo...

Ella tragó saliva. Tenía que irse, claro que sí. Henrietta se lo había dicho. Lucian Monroe era un hombre que la conduciría a la ruina. Pero ¡oh, la ruina! Qué apetecible era en ese momento, con aquel hombre mirándola como si fuera un tesoro, que anhelaba pero que también arrastraba una maldición.

Como él.

Al final, los destinos de ambos eran demasiados similares. Estaban solos, perdidos, malditos. Sin presente, sin futuro.

Y con un pasado que no acababan de dejar atrás.

Lucian se movió. Pero no hacia ella. Se alejó hacia la chimenea, y a Catalina le costó unos instantes volver a respirar y ladear la cara para mirarle. Su silueta, alta y musculosa, se recortaba a contra luz. Con un par de pasos, se acercó hacia él, hasta que pudo ver que las llamas teñían la piel con sus destellos. Esa piel que ella deseaba tanto...

—¿Me deseas? —se atrevió a preguntar.

Lucian se apoyó en el vasar sobre la chimenea. Ella apreció la tensión que nacía de las manos y ascendía por los brazos, marcando los músculos, que jugaban con el dorado de las llamas y con el gris de las sombras.

Ella esperó, el corazón latiéndole en el pecho, como si lo que él dijera a continuación fueran las palabras que marcarían un antes y un después entre ellos.

Y por eso mismo, él no dijo nada. Y el silencio se impuso cruel, doloroso, porque rompía una ilusión que ella no sabía que tenía.

Alzó el mentón, se tragó las lágrimas y salió de la habitación. El pasillo la recibió con frío. Se estremeció y se abrazó a sí misma. ¿Qué había esperado? Ese hombre era irritante y la desconcertaba porque ella no tenía experiencia, porque no estaba acostumbrada a lidiar con sentimientos como los que él despertaba.

Llegó a la puerta de su habitación, asió el picaporte y antes de girarlo, se inclinó hacia delante y apoyó la frente en la madera. Cerró los ojos.

Maldito Lucian Monroe, se dijo mientras se prometía mantenerse alejada de él.

No debía ser tan difícil.

—Catalina...

Su voz la sobresaltó. Se giró con rapidez, apoyando la espalda contra la puerta, porque en ese momento necesitaba un punto donde apoyar su cuerpo. Lucian estaba frente a ella, mirándola con una expresión hermosa y desolada.

Se echó el pelo hacia atrás, y ella supo que trataba de buscar las palabras.

—Si nos hubiéramos encontrado en Manchester, no nos habríamos mirado. Yo no habría sido para ti más que un agitador cartista y tú...Solo habrías sido la hermana consentida de Aaron Wright, mi patrono. Dejémoslo así.

—Puedo hacerlo —dijo ella en voz alta, más para sí misma que para él — Puedo no mirarte.

Lucian asintió.

—Y yo también. Puedo no mirarte...

—De acuerdo.

Lucian avanzó con decisión. Solo un par de pasos, hasta que estaba demasiado cerca de ella. Tanto, que solo bastó que alargara el brazo para acariciar su cara, para rozar la mejilla con los dedos y para deslizar las yemas hasta su boca que Catalina abrió para dejar escapar un suspiro.

—¿Puedo dejar de mirarte a partir de mañana?

—Sí —respondió ella antes de quebrar la distancia hacia él, hacia su rostro, poniéndose de puntillas —. Mañana me parece razonable.

Lucian esbozó una sonrisa y por un segundo, los ojos también se contagiaron. Catalina lo vio, antes de cerrar los suyos para besarle.



De todo lo que había pensado que le depararía la noche, Lucian no se habría imaginado ni en un millón de años que ella le besaría.

¡Y cómo lo había hecho! Se había puesto de puntillas y había colocado los labios sobre los suyos para después moverlos, en una indagación curiosa, llena de promesas, que él se había encargado de cumplir.

En cuanto se recuperó del instante de sorpresa, por supuesto.

Había querido besarla desde... No recordaba cuándo.

Tal vez desde aquel día en la estación, cuando la había visto por primera vez, alta y hermosa, con los ojos extraños mirándole como si intentara encajarlo en algún puzle deshecho.

Y desde entonces, en más de una docena de ocasiones, el pensamiento se le había pasado por la cabeza. *¿Y si la beso? ¿Y si...?* Pero la cordura había aparecido, imponiéndose. Lógica y fría, apagando el deseo. Ese que volvía a sentir, a pesar de los años que llevaba silenciándolo, conteniéndolo, atado a una promesa.

Pero desde que ella se había cruzado en su destino, la promesa temblaba.

Como él cuando Catalina Wright lo besó. Lo dejó sin aliento con una caricia suave como una pluma, pero devastadora al mismo tiempo consiguiendo atravesar la coraza que contenía su deseo.

De pronto, Catalina abrió la boca bajo la de él y le recorrió el labio inferior con la punta de la lengua enviándolo en un viaje de solo ida al infierno.

Porque Lucian Monroe llevaba demasiado tiempo sin besar a una mujer y su autocontrol se había hecho añicos.

La tomó entre sus brazos al tiempo que emitía un gemido ronco, gutural. Inclino la cabeza y le devolvió el beso. Pensó que se asustaría y se apartaría, pero no fue así.

Le rodeó el cuello con los brazos y hundió los dedos en su pelo, como si llevara mucho tiempo deseando hacerlo mientras él movía los labios en un beso que se volvió intenso y exigente.

Catalina se estremeció entre sus brazos y él la besó profundamente, bebiéndose el sonido de sus suspiros, el sabor de su boca, que correspondía cada movimiento sin amilanarse, indagando, aprendiendo de él...Hasta que supo que, si seguía así, la coraza que ella había agrietado estallaría en mil pedazos y se llevaría con ella la promesa que mantenía a salvo su conciencia.

Se apartó y cuando ella abrió los ojos, se encontró con que Lucian los mantenía cerrados.

Apreció la tensión en su mandíbula, en su cuello. Trataba de controlarse para no volver a ella, a sus besos, a tocarla.

Así que Catalina fue la que actuó con lógica.

Se dio la vuelta, asió el picaporte, con una decisión inquebrantable lo giró y entró en el dormitorio, alejándose de la tentación hecha hombre.



Catalina Wright estaba metida en un gran lío. Definitivamente.

Un lío que tenía que ver con un hombre atractivo, desconcertante, aguerrido. Y pelirrojo. Que además besaba como un ángel. O como un demonio. Porque según todas las nociones cristianas con las que la habían educado, compartir algo así con un hombre sin estar casada era a todas luces, indecente. Era pecado, estaba prohibido. Te condenaba al infierno.

De repente, entendía por qué el deseo era el culpable de que almas inocentes se descarriasen. Lo que ese hombre le había hecho al devolverle el beso había sido devastador. ¡Pero tan excitante...!

Se cubrió la cara con las manos. Notaba el rubor extendiéndose por sus mejillas y por su cuello, y un cosquilleo travieso en el vientre al recordar lo que Lucian le había hecho sentir.

Se incorporó en la cama en cuanto otro pensamiento se abrió paso en su mente. Lucian, que vivía en la misma casa, que dormía concretamente en la habitación contigua a la suya...Y que no tardaría en volver a ver después del beso que habían compartido.

¿Cómo iba a actuar?

¿Haría como que no había pasado? ¿La ignoraría? ¿O volvería a besarla en cuanto tuviera ocasión? Sin duda, esa última era la opción que Catalina deseaba casi con fervor. Por eso, se levantó, y en cuanto llegó Henrietta, se vistió con un vestido rosa con el que se veía favorecida. Se miró una última vez al espejo, asegurándose de que se veía perfecta, con el cabello recogido en un moño sencillo que despejaba su rostro.

Se armó de valor y salió del dormitorio. A cada paso sobre la

alfombra, sentía que los latidos de su corazón se desbocaban. Llegó al final del pasillo, y cuando se encontró en lo alto de la escalinata de mármol, lo vio. Estaba en la planta de abajo, de espaldas, mientras Henrietta abría la puerta.

Y entonces se dio cuenta de que entraba una mujer. Era delgada, vestía de gris, con una pieza sencilla y una capa desgastada.

No pudo evitar que sus ojos volasen a Lucian, para contemplar la reacción.

—Por Dios, Ada, menos mal que estás bien— exclamó, antes de avanzar hacia ella para envolverla entre sus brazos.

Catalina sintió que el corazón se le rompía.

¿Quién era esa mujer y por qué Lucian la abrazaba así? ¿Y si era la razón por la que él estaba en Londres? ¿Y si era su esposa? No, eso no. Lucian no estaba casado. Henrietta se lo habría dicho. La habría advertido sobre él. Bueno, lo hizo. Le dijo que él la conduciría a la ruina. ¡Y vaya si lo había hecho! Le había entregado su primer beso y eso había traído la certeza absoluta de que nunca más volvería a sentir algo así.

Contempló aquel abrazo durante demasiado tiempo, sintiéndose estúpida y celosa y herida. Todo a la vez.

Solo apartó la mirada cuando Henrietta la descubrió en aquel improvisado puesto de vigía. Alzó la cara, como hacía su madre, y bajó las escaleras imitando la dignidad de la reina Victoria.

—Justo a tiempo, señorita Wright, el desayuno ya está preparado.

En ese momento, él la miró. Se dio la vuelta, aún con aquella mujer entre los brazos, y clavó sus ojos verdes en ella, que tuvo que agarrarse a la barandilla de mármol de lo mucho que le temblaron las piernas.

—Buenos días—La voz le salió sin dificultad mientras descendía los últimos escalones.

Él seguía mirándola.

La mujer que lo abrazaba lo miró y luego, sus ojos volaron hasta Catalina.

Ada había notado varias cosas desde aquella posición. Que a Lucian se le había acelerado el corazón y que contenía la respiración. Por eso no había dudado en buscar la razón de aquel comportamiento. Y entonces la había visto. Hermosa, alta, rubia, con un fabuloso vestido que remarcaba sus curvas y mostraba los huesos de los hombros y un cuello blanco. A Ada le recordó a un cisne. Era elegante, distinguida.

La había visto la noche anterior, en el cementerio, bajo la lluvia. Pero la oscuridad no le hacía justicia. Ahora, a plena luz del día, era tan hermosa que no era de extrañar que su camarada se mostrase impresionado.

—¡Ada! —La voz de Michael la sacó de sus pensamientos. Vio como el muchacho corría hacia ella y se lanzaba a sus piernas— ¡Estás bien!

—Sí, Michael, estoy bien. Y tú estás muy guapo.

—¡Menudo baño le di a ese jovencito! Después de frotar a conciencia, apareció un pequeño príncipe—dijo Henrietta, sonriente—. Al que he preparado un gran desayuno. Catalina, ¿conoces a Michael, nuestro invitado? —La joven le sonrió con ternura. Era el pequeño con el que se había cruzado en la estación, aunque su vida parecía haber cambiado para bien.—. Vamos, pasemos todos al salón.

Catalina fue la primera que emprendió el camino, acelerando el paso para no coincidir con Lucian. No podía soportarlo. Era demasiado para ella. ¿Por qué lo había besado? Ahora tendría que verle, tendría que aguantar lo que

sentía cuando él la miraba y, sobre todo, tendría que olvidarle. Porque él no era para ella. Y más, si había otra mujer en su vida.

En la mesa del salón, Henrietta había dispuesto leche, té, galletas, pan y fruta en abundancia.

—¡Cuánta comida! —exclamó el pequeño Michael, con los ojos enormes—. ¿Puedo comer todo lo que quiera?

—Por supuesto, jovencito. ¿Dónde te quieres sentar? —preguntó Catalina, sonriente.

Michael se sentó en la silla más cercana, con una rapidez que provocó sonrisas en Henrietta y en Ada.

—Señorita Smith, tome asiento junto a Michael, por favor —intervino Henrietta—. ¿Quiere algo más?

—No, gracias. Hay más que suficiente...—dijo mientras sus ojos volaban hacia las manzanas que se apilaban en un cesto frente a ella.

—¡Pues a desayunar!

Henrietta tomó asiento también, de forma que Lucian y Catalina acabaron sentados frente a frente.

Lucian sintió que perdía el apetito. Tuvo que esconder las manos debajo de la mesa, porque al verla tomar asiento frente a él se puso muy nervioso.

¿Por qué está tan hermosa?

El vestido rosa era sencillo, pero ceñía su cintura y realzaba el pecho. Además, el recogido despejaba el rostro, el cuello, los huesos de las clavículas. Piel, piel, piel. Suave, delicada, que él se moría por acariciar.

Y luego estaban los labios, que, pese a que estaban fruncidos, seguían

resultándole provocadores. Conocía su sabor, su textura. Y los suspiros que habían dejado escapar se le habían clavado en el alma. ¿Cuánto hacía que una mujer no suspiraba contra su boca? Demasiado. Demasiado tiempo.

Se echó el pelo hacia atrás y cuando alzó la cara, ella le estaba mirando, fijándose en su camisa raída, que no había abotonado del todo.

—Lucian ¿te encuentras bien? —preguntó Henrietta —¿Quieres que llame a un doctor? Estás horrible.

—Gracias por el cumplido, Henrietta—dijo él, sonriendo—. Pero estoy bien.

—Pues no lo pareces. Y usted tampoco, señorita Smith.

—Estoy bien.

—Entonces, si ambos están bien, no tendrán inconveniente en venir al orfanato de mi hermana a ayudar con algunas tareas. Y así se mantendrán lejos de otros...Problemas.

Conociendo a aquella mujer, Lucian sabía que no podía oponerse. Además, le parecía bien. Ayudar a los demás de otra manera. Y a la vez, mantenerse alejado de Catalina Wright.

—Yo también deseo ir— dijo entonces ella.

Maldición. La miró, pero ella levantaba el mentón y dirigía la atención hacia Henrietta.

Lucian no rezaba, pero se sorprendió a sí mismo haciéndolo.

Por suerte, si Dios le desoía, como de costumbre, contaba con Henrietta.

—No es posible. Aaron no lo permitiría.

—¿Por qué no?

—Porque el orfanato está situado en una zona cercana a Whitechapel, un lugar poco recomendable para damas. Además, está invitada a comer en el hogar de la duquesa de Arlington.

—No quiero ir.

—No sería de buena educación rechazar la invitación. Creía que se acordaba y por eso se había puesto tan bonita.

Catalina se sonrojó con violencia. Trató de que sus ojos no volaran hacia Lucian. Fracasó estrepitosamente.

Lucian tenía las cejas arqueadas por la sorpresa, pero cuando ella lo miró, bajó los ojos y agarró una manzana centrando toda su atención en la fruta.

Pero Catalina estaba segura de que había descubierto que ella se había arreglado especialmente para él después del beso que habían compartido.

—Está bien— cedió finalmente—. Tiene razón, Henrietta. No puedo olvidar a qué he venido a Londres.



El orfanato en pleno día no era tan terrible como Lucian había imaginado. Para su sorpresa, era un lugar agradable. Estaba bien cuidado, no demasiado sucio y los chiquillos que lo poblaban tenían buen aspecto. Mientras se dirigía allí con Henrietta, Ada y Michael, había descubierto que el doctor Hastings había abierto aquel lugar hacía unos seis años, aprovechando que tenía una fortuna holgada que le permitía invertir en caridad. ¿Y qué mejor que ayudando a los más vulnerables del East End de Londres? Incluso a pesar de la distancia, había seguido manteniéndolo, dejándolo en manos de Clarisse, la hermana de Henrietta. Pero la epidemia de cólera del año anterior había multiplicado el número de huérfanos, así que el doctor había adquirido el edificio contiguo y estaban listos para adaptarlo. Por eso habían pensado en Lucian, que era bueno con las manos. Sabía trabajar la madera, tenía nociones de construcción y enseguida se adaptaba. Y, por supuesto, estaba acostumbrado al trabajo duro.

Y había decidido volcarse en él. Trabajar de sol a sol, como hacía en Manchester para acabar agotado. Para no pensar en ella.

Para retomar su cordura, sus límites.

Seguía pensando en eso cuando Henrietta lo dejó a solas, después de indicarle que arreglara el tejado, ya que había más de una docena de goteras. Le había proporcionado herramientas y debía aprovechar que la lluvia les había dado una tregua.

—¿Necesitas ayuda? —le sorprendió la voz de Ada. Alzó la cara y la encontró apoyada en la puerta.

—No. Gracias. ¿Y tú?

—No. Voy a ayudar a Clarisse en la cocina. Hay más de veinte niños,

algunos de ellos, bebés. Al parecer, incluso vienen unas nodrizas a darles leche.

—Bueno, tú no has conocido al doctor que costea todo esto, pero es un gran hombre. Los Hastings lo son.

—¿Y qué relación tienen con la chica que había en la mansión?

Lucian se dio la vuelta y miró por la ventana que daba al balcón por el que iba a trepar al tejado, como si así pudiera evitar responder a la acertada pregunta de su amiga, que era inteligente y perspicaz.

—Es la hermana del marido de Sophie, la hija del doctor.

—Cuéntame la historia.

—¿No deberías bajar a ayudar?

Ada se echó a reír.

—¡Me lo imaginaba! Y tu comportamiento me lo confirma. ¿Qué tienes con esa muchacha?

—¡Nada! —Se giró, ofendido. — ¿Qué crees que alguien como yo tendría con una muchacha mimada?

—Pero la rosa que robaste era para ella, ¿verdad?

Lucian soltó una maldición en voz baja que acrecentó la risa de su camarada.

—Va, cuéntamelo y te guardo el secreto.

—No hay mucho que contar. Hace unos años, Sophie y el doctor viajaron a Manchester porque habían asesinado a Byron Hastings. Y entonces, Aaron Wright, el patrono que dirigía el molino en el que yo trabajaba, se enamoró perdidamente de Sophie. Acabaron casados y descubrieron quién

estaba detrás de ese y otros asesinatos.

—¿Y quién es ella?

—Ella es Catalina Wright. A la que han mandado aquí aprovechando la influencia de Sophie y el dinero de su hermano para, imagino, desposarla con algún aristócrata que se enamore de su belleza.

—¿La consideras bella?

Lucian se encogió de hombros.

—No me he fijado en ella.

—¡Eres un mentiroso terrible, Lucian!

La miró, tratando de parecer enojado y ofendido. No lo consiguió, porque ella seguía riéndose.

—Tranquilo, te guardaré el secreto. No estoy en disposición de juzgar amores imposibles.

—¿Amor? ¡Eso sí que es una tontería! Yo nunca me enamoraré otra vez.

—Bueno, pues ya somos dos. El amor solo trae dolor. Me parece, Lucian, que nuestras vidas están demasiados jalonadas por la violencia.

—Sin duda. Por eso, tengo que mantenerme alejado de Catalina Wright.

Ada asintió, pero sus pensamientos viajaron a otro lugar. Concretamente, a otra persona y a los recuerdos de la noche anterior.



Todo había comenzado con un movimiento de la yegua. Ese magnífico animal que la había reconocido, a pesar de la lluvia y el lodo. Para que el duque y la joven subieran a Lucian al carruaje, ella había tomado las riendas. Y la había reconocido al instante. Cuando la yegua le había dado un golpe cariñoso con el hocico, Ada había sonreído y entonces se había percatado de que él la miraba.

A pesar de que no había hablado, a pesar de que la gorra contenía todo su cabello, la lluvia había empapado su ropa y se le pegaba al cuerpo, revelando sus formas femeninas. Pero, además, aquel gesto delator de la yegua había bastado para que él la reconociera. Porque después de todo, a un duque no le robaban una yegua todos los días. Aun así, no había dicho nada. Tan solo había hecho que el carruaje se fuera sin darle la posibilidad de subir a él. Y cuando se vio sola, en plena noche, tratando de orientarse para llegar al hostel, él le había tendido una mano enguantada, para ayudarla a montar en la yegua.

—La llevaré donde desee.

—No es necesario— respondió ella pero, al retroceder, notó un dolor punzante en la pierna. Se había cortado con algo afilado.

Así que pensó con lógica. No sabía dónde estaba, no sabía cómo llegar a su hotel, la policía andaba cerca, no quería que la atraparan y ahora, además, estaba herida y sangraba.

—¿Está segura?

—De acuerdo. Lléveme —respondió, un instante antes de tomar la mano que él le tendía. Para su sorpresa, una vez que estaba arriba, la encajó entre su cuerpo y el cuello de la yegua. Ada sintió que el corazón hacía amago

de subírsele a la garganta. Sentía el calor que el cuerpo de aquel hombre desprendía, porque con el galope, el contacto era inevitable. Los brazos, fuertes, se tensaban mientras tiraba de las riendas y ella se fijó en que la levita que él lucía tenía un aspecto suave, a pesar de estar empapada. ¿Sería terciopelo? Probablemente.

Los duques no pasaban frío. Ni hambre, ni sed. No sufrían.

—Agárrese —le susurró al oído, cuando instigó a la yegua a que galopara con más brío, para escapar de la policía.

Y un rato después, entraron en una avenida despejada, iluminada y limpia. Ada miró a su alrededor. No había estado en esa parte de Londres.

—¿Dónde me lleva?

—A mi casa de Mayfair.

—¿Qué? ¡No!

—No la dejaré cerca de ningún barrio peligroso a estas horas y mucho menos, donde puedan localizarla esos salvajes.

—Me esconderé.

—Si la paran y la ven cubierta de barro... ¿No sabrán que ha estado en el cementerio?

—Pero...

—No voy a tocarla. ¿Me tiene miedo?

—No.

—Solo quiero ayudarla.

¿Ayudarla? Hacía tanto tiempo que nadie la ayudaba. Salvo Lucian. Pero a parte de él... ¿Quién? La respuesta era fácil. Nadie. Normalmente era

ella la que siempre ayudaba. A las compañeras en la fábrica, al pequeño Michael, incluso a ese conde en miniatura al que había salvado en Hyde Park. Pero desde que Andrew murió... ¿Quién se había ofrecido a ponerla a salvo?

—Está bien.

Y así era como se había encontrado en una habitación con chimenea. Primero habían entrado a un establo, donde un joven asustado los había recibido, ayudándolos a descender de la yegua.

Luego, el duque le había ordenado que llamara a una tal Juliette, pidiéndole discreción absoluta. Y Ada se había encontrado con una mujer alta, vestida de negro, mirándola con desconcierto.

—¿Por qué me has llamado para atender a este muchacho, Matthew?

Matthew. Ese era su nombre. Por fin lo había averiguado. Aunque no había pensado demasiado en él hasta ese momento. Un duque es un duque. No sufre ni padece como el resto de personas. Eso era lo único que debía importarle. No un nombre. Aunque le gustara y pensara que iba bien con él.

—Deberías haber llamado a Charles.

Ada miró al duque. Se estaba quitando la chaqueta. Debajo llevaba varias piezas: un chaleco azul, como sus ojos, ricamente bordado con lo que parecía plata, una camisa blanca impoluta y un pañuelo de seda anudado al cuello.

Por eso no quería acercarse a un barrio peligroso. No habría salido vestido de allí. Y tal vez, ni siquiera vivo.

—Es que no es un muchacho— respondió él, mirándola durante una decena de latidos de su corazón, antes de, con un gesto rápido, quitarle la gorra que ocultaba sus cabellos. No tardaron en caer sobre sus hombros.

El ama de llaves se sorprendió, pero no dijo nada. No la juzgó.

—Acompáñela a la habitación de invitados de la zona oeste.

—Su madre le está esperando.

Matthew resopló.

—Está enojada porque me he ausentado de la cena, ¿verdad?

—Eso me temo.

—No se preocupe. Sobreviviré. Y, señora Juliette, la joven está herida. Ayúdela.

Y de ese modo, después de que aquella solícita y eficiente doncella hubiera limpiado su herida, Ada se encontraba frente a la chimenea, llevando un vestido negro de servicio, que le venía enorme, pero que al menos, estaba seco. Acercó las manos al calor del fuego. No estaban sucias, porque había podido lavarse las manos y la cara en una pila de cerámica con agua limpia. Algo a lo que no estaba acostumbrada. Se miró la piel. Estaba ajada por el frío y estropeada por el duro trabajo. Las manos, callosas, estaban deformadas por las largas horas en la máquina, por hacer los mismos gestos tantas veces que sus articulaciones se habían destrozado.

Había pedido marcharse y Juliette le había dicho que podría hacerlo, cuando él lo autorizara.

Claro, porque era un maldito duque que estaba acostumbrado a que todo el mundo le obedeciese sin rechistar.

Pues ella había pensado plantarle cara sin amilanarse. Estaba rumiando su estrategia cuando él apareció. Ada se giró para enfrentarle y lo vio, aún mojado, despeinado, con el chaleco desabotonado y sin el pañuelo de seda que cerraba su camisa, por lo que podía ver la piel de su cuello y de una

parte de su pecho.

Hubo una parte de ella que no pudo fijarse en esa parte, en el vello claro que asomaba. ¿Cuánto tiempo hacía que no intimaba con un hombre? La respuesta era clara. Hacía meses. Andrew había sido el único. Y el último. Desde entonces, se había dedicado a recuperarse, a organizar su nueva vida, con el viaje a Londres, donde lo que le esperaba era aún más incierto que lo que había dejado en Coventry.

Y la había llevado a conocer a un duque, que se acercaba a ella con decisión y mirándola a los ojos, como si fuera alguien igual que él.

Qué tontería, pensó. Nunca seremos iguales.

Aun así, alzó la cara y puso los brazos en jarras, en una actitud que denotaba desafío.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó al llegar a su altura.

—Bien —dijo ella, descolocada—. Juliette ha sido muy eficiente limpiando y vendando mi herida.

—No me cabe duda. La conozco bien.

—¿Puedo irme ya? —dijo con impaciencia

—¿Desea hacerlo? ¿A pesar de que se pondrá en peligro? ¿Por qué no espera hasta que amanezca?

—¿No prefiere que me marche en plena noche, para así no ser vista y evitar habladurías?

Él sonrió con indolencia.

—Soy el duque de Henderson. Mi linaje, mi nombre y mi apellido sobreviven a casi todo.

—¿Y eso por qué?

—Porque los míos son muy comprensivos cuando se trata de juzgar a duques.

—¿Así que por eso me ha ayudado? ¿Por qué no teme que su linaje se mancille al relacionarse con alguien como yo?

—¿Alguien como usted? ¿Quién es usted?

—Una mujer poco importante.

—Una mujer que robó una yegua para salvar a un conde, que se disfraza de varón para acudir a una reunión clandestina de comunistas y que no se muestra complaciente en la presencia del duque más poderoso de Inglaterra, pues, perdóneme señorita, pero creo que eso la convierte en alguien importante.

—No lo suficiente.

—¿Qué quiere decir?

—Que esa importancia de la que habla no es suficiente para comer o para conseguir un trabajo, que es lo que necesito.

—¿Quiere un trabajo? Yo se lo puedo ofrecer.

—No, gracias —dijo ella con una sonrisa de autosuficiencia.

—¿Por qué no?

—Porque ambos sabemos que no estoy hecha para el trabajo doméstico. No soy sumisa, no soy dócil, no soy obediente. No tardarían en despedirme.

—Entonces, ¿qué hace en Londres?

—Luchar.

—¿Cree que eso la llevará a alguna parte? ¿O acabará de nuevo en algún cementerio, pero esta vez, corriendo una suerte bien distinta?

Ada se encogió de hombros, evitando con este gesto la respuesta.

—¿Y ya está? ¿Ese es su plan?

—La sumisión es la muerte. La felicidad es la lucha. Pero ¿qué va a entender alguien que ha crecido alimentándose con cuchara de plata?

—Bueno, pues este alguien está dispuesto a escucharla, a que me explique qué les dice Karl Marx a sus camaradas para que lo arriesguen todo por él.

—Tal vez no lo arriesgamos todo porque, en realidad, no tenemos nada.

—¿La vida no es nada?

—Nuestra vida, no.

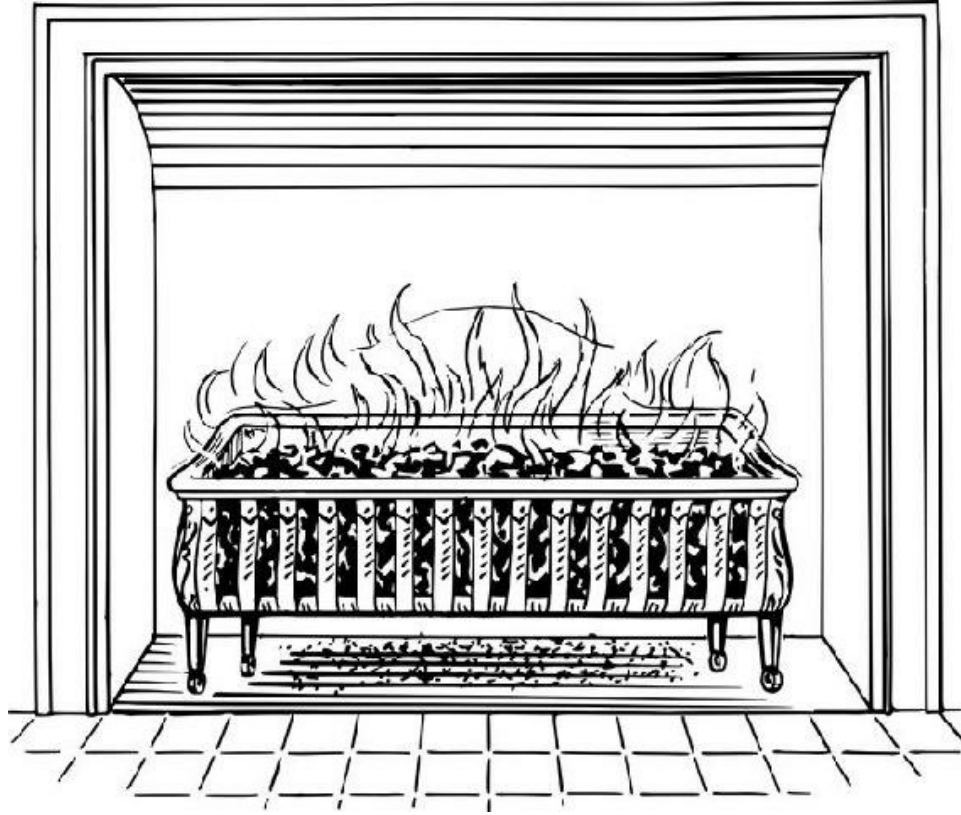
—Entonces, ¿por qué luchan?

—Por el futuro.

—¿Me permite invitarla a un té para que me siga hablando?

Y aunque Ada se había mostrado reticente, al levantar los ojos y encontrarse los suyos, mirándola con genuina sinceridad, había aceptado.

La madrugada los había sorprendido sentados frente a la chimenea, después de haber conversado durante horas.





Catalina había decidido acatar la voluntad de Henrietta y había accedido a todos los planes que para ella tenía la duquesa de Arlington. Así que, durante dos semanas, había asistido a reuniones de damas, a clases de piano, a salones de té y de compras a la modista hasta que se había aburrido de ver cómo le tomaban medidas a la amiga de su cuñada y a otras dos condesas.

No la trataban mal. Eran cordiales, dulces, e incluso, cariñosas, pero Catalina no podía evitar sentirse... Desplazada.

A veces, mientras ellas mantenían conversaciones sobre los últimos cotilleos entre los miembros de la alta sociedad, olvidaban que Catalina no conocía a la mayor parte de los aludidos, y tampoco empleaban tiempo en explicarle de quiénes hablaban, así que Catalina había desarrollado la habilidad de desconectar de esas conversaciones. Su mente viajaba a otro lugar. En concreto, a una persona de ojos verdes a la que llevaba días sin ver. Acababa tan agotada que se dormía pronto, y por lo que había oído a Henrietta, Lucian pasaba en el orfanato de sol a sol, y ni siquiera se habían cruzado en el pasillo.

En algún momento absolutamente descabellado, había pensado en tocar la puerta de la habitación contigua...Por si él respondía.

Pero ¿qué pasaría si él lo hacía?

Una cosa estaba clara. Ella no pensaba disculparse por haberle besado.

Es más, pensaba plantarle cara por evitarla.

Su valor y arrojo eran legendarios en Manchester y, sin embargo, ahora parecía asustado ante un simple beso. Que no había tenido nada de simple para

ella, porque había sido el primero y, además, le había parecido fascinante. Aunque estaba segura que había hecho que él la evitara... Por eso pensaba echárselo en cara. Pero ¿cuándo iba a hacerlo si él continuaba rehuyéndola?

Una idea atravesó su mente. Sabía dónde estaba. ¿Y si era ella la que le enfrentaba? ¿Y si ella le buscaba en un lugar en que Lucian Monroe no tuviera escapatoria?

Le pareció un plan magnífico y decidió ponerlo en marcha. Se disculpó con la duquesa de Arlington, diciéndole que estaba agotada. Cuando esta le dijo que permitiera que la llevara en el carruaje, Catalina le dijo que no se preocupara, que encontraría un coche de alquiler pronto, porque estaban en Regent Street y los había a docenas. Y no tardó en hallar uno, al que se subió presurosa.

—¿Conoce el orfanato Hastings? ¿Puede llevarme allí?

—Claro, milady.

Qué gracioso, pensó.

La había confundido con una dama. Lo cierto era que el vestido que llevaba era una maravilla de seda y terciopelo que no tenía nada que envidiar a los que lucían las mujeres de la aristocracia, pero ella no se sentía a su nivel, por mucho dinero que su hermano tuviera. Y cada momento que pasaba entre ellas, más distanciada se sentía.

Perdida en estos pensamientos, atravesó la ciudad hasta Temple Bar, donde el carruaje se detuvo. El conductor la ayudó a descender y le señaló con un gesto de la barbilla un edificio que había enfrente.

—Están ampliándolo—le informó el conductor—. Van a añadir el edificio contiguo.

—Gracias— dijo Catalina, y echó a andar hacia ese lugar con la

certeza de que encontraría a Lucian allí.

A medida que ascendía los escalones, el corazón se le iba acelerando pero a la vez, sentía que la motivación se le renovaba. Aunque flaqueó un poco cuando percibió la voz masculina de él y luego, su risa, que la dejó congelada a la entrada del segundo piso. Agudizó el oído.

—¿Así que ese muchacho de cinco años te ha preguntado si estabas casada?

—Sí. Pero de una forma muy correcta. Casi elegante.

Lucian volvió a reír. Catalina dio un par de pasos más. Había una estancia, de la que veían las voces y ruidos de golpes sobre la madera.

Los golpes cesaron.

—¿Y lo estás? Nunca te lo he preguntado.

Catalina sintió el alivio invadiendo cada poro de su cuerpo. No era su esposa. Bien.

—No. No lo he estado. Estaba a punto, pero Andrew murió en la fábrica donde trabajaba.

—Oh, Ada, lo siento.

—Lo sé. Gracias—Ada hundió el pincel en la pintura—. ¿Y tú?

—¿Crees que si estuviera casado estaría en Londres?

—¿Y embobado por una muchacha mimada?

—¡Eh! —dijo él, lanzándole un paño. Le dio en toda la cara—. Yo no estoy embobado.

—Claro que no. Y por eso estás durmiendo en el orfanato.

—Acabo tan tarde que no me da tiempo a volver a la casa del doctor

Hastings.

—Donde te espera una cama blanda y lujosa. Claro, entiendo que te guste machacar tus costillas y tu espalda durmiendo en un camastro con la paja llena de moho que Henrietta y Clarisse retiraron a una buhardilla. Es un plan irresistible.

—Eres muy graciosa, Ada. ¿Lo sabías?

—Y tú eres un poco cobarde.

Lucian sonrió. No se sentía ofendido. Bajó los ojos y golpeó el clavo con el martillo hasta que quedó hundido en la madera.

—Si estoy lejos, me comporto mejor. No puedo acercarme a ninguna mujer.

—¿Por qué?

Lucian asió otro clavo. Lo colocó en el lugar que correspondía y golpeó su cabeza para que perforara. Luego se detuvo, pensativo. ¿Y si le contaba la verdad a su camarada? Llevaban días juntos, hablando de todo, riéndose, leyendo el *Manifiesto Comunista* cuando se quedaban solos. Igual que hablaban de sueños podían hablar de tristezas. Aunque él arrastrara una densa, oscura, capaz de cubrir su presente y anular su futuro.

Tal vez debía empezar por la más profunda.

—Mi mujer...Murió —lo dijo y no se atrevió a mirar a su amiga, pese a que de reojo notó que ella contenía el aliento—. Soy viudo.

—¿Murió en el molino?

—No—La garganta se le había secado, pero tenía que dejarlo salir, fuera como fuera. Hizo un esfuerzo descomunal—. Murió en el parto. Con el bebé.



Silencio. Ese silencio grave que seguía a las verdades sin retorno, a las que pesaban por su significado, porque rasgaban y destrozaban lo que se creía conocer acerca de una persona.

Ada se quedó perpleja y solo pudo avanzar hasta su camarada, que estaba de rodillas en el suelo. Colocó la mano sobre su hombro, en un gesto con el que pretendía consolarle. Pero en realidad, decía mucho más. *Te entiendo, Lucian. Comprendo tu dolor. Porque también es el mío. Si supieras que perdí el corazón, dos veces, antes de llegar a Londres...*

Pero no lo dijo en voz alta, porque no quiso que la situación entre ellos se volviera más trágica.

—¿Por eso luchó? Te preguntarás. ¿Luchó porque lo has perdido todo? No. Luchaba cuando tenía una vida feliz. Luchaba por...

—El futuro —terminó la frase Ada—. Te entiendo, camarada.

—Por eso...Después de lo que le pasó a mi mujer, no me implico físicamente con mujeres.

—¿De verdad?

—Sí. No había besado a nadie desde que ella murió.

La última confesión. En voz alta. Más para sí mismo que para su amiga, porque tenía que decirlo de una vez. Catalina Wright era la primera mujer que había besado en años. Y ¡por Dios bendito!, se moría de ganas de volver a besarla. A pesar de las diferencias entre ellos, porque en realidad, solo tenían en común un pasado difuso y tambaleante, siempre paralelo. Había entrado a trabajar en su casa, pero si él era un niño, ella lo era aún más.

Luego, había trabajado en el molino de su hermano, con el que se había enfrentado más veces de las que podía recordar, hasta que habían acabado siendo aliados por una causa mayor. Y no la había visto en años, hasta que se habían reencontrado en la estación y aunque no quisiera reconocerlo, le había parecido endiabladamente hermosa, con esos ojos extraños de distintos colores y el pelo rubio. Pero, sobre todo, por esa forma de mirarle, como si pudiera ver a través de él, como si pudiera apreciar que había un hombre herido debajo de toda la superficie aguerrida y descarada.

Algo que era una soberana tontería, por supuesto.

—¿Habías? —preguntó su camarada—. Entonces, ¿has besado a la muchacha? A la de los ojos de distinto color.

Al otro lado de la puerta, apoyada en la pared, Catalina se había llevado la mano al corazón, como si así pudiese controlar sus latidos. Desde aquel escondite había escuchado una conversación que había cambiado su percepción sobre aquel hombre. Si antes le fascinaba, ahora después de conocer su trágico pasado, el interés se había vuelto inmenso. Inconmensurable.

Mucho más desde que él había confesado que era la primera mujer que besaba en años.

Se llevó la otra mano a los labios, recordando el instante en que sus bocas se habían tocado, sus lenguas se habían explorado, sin decoro ni contención...

Cerró los ojos. No podía moverse. No podía enfrentarse a él. Ahora no. En cuanto recordara cómo caminar, se movería y saldría de allí. Pero entonces, Lucian Monroe salió de la habitación. Durante unos momentos, Catalina creyó que estaba a salvo en aquel escondite y que él pasaría de largo,

pero entonces, antes de llegar a la escalera, él se detuvo. Ladeó el rostro y la miró.

¿Cómo la había descubierto? ¿Había sido su perfume? ¿Su respiración acelerada?

Lucian sintió que el calor inundaba su pecho y ascendía violentamente hasta su cara.

Así que eso era sonrojarse, así que eso se sentía.

Se sorprendió más por el hecho de haberlo hecho que por haberla descubierto allí, agazapada tras la puerta, después de haber escuchado una conversación en la que había revelado demasiados secretos. Incluido el que tenía que ver con ella.

La única mujer a la que había besado en años y que había hecho que el deseo latiera de nuevo en su cuerpo, haciéndolo despertar de un letargo auto infringido, que pensaba que podía mantener cautivo de aquella promesa...

Y verla allí, mirándolo con sorpresa, con una mano sobre el corazón y otra sobre la boca, llevando un maravilloso vestido que hacía resaltar su estrecha cintura y enmarcaba su escote, le hacía sentirse mareado.

Pero no podía ceder. No podía arruinarla.

Así que hizo lo único que se le ocurrió: marcharse.

Catalina no sabía cómo sentirse. Aunque si era sincera consigo misma, después de lo que había escuchado, prefería que él se hubiera marchado, porque ella había perdido el valor y la decisión en el mismo momento en que se había visto descubierta en su escondite. O mucho antes, cuando había escuchado lo que no debía.

Llegó a casa en un coche de alquiler que no tardó en encontrar y

Henrietta le informó de que la comida estaba lista. No tenía hambre. Lo único que quería era meterse en la cama, que su corazón dejara de latir de ese modo incontrolable, recuperar la compostura y repensar la estrategia para volver a verle.

—Señorita Wright, ha llegado una carta de su hermano. Se la he dejado en el despacho.

—¡Oh, gracias, Henrietta!

Agradeció ese hilo que la conectaba de nuevo con ella misma. Su hermano, que le había escrito desde Manchester. Tal vez su cuñada ya había dado a luz al bebé que esperaban. Caminó hasta el despacho. Sobre la mesa del escritorio vio dos sobres. Uno era para ella, con el lacre de los Wright. Pero el otro tenía como remitente a Lucian. Y lo enviaba el doctor Hastings.

Debía abrir la misiva de su hermano. Solo esa. Pero se sentía incapaz de apartar la vista de la que estaba destinada Lucian. ¿Y si dentro estaba la información que esperaba descubrir sobre qué hacía él en Londres? Tenía que haber viajado por algo más que trabajar en el orfanato o relacionarse con sindicalistas. Había algo más. Su intuición se lo decía. Lo veía en la mirada de él, tan adusta y llena de sufrimiento. Por eso, tomó ambos sobres y se escabulló a un lugar más íntimo. Eligió la biblioteca, que con sus elevadas estanterías formaba pasillos donde podía ocultarse y allí leyó la carta de Aaron.

Querida hermana:

Espero que tu estancia en Londres esté resultando confortable. Sé que fue una decisión precipitada en la que no escuché tu opinión al respecto, pero estoy seguro de que con el tiempo comprenderás los motivos que me han llevado a enviarte a la ciudad de Sophie.

Nos gustaría que respondieras a esta misiva y que nos relataras cómo está siendo tu experiencia y si necesitas cualquier cosa para poder enviártela o que Henrietta la

consiga.

Seguimos esperamos el nacimiento de nuestro primogénito.

Un saludo afectuoso de tu hermano que te aprecia.

Aaron Wright

Era una carta breve, algo típico de su hermano, así que tampoco se sorprendió del tono empleado ni del motivo de aquellas palabras. Luego, con manos temblorosas, asió la dirigida a Lucian, porque no podía evitar el interés por descubrir lo que contenía. La contempló. Tal vez hubiera un modo de ver su interior sin abrirla, así que la alzó y la puso a contraluz. Por desgracia, no pudo ver nada más que el lacre granate con el sello de los Hastings.



—¿Catalina? —La voz de Lucian la sobresaltó tanto, que la carta se le escapó de las manos. Se apresuró a recogerla y la escondió entre las páginas del primer libro que encontró.

Esperó unos instantes. Su escondite era seguro. No la encontraría en aquel rincón apartado, se aseguró a sí misma. Así que se apoyó en la estantería, tratando con desesperación de que sus latidos se sosegasen. Cuando se sintió a salvo, alzó la cara y se lo encontró al final del pasillo. La luz de los ventanales quedaba detrás de él, que resultaba demasiado corpulento para aquel espacio, que se oscurecía a medida que él avanzaba. Porque lo hacía. Directo hacia ella.

¿Sabía que había cogido la carta? Trató de explicarse, pero de sus labios comenzó a salir una explicación confusa.

—Lo siento, no pretendía... Yo no...—Se trastabilló hacia atrás.

—¿Qué hacías en el orfanato?

Se le escapó un suspiro. No estaba allí por la carta, sino por lo que había sucedido una hora antes.

—Había ido a ver a Henrietta...

—No—sentenció él sin dudar.

Catalina se puso más nerviosa. El corazón le galopaba frenéticamente dentro del pecho y, además, él avanzaba hasta ella. Detuvo sus pasos cuando se halló tan cerca que Catalina percibió su olor. Una mezcla de sudor, pintura y romero.

Lo observó. Llevaba una camisa de algodón que se ceñía

maravillosamente a su torso, marcando todos esos músculos del pecho, del estómago y de los hombros. Y luego estaban los tirantes de cuero, a los que viajaron sus manos. Catalina colocó las manos sobre ellos, y notó el calor que ese hombre desprendía a pesar de que venía del frío del exterior.

Lucian no disimuló su sorpresa, abriendo mucho los ojos. Pero no se apartó. Pese a que debería.

Ni siquiera sabía qué hacía allí. La excusa habían sido las palabras de Ada, reiterándole que era un cobarde por esquivar a Catalina. Pero ¿qué iba a hacer? Si se acercaba, ella le hipnotizaba con sus ojos, tan hermosos y dulces. Y luego estaba su boca, que no podía dejar de contemplar cuando la tenía tan cerca.

—No me mientas, Catalina —dijo él, con la voz baja, inesperadamente ronca.

—Tampoco te puedo decir la verdad —Ella también bajó la voz. Lucian estaba mirando su boca, y ella le asió de los tirantes para atraerlo, para deshacer esa distancia que los separaba. Lucian se contuvo y apoyó las manos en la estantería, rozando con los dedos los lomos de unos ejemplares de cuero.

—¿La verdad? ¿Por qué no? ¿Crees que no la sé ya? —replicó él, con una sonrisa ladeada.

—Entonces, ¿para qué decirla?

Mientras ella hablaba, Lucian acarició con los dedos la mejilla de Catalina. Los ojos permanecían clavados en su boca con una intensidad deliciosa, y un instante después, Catalina notó una sutil caricia en su boca. El pulgar de Lucian recorrió con dulzura y delicadeza su labio inferior, y cuando ella abrió la boca, él soltó un gruñido.

—Catalina... No tienes que ir a verme más. No tienes que buscarme.

—No soy yo la que ha entrado en la biblioteca...

—Yo solo he venido a decirte que no soy bueno para ti — Se apartó hacia atrás.

—Pues yo creo que eso es una tontería. Eres un hombre valiente y honrado.

—No, no lo soy.

—¿Por qué no?

Lucian dudó. Ella lo vio en cómo bajaba los ojos. Había vergüenza y dolor en su mirada. Antes de que él pudiera darse cuenta, Catalina le rodeó el cuello con los brazos y él la miró.

—Lucian...

Él cerró los ojos y se inclinó hacia delante, de manera que apoyó su frente sobre la de Catalina.

—¿Por qué estás en Londres? ¿Es por lo que he oído sobre tu mujer y...? —No podía decirlo. Era demasiado doloroso y no se atrevía a abrir esa herida delante de él. No quería verlo sufrir más. No soportaba la idea de todo el dolor por el que ese hombre había pasado. ¿Por qué nadie se lo había contado? Su hermano, su madre, Henrietta... Alguien. Durante años, el nombre y apellido de aquel hombre se había colado en decenas de conversaciones en su hogar, pero nadie había mencionado su tragedia.

—Lo siento. Lo siento mucho, Lucian.

Él asintió con la cabeza, en un movimiento casi imperceptible. No se atrevía a mirar a aquella mujer que tenía frente a él, tan cerca que notaba su aroma de rosas, —el mismo que la había delatado en el orfanato— e incluso, percibía su respiración agitada y la leve caricia de su aliento.

Y en ese momento, notó el beso que Catalina acababa de darle en los labios. Fue una caricia dulce como el toque de una pluma. Pero él se hizo hacia adelante y buscó su boca. Los labios se unieron en perfecta sintonía, explorando, con cautela, con timidez al principio. Pero cuando ella gimió, Lucian intensificó el beso.

El mundo fuera de aquella biblioteca desapareció. Quiénes eran, de dónde venían, qué los había llevado hasta allí. Todo se esfumó. Lucian la besó de una manera voraz, tomando su cara entre las manos para acceder mejor a ella. El cuerpo de Catalina se llenó de calor y se estrechó contra él. Las manos de Lucian cambiaron de posición, se movieron hacia la espalda de Catalina, para que aquel abrazo fuera más intenso, para que los cuerpos quedaran pegados, tan solo separados por las capas de ropa, que de repente, se antojaban innecesarias. Fueron las manos de ella las que viajaron a los tirantes para apartarlos. Luego, mientras la boca de Lucian descendía hasta el cuello de aquella mujer, ella comenzó a subirle el tejido de la camiseta. Necesitaba tocar su piel. Cuando él se echó para atrás para ayudarla a desprenderse de la camiseta, hubo un instante en que ella apreció que los golpes que había recibido ya hacía muchos días aún eran perceptibles, como manchas ahora amarillentas en la piel.

Alargó las manos para tocarlos. Lucian se quedó quieto.

— ¿Te duele?

— No — murmuró él — . Ya no.

Catalina hizo ascender sus manos por aquel torso que le parecía tan hermoso. Estaba firme, suave, a pesar de algunas cicatrices y musculoso, trabajado. El estómago tenía una línea de vello que lo cruzaba y ascendía hasta el pecho, donde se extendía por encima de los pectorales hasta rozar los huesos de las clavículas. Sus dedos siguieron aquel recorrido, acariciando,

con curiosidad, mientras Lucian la miraba atentamente, haciendo que su cuerpo se estremeciera con un cosquilleo.

Luego, los dedos acariciaron el cuello, la línea de la mandíbula, la boca entreabierta y se detuvieron en acariciar esa parte.

— Cuando sonríes, no lo haces con la mirada.

— ¿Qué? — preguntó él, confuso.

— Sonríes mucho, pero no es de verdad. Te lo dice una experta...

Lucian notó que aquella revelación era un golpe directo a su corazón. ¿Podía ser que aquella muchacha viera su interior con esa clarividencia cuando otros no lo hacían? Siempre había ocultado su dolor detrás de un temperamento apasionado y acciones arriesgadas y sabía que los demás no veían más allá de eso. Pero ella había atravesado su sonrisa y había mirado en sus ojos. Como si estuvieran directamente conectados con su alma.

— ¿Qué me estás haciendo? — dijo él antes de volver a besarla. Pero esta vez, sin contención ni cautela. A Catalina la cabeza le daba vueltas. Aquel hombre besaba de maravilla, notar su calor era una perdición y cuando notó las manos de él bajando el tejido del vestido, solo pudo jadear. De repente, fue consciente de que estaba asomando la camisola interior y que él con su pericia, estaba desabrochando la lazada que cerraba el escote. Apartó la boca de la de él y eso hizo que Lucian se detuviera, recuperando un instante de cordura. Ella miró sus labios, entreabiertos, y sus ojos que viajaron hacia ese punto donde asomaba algo de escote.

— Catalina, yo...

Pero para su sorpresa, ella acabó por abrir la camisola, dejando su pecho al descubierto. Luego, lo atrajo de nuevo hacia ella y lo besó. Cuando notó la mano, caliente y callosa, de Lucian acariciando ese punto, soltó un

jadeo. Eso hizo que él se apartara de nuevo, pero esta vez, para apresar uno de los pezones con la boca y lamerlo con dulzura. Catalina sintió que las piernas le temblaban y se aferró a su cuello mientras él se deleitaba torturándola con ese placer desconocido. Una mano acariciaba un pecho, la boca, la lengua, el otro. Ella gemía y eso hacía que los movimientos de él se volvieran más intensos, controlados y estudiados. Sabía qué hacer, cómo hacerlo, para que ella se estremeciera de placer, para que un cosquilleo se extendiera desde el centro de su ser. Notaba que la piel se le había erizado. No podía pensar. Solo quería experimentar más de aquello, aunque fuese pecaminoso e inapropiado. Se estaba perdiendo sin remedio y anhelaba más. Cuando él volvió a su boca, para besarla con desenfreno, ella ya estaba decidida a vivir aquello hasta las últimas consecuencias. Comenzó a acariciar el torso de Lucian, los brazos musculosos e hizo descender las manos por el estómago, hasta la cinturilla del pantalón. Con una decisión desconocida, acarició el tejido, notando el deseo de Lucian, tenso contra los pantalones de pana. Él gruñó y ella gimió, con sorpresa y placer, al descubrir hasta qué punto le afectaba. Se sintió femenina y poderosa. Por eso siguió acariciando ese punto hasta que él se apartó de su boca y la miró. Lo que vio en sus ojos era deseo. Expresado de una manera burda, primitiva, sensual.

—No soy de piedra, Catalina.

—No te pido que lo seas.

Lucian la miró. Era hermosa, tanto, que dolía. Pero, además, en ese momento, era la representación de la perdición. Le temblaron las piernas cuando sintió que estaba a merced de aquella mujer, que además de ingeniosa, era atrevida y no tenía miedo de experimentar el placer.

Algo que a él le gustaría compartir con ella. Más de lo que podía recordar. Más de lo que quería admitir.

Pero entonces una voz les interrumpió.

—¿Lucian? ¿Estás aquí?

Maldita voz. Bendita voz. Que le salvaba de cometer el mayor error de su vida, pero que, a su vez, apagaba el deseo con una dosis de cordura que no solo les recordó quiénes eran, sino también que debían cortar con lo que los unía, ese deseo irracional y burdo, de inmediato.

—Ya voy, Henrietta —se apresuró a decir, al tiempo que se colocaba la camiseta y los tirantes con la mayor rapidez de la que fue capaz, a la vez que se alejaba de Catalina, que se cerraba la camisola y se subía el vestido, cubriendo el pecho.

Recorrió el pasillo en un par de zancadas, para quedar a la vista de Henrietta.

—Estaba buscando un libro para un camarada —dijo él, forzando a que su voz sonara natural. No se atrevió a mirar a Henrietta por si aquella mujer, a la que no se le escapaba nada, no se creía su mentira.

—Pues a lo mejor es para el camarada que te espera en el salón. Tiene pinta de ser un caballero muy culto, Lucian.

—¿Quién es? —preguntó él, confuso.

—Ha dicho que se llama Karl Marx.





Una vez que Catalina se quedó a solas en la biblioteca, tuvo que sentarse en el suelo para serenarse. Habían estado a punto de pillarles en una situación que la habría arruinado.

¿Qué habría pensado mi hermano al enterarse? Se ruborizó de inmediato. Pero no podía evitar sentirse atraída por Lucian. No solo porque era un hombre con el que se sentía conectada, ya que ambos provenían de la misma ciudad, lo cierto era que había algo en él, en cómo la trataba, que hacía que su cuerpo reaccionara a él. Su piel se erizaba, sus extremidades parecían buscarle y su vientre se llenaba de un cosquilleo cada vez que él estaba cerca o se colaba en sus pensamientos.

No podía seguir así. Tenía que controlarse. Ambos tenían futuros inciertos y si los obligaban a contraer matrimonio, ninguno de los dos sería feliz. Así que tenía que apagar aquella llama que había prendido y olvidarle.

Y lo mejor para ello era centrarse...en buscar un marido por el que no sintiera nada.



Lucian siguió a Henrietta hasta la sala del té convencido de que aquella mujer no había oído bien el nombre del invitado que le buscaba.

Pero cuando sus ojos vieron la figura sentada en el diván, se quedó quieto en el umbral, como si sus pies se hubieran anclado de repente.

Porque sí, a unos metros, vestido de oscuro, estaba el inconfundible Karl Marx, el mismo hombre que había visto en el cementerio.

—Voy a traer un té caliente —dijo Henrietta, antes de abandonar la estancia.

Lucian se fijó en el cabello alborotado de aquel hombre, en la barba poblada y en los ojos oscuros, que brillaban con intensidad.

—Buenos días —habló aquel caballero — Lucian Monroe, ¿verdad?

—Así es...—respondió titubeante, al tiempo que daba un par de pasos y entraba en la sala. Se estrecharon la mano —Y usted es Karl Marx. Lo vi la otra noche en el cementerio.

—Su fama le precede, señor Monroe. Desde Manchester. Lo reconocí a pesar de la oscuridad que envolvía nuestra reunión.

—¿Cómo es eso posible?

—Seguro que conoce la fábrica textil Ermen and Engels. En Manchester.

—Sí, la conozco.

—Pues ahora mismo, a pesar de su reticencia, la lleva mi buen amigo Friedrich Engels. Y él ha sido quién me habló de usted. Bueno, en honor a la verdad, fue su compañera, Mary Burns, quien le puso en el radar de mi

camarada.

—¿Mary Burns, de Deansgate?

—Sí. Ella es... La compañera de vida de mi amigo. Es irlandesa como usted e igual de combativa. Fue la que le guio por Salford y por Manchester enseñándole la realidad obrera.

—Pero tengo entendido que Friedrich Engels es un respetado miembro de la sociedad alemana afincada allí en Manchester. Por lo que yo sé, a pesar de haber colaborado en el pasado con usted...Ahora se dedica a la fábrica y se relaciona con los...

—Filisteos, como él les llama —dijo Marx, con una sonrisa — A los que engaña, fingiendo una doble vida. Por eso pocos sabemos lo que él tiene con Mary. Pocos sabemos lo mucho que odia esa vida.

—¿Y por qué lo hace?

—A menudo, señor Monroe, la vida nos obliga a hacer cosas por un bien mayor.

—¿Un bien mayor? ¿A qué se refiere?

—Soy alemán, como imagino que sabe. Pero por mis ideales, tuve que abandonar Colonia. Luego me exiliaron de París y por eso, estoy aquí. Con mi familia tratando de seguir luchando, a pesar de que estoy continuamente vigilado. A pesar de que soy hostigado continuamente por la policía como pudo comprobar la otra noche. Perseguido y sin dinero, si no fuera por Friedrich, mi familia y yo nos veríamos obligados a vivir en la calle. Yo trabajo en un periódico y escribo mi última obra, gracias a que mi camarada deriva parte de sus ingresos de la fábrica familiar para ayudarme.

Lucian se mostró sorprendido. No sabía nada de eso.

Hasta ese momento, había oído hablar de Marx y de Engels, tenía su obra, y sabía que durante un tiempo habían estado en Manchester, pero aquellos entresijos eran desconocidos para él.

—Sé que usted es un famoso cartista, señor Monroe. Respetado y admirado por los suyos...Y temido por los burgueses que no pueden oprimirle...

—¿Qué quiere de mí, señor Marx?

—Mi amigo Friedrich y yo tenemos aspiraciones. Sabemos que el cartismo no ha sido erradicado. Aquí en Londres participamos en “*The People’s Paper*”, un semanario cartista con el que pretendemos ejercer influencia ideológica en el proletariado inglés y apoyar a los dirigentes cartistas para que el movimiento obrero en Inglaterra resurja sobre una base nueva, marxista. Y por eso, quiero pedirle algo, camarada. Únase a nosotros.



Para su sorpresa, a pesar de no pertenecer a la aristocracia, Catalina despertó el interés de varios lores, que le propusieron matrimonio durante aquellas tres semanas en las que se había centrado en los bailes y otros acontecimientos sociales como la ópera. Siempre acompañada por la duquesa de Arlington, su marido y sus conocidos, se había acostumbrado a no pasar desapercibida. A veces, por sus ojos, otros por su origen y en ocasiones, porque se rumoreaba que la fortuna de su hermano le facilitaba una herencia de miles de libras, lo que la hacía más interesante a los ojos de algunos caballeros con título, pero sin dinero.

Tal y como le comentó Nicole, si ella lo deseaba, podría acabar contrayendo matrimonio ese mismo año.

Pero la idea, lejos de alegrarla, porque suponía un futuro asegurado, le generaba ansiedad y, sobre todo, tristeza.

Aunque eso le asegurase un hogar, comida y un apellido ¿debía aceptarlo? Quizá en otro momento de su vida, no se lo habría pensado. Pero ahora...Ahora...Un hombre aguerrido y pelirrojo con el que había descubierto pinceladas de pasión había hecho que sus prioridades estuvieran confusas, desordenadas.

Cada día se miraba al espejo y se repetía las mismas palabras.

Olvidale, olvidale.

A veces, creía que lo había conseguido, sobre todo, cuando no lo veía, ya que Lucian se había instalado en el orfanato, junto a Ada y a Michael, haciendo que el hogar Hastings quedara prácticamente vacío (solo Henrietta y Timmy permanecían allí) y tranquilo. Debía dar gracias al cielo porque él

hubiera tomado esa decisión tan sensata, alejándose de ella y de la ruina, sin embargo, cada vez que entraba en aquella mansión, cada vez que se metía en el dormitorio, una parte de ella le esperaba...Mientras otra se recriminaba como una tonta por esperarle.

Los últimos días habían sido especialmente duros. Había tenido que luchar contra la idea, cada vez más presente, de volver a verle, de ir a buscarle donde sabía que lo encontraría.

Incluso en ese momento, mientras recorría la pista, ejecutando un vals perfecto en brazos del duque de Henderson, no podía dejar de pensar en subirse en un carruaje de alquiler y acercarse al orfanato Hastings.

—Estás distraída —La voz de Matthew la arrancó de sus pensamientos. Lo miró. Habían estrechado lazos últimamente, y era consciente de que había habladurías entorno a ellos. El duque y la hermana de un molinero. Era un cotilleo sabroso de esos que se expandían en salones de té y en las esquinas de las pistas de baile.

—Lo siento, su excelencia.

—Matthew, por favor.

—Matthew, discúlpame.

—Un penique por tus pensamientos.

—Sería un penique malgastado. No pensaba en nada interesante —mintió ella.

—Pues es una lástima, puesto que, si estuvieras pensando en tu amigo el revolucionario, yo podría darte una información bastante importante sobre él —habló él en un murmullo.

—¿Qué información?

—Mientras la fila de tus pretendientes me tenía esperando para bailar contigo, he escuchado una conversación entre el comisario y otro compañero de la policía diciéndole que alguien ha llegado de Manchester.

—¿De Manchester?

—Sí, al parecer, un hombre de su pasado. Sirvieron juntos en el ejército hace años, antes de dedicarse a las fuerzas del orden. Al parecer, el recién llegado busca a un pelirrojo cartista al que vieron en el cementerio la otra noche y le ha pedido ayuda al comisario Sinclair ...

Catalina se detuvo en seco, interrumpiendo el baile. Las parejas contiguas les miraron, algunas cuchichearon.

—¿Qué más han dicho?

Matthew se inclinó hacia ella y susurró.

—Haz como que no te encuentras bien. Esto hay que hablarlo con discreción.

Catalina no tuvo que fingir demasiado, porque aquella revelación había hecho aflorar una verdad en su mente y su cuerpo había reaccionado con temblores y respiración acelerada.

Lucian le importaba demasiado. No era solo atracción física, esa necesidad de perderse en lo que él le hacía sentir con sus caricias...en realidad, había algo sumergido, profundo y real, que tenía un nombre que no se atrevía a asumir.

Matthew la estrechó contra él y la condujo hasta los jardines traseros, donde estaban apostados los carruajes. Pero antes de llegar, miró detrás de él asegurándose que no había miradas indiscretas, y tomó un sendero que se adentraba en los jardines, hasta un rincón umbrío donde se detuvieron.

—¿Qué has oído?

—Que tienen que llegar hasta él, porque estuvo implicado en algo gordo en Manchester.

Catalina se cubrió la boca con la mano. Por eso estaba en Londres, porque se había metido en un lío y tenía a la policía detrás de él. Y entonces recordó la carta que había dirigida a él y que no le había entregado porque la había escondido en la biblioteca al verse descubierta. ¡Las respuestas habían estado ahí todas esas semanas!

—Tengo que ir a avisarle.

—¿Dónde?

—Está en el orfanato Hastings.

—Pero, Catalina, ¿sabes lo peligroso que es acercarse hasta allí a estas horas para alguien como nosotros? Puedes esperar hasta mañana y viajar con la luz del día. Ellos parecían desconocer su paradero.

—¿Y si lo averiguan esta noche? ¿Y si le detienen?

—Tal vez ha hecho algo para merecerlo.

—No. Yo creo en él.

Matthew la miró, sorprendido.

—¿Por eso estás retrasando contestar a la decena de propuestas de matrimonio que te han hecho? ¿Por qué él y tú...?

—No —mintió—. Entre nosotros no hay nada, pero él me importa.

—Mientes muy mal. Entiendo que te importe, pero no actuarías así si no estuvieras enamorada de él.

—Se trata de lealtad. ¿Sabes lo que es eso? —dijo demasiado a la

defensiva.

—No te enfades conmigo. Estoy tratando de ayudarte. A ti, a él y a Ada...

—¿Ada? ¿La señorita Smith?

—Sí, bueno, es que encuentro su compañía altamente interesante... Demasiado, en realidad. Por eso quiero pedirte algo. Algo que sería conveniente para los dos.



Habían sido días agotadores, pero la ampliación del orfanato ya estaba casi terminada. Lucian estaba tan cansado que en cuanto se dejaba caer en el incómodo camastro dormía hasta el amanecer. Siempre se despertaba una hora antes de que el sol saliera. Y esa hora la dedicaba a pensar en Catalina Wright.

Eres imbécil, se decía, incorporándose. Le dolía la espalda, los brazos y sus manos estaban llenas de heridas y más callosas que de costumbre porque había trabajado bajo la lluvia, continua y helada, que le había calado hasta los huesos más de una vez. No le importaba. Había trabajado en condiciones peores. Había estado a punto de morir en las máquinas, en alguna revuelta... Había desafiado la muerte más veces de las que podía recordar. Creía que era parte de su destino, de las cartas que le habían repartido al nacer. Aun así, se había sobrepuesto a todo. Y eso le había convertido en el hombre que era y le había otorgado una reputación de la que había llegado a sentirse muy orgulloso.

Pero ¿qué tenía ahora?

El eco de esa reputación aún le perseguía e incluso Karl Marx había sido conocedor de ella.

«Camarada, únete a la lucha para que el proletariado inglés resurja con ideología marxista»

Y lo habría hecho de no ser porque Henrietta y Clarisse le habían pedido ayuda con el orfanato. Y cuando había visto que cada día llegaba algún niño nuevo, víctima del hambre, de la miseria o de cosas peores, había decidido que trabajaría hasta la extenuación y cuando esa obra estuviera culminada, entonces, volvería a la lucha, ayudaría a Marx en el periódico y en

la calle. Aunque eso supusiera el final de sus días. Después de todo ya hacía mucho tiempo que lo había perdido todo, y desde la noche en que Michael había muerto, Lucian sentía que estaba viviendo de prestado.

Que no merezco seguir respirando.

Aun así, los días se habían ido hilvanando como hebras de algodón. Había tenido suerte de no cruzarse con la única persona que hacía que su mundo y sus ideas se tambaleasen.

Al final de aquel largo día estaban en el salón principal del orfanato, cuando ya todos los niños dormían, cenando una sopa caliente que reponía fuerzas y calentaba los ánimos.

Apareció Henrietta, con las mejillas enrojecidas por el frío del exterior.

—Buenas noches, hermana—la saludó Clarisse—. No te esperaba hasta mañana.

—Lo sé, pero he venido a pedirle ayuda a Lucian.

El aludido alzó una ceja roja.

—¿Qué necesitas?

—Timmy está enfermo. Tiene fiebre y no puede levantarse de la cama. Y la señorita Wright está fuera.

—¿Fuera? —preguntó Clarisse.

—En un baile en la mansión Henderson. Y aunque Timmy la ha llevado hasta allí, ha tenido que venir porque no se encontraba bien. Se ha desmayado nada más entrar en casa. Ha dejado el carruaje en la mansión del duque y he quedado en que ella abandonaría el baile para regresar en una hora.

—¿Por qué no has ido con ella?

—Porque no estoy para bailes ni para ejercer de chaperona. Con Sophie difícilmente lo toleraba, pero era más joven. Podía pasarme horas de pie sin que mis huesos se resintieran. Solo Dios sabe que esos bailes de aristócratas son una tortura aburrida y soporífera.

Ada se echó a reír.

—Pero ¿no me comentaste que la muchacha ha recibido múltiples proposiciones de matrimonio? —dijo Clarisse.

Lucian notó que el cuerpo se le tensaba. De repente, la silla era incómoda, la habitación más pequeña y el aire se negaba a entrar en sus pulmones.

—¡Oh, sí! Trece propuestas. Su hermosura y ese aire misterioso han causado sensación, pero es que la fortuna que posee su hermano...

Lucian apenas podía seguir escuchando. Sus pensamientos se habían atascado en el momento en que había oído el número. Trece. Trece hombres dispuestos a casarse con Catalina, a darle un título, un hogar, una vida...

La muchacha bien lo merecía. Pero, aun así, se sentía sobrepasado. Celoso, enfadado...Triste. Demasiadas cosas a la vez.

Cuando levantó la mirada de su plato, se encontró con los inquisitivos ojos de Ada. Su camarada sabía demasiado bien que él suspiraba por Catalina, como un hombre tonto e iluso. Porque ¿qué podía ofrecerle él? Nada. Solo calamidades, incertidumbre y muerte.

Y Catalina se merecía algo mejor. Pero ¿de verdad era mejor convertirse en la esposa trofeo de un aristócrata que solo vería su belleza y la fortuna de su hermano? ¿Alguien se había molestado en conocerla? ¿En descubrir su carácter, su ingenio, su dulzura? ¿Sus besos intrépidos y llenos de ambición?

No. Pero eso no importaba. No en Londres. No en la vida que ella estaba a punto de elegir.

—Lucian...

—¿Sí?

—¿Te importa que nos acerquemos a la mansión Henderson y recojamos a la señorita Wright? Luego puedes quedarte a dormir allí, si quieres. He dejado las chimeneas encendidas. Sé que has estado trabajando mucho aquí.

—Sí, Lucian, ve y descansa —dijo Clarisse.

Y no había podido argumentar nada en contra de aquellas dos mujeres que, cuando se unían eran fuertes e inquebrantables como un muro.

Así que una hora después, estaba helado de frío junto al carruaje. Decidió asomarse a los jardines de aquel majestuoso lugar y entonces, los vio.

En un rincón entre dos setos, una pareja que hablaba en confidencias. Solos.

Y el corazón se le aceleró cuando la reconoció. Vestida con un fabuloso vestido azul claro, sin capa, pese a que la nieve había comenzado a caer, estaba Catalina.

¿Estaba aceptando una de esas propuestas?

Sintió que el mundo se le caía encima, que el firmamento, con todas sus estrellas y la luna, caían sobre él y le sepultaban.

Porque acababa de comprender que Catalina Wright le importaba.



Catalina estaba decidida a ir a ver a Lucian fuera como fuera. De hecho, mientras caminaba al carruaje, pensaba en un plan para llegar al orfanato Hastings. Pero para su sorpresa, no fue necesario que siguiera ideando nada más, porque Lucian estaba subido en el pescante. Sintió que el corazón comenzaba a galopar descontrolado.

Tenía que hablar con él. Contarle lo que había descubierto y ponerle sobre aviso. Y quizá él le contara la razón que le había llevado hasta aquella ciudad. Estaba a punto de llamarle cuando la puerta del carruaje se abrió. Henrietta asomó la cabeza y la vio.

—¡Vamos, muchacha! ¡Suba, que va a enfermar con este condenado frío!

Lucian intentó con todas sus fuerzas no mirarla, pese a saber que estaba acercándose, pese a saber que estaba entrando en el carruaje. Incluso cuando estaban ya en la mansión Wright, se prometió a sí mismo que no la miraría. Bajó del pescante, abrió la puerta. Descendió Henrietta y él bajó la cara. ¿Quién le iba a decir que acabaría rehuyendo la mirada de una muchacha?

Pero cuando Catalina comenzó a descender, con aquella fantasía de seda y la capa de terciopelo, (a juego con sus extraños ojos) se dijo que solo la miraría una vez más. Y para su sorpresa, ella parecía estar esperándolo.

El corazón le dio un golpe en su propio pecho, como un puñetazo desde dentro.

Catalina estaba nerviosa. Henrietta la había ayudado a desprenderse

del vestido y a deshacer el recogido. Luego, le había deseado buenas noches y le había dicho que le prepararía un baño a Lucian, que se merecía una noche de descanso después de todo el trabajo en el orfanato.

Lo que significaba que él se quedaba allí, en la habitación contigua. Se había levantado y había pegado la oreja a la puerta, tratando de escuchar si él ya estaba dentro. Había oído a Henrietta trasteando y Catalina imaginó que estaba llenando la bañera con agua caliente. Así que había regresado a su tocador, había tomado asiento y había esperado lo que creía el tiempo conveniente para que él acabara las tareas con los caballos, tal vez cenara, subiera y se diera un baño.

Y ya no había podido esperar más. Así que había salido de la habitación, envuelta en una manta de lana, había caminado hasta la puerta y sin dilación, la había abierto y había entrado.

Entonces había visto que él estaba de pie junto a la bañera.

Sin ropa.



El corazón se le aceleró, más si era posible, y apoyada en la puerta, que no sabía cuándo había cerrado, observó aquel cuerpo, cuyas formas masculinas eran alumbradas por el fuego de la chimenea. Se fijó en la espalda ancha, musculosa, que se iba estrechando hasta llegar a la cintura...Y entonces, miró más abajo para descubrir unos glúteos firmes y unos muslos anchos y trabajados.

—Sé que estás ahí —dijo él, con una naturalidad que a ella le sorprendió, porque estaba desnudo y parecía muy tranquilo, cuando el corazón de Catalina trotaba descontrolado, mientras que su cuerpo estaba experimentando un deseo desconocido por acercarse y tocar esa piel. Y, sobre todo, por descubrir toda la anatomía de aquel cuerpo glorioso. Debido a su educación tan puritana, Catalina no sabía demasiado de cómo era un hombre desnudo. Nadie en su hogar la había educado, porque nadie hablaba de esas cosas en presencia de una señorita. Supuso que cuando contrajera matrimonio alguien le daría una charla sobre lo que pasaría la noche de bodas, pero todo había cambiado tanto en su vida...

—¿No te importa tu desnudez?

Lucian se rio y ella apreció que los músculos se movían y bailaban con las luces del fuego.

—Convivo con ella desde que nació.

—¿Estás bromeando en un momento así?

Lucian volvió a reír. Todavía de espaldas a ella, caminó hasta el sillón, donde había unas prendas. Se las colocó. Era una camiseta de franela y unos pantalones de lana. Luego se giró hacia ella.

—¿Y qué querías que hiciera?

—No sé... Cubrirte con más premura.

—¿Quién se ha colado en el dormitorio de quién?

—Tienes razón —ella dejó escapar un suspiro tembloroso —Pero es que necesitaba hablar contigo.

—Pues acércate.

¿Acercarse? ¿Podía hacerlo? Si apenas recordaba cómo respirar. Tenía el cuerpo en ebullición, con todo el deseo que sentía por él preparado para tomar cada centímetro de ella misma y hacerle perder el control que ni siquiera sabía cómo mantenía.

Deseaba a Lucian, quería besarle, tocarle, que él la desnudara y que le enseñara todo lo que seguro que conocía sobre el placer...

—No puedo —dijo al fin.

Lucian alzó las cejas, sorprendido, pero tampoco se movió.

—Quiero hablar contigo de algo importante. Te están buscando. Un policía de Manchester está en Londres. Al parecer es amigo del comisario Sinclair y quieren encontrarte. ¿Por qué? ¿Qué pasó en Manchester para que la policía te ...?

—Un muchacho murió por mi culpa.

—¿Qué?

—Motivé una huelga, llegó la policía y Michael, un muchacho de catorce años, un niño, murió. Lo mataron por mi culpa.

—¿Y por eso han venido hasta Londres, para encontrarte?

Lucian apartó la mirada. Había más. Mucho más. Otra muerte sobre su

conciencia. Una provocada con sus propias manos.

Pero ¿por qué no quería que ella lo supiera? Porque tal vez temía que ella dejara de mirarlo como había hecho desde el primer momento. Como si aún hubiera algo de valor en él. Como si su alma aún tuviera salvación. Aunque él sabía que no la tenía. Que estaba condenado.

—Dímelo, Lucian, hay algo más que no me estás contando. No soy tan inocente como todos pensáis. Ya no.

Lucian negó con la cabeza. Le dio la espalda y se encaminó hasta la chimenea.

—Lo eres, Catalina. A pesar de que te creas que te has endurecido, no es así. Sigues teniendo una vida privilegiada, exenta de dolor. No sabes lo que es vivir en el infierno, verlo cada día, sentir que se mete bajo la piel y que lo llevas contigo, vayas donde vayas...

—Sé que no he pasado por nada de eso, Lucian, pero... Pero...

—Pero ¿qué?

—¡Pero tú me importas! ¿Por qué crees que estaría aquí, arriesgándolo todo, para contarte lo que he descubierto? ¡No soporto la idea de que te hagan daño!

Lucian la miró. De repente, no podía moverse. Ninguno de los dos podía. Aquella confesión lo cambiaba todo, porque tenía de sentimientos lo que hasta ese momento había pasado entre ellos.

Ya no solo era deseo. Catalina había confesado que él le importaba.

—¿A pesar de lo que acabo de contarte? ¿A pesar de que mis manos están manchadas de sangre?

—¿A pesar de que sé que hay algo que no me cuentas? —Catalina

guardó silencio —. Sí. A pesar de todo, me importas, Lucian.

—Yo no soy bueno para ti. Nunca lo he sido.

—Yo tampoco soy buena para ti.

—Esa es la mayor sandez que he escuchado en mi vida. ¿Por qué dices eso, muchacha?

—Porque deseo muchas cosas contigo, antes de que todo...

Antes de que todo cambie. Antes de que todo acabe. Antes de que acepte la última proposición.

Pero no dijo nada de eso porque inesperadamente, él avanzó hasta ella y la besó. Con rotundidad, con urgencia. De repente, se vio envuelta por aquellos brazos fuertes que la levantaron y la llevaron en volandas hasta el lecho, donde la depositó con suavidad.

Ella rodeó su cuello con los brazos y le devolvió los besos, uno tras otro, disfrutando de la sensación, hasta que la cabeza le dio vueltas. Sobre todo, cuando Lucian apartó de su cuerpo la manta con la que cubría la única pieza de ropa que llevaba: una camisola de lino.

Vio cómo los ojos de Lucian cambiaban. El deseo los transformó, evidenciando algo primitivo, descarnado. Deseo, hambre.

—¿Me deseas, Lucian? —dijo ella, antes de alzar el rostro para volver a probar sus labios, que no se resistieron. Pronto, las manos de Catalina pugnaban para quitar la camiseta de Lucian. Lo consiguió. Recorrió con los dedos la espalda, notando los músculos, las cicatrices, las curvas...Mientras, él besaba su mandíbula, luego su cuello. Y antes de que pudiera darse cuenta, estaba desnuda bajo él.

—Te deseo más que a la revolución, Catalina...

Pero ella no se sentía vulnerable ni pudorosa. Al contrario, notaba la excitación de Lucian en su cuerpo, en lo tensos que tenía los brazos, a ambos lados de sus hombros, en cómo se tensaba el tejido del pantalón, en cómo la respiración le salía ronca, mitad gruñido, mitad suspiro... Y se sentía poderosa por lo mucho que le afectaba.

Luego contempló cómo los ojos de él descendían por su cuerpo, observándolo con detalle. Notó cómo la piel reaccionaba a esa mirada, al deseo con el que estaba cargada y dejó escapar un suspiro de anticipación.

Lucian estaba a punto de perderse. Cuando le había despojado de la camisola no pensaba con claridad. Y cuando había descubierto aquella desnudez maravillosa, se había quedado congelado. Se había obligado a contenerse. Porque sabía que cualquier movimiento, cualquier gesto, precipitaría la intimidad entre ellos.

La lucidez acudió de repente, fría como aquella ciudad.

Catalina era virgen. Nunca había estado con nadie.

Cuando la idea llegó a su cabeza, se apartó y bajó de la cama, poniendo entre ellos una distancia de seguridad. Cuando ella se incorporó sobre los codos y lo miró con gesto confuso y dolido, él se dio la vuelta.

—No puedo —dijo, cuando fue capaz de ordenar sus pensamientos—. ¿Sabes lo que va a pasar si sigo, Catalina?

—Bueno, yo...

No lo sabía. Claro que no. Nadie se lo había explicado, aunque tenía una ligera idea de anatomía y podía imaginarse en qué consistiría analizando lo que sentía en su propio cuerpo.

—Por eso somos tan distintos.

—Pero esto que sentimos no entiende de nada de eso, Lucian. No entiende de diferencias.

—Hay demasiadas...demasiadas— siguió diciendo él, al tiempo que negaba con la cabeza.

Catalina se puso en pie, caminó hasta donde él estaba y lo abrazó por detrás. Esperaba el rechazo, que él se moviera, que huyera de nuevo. Pero él no lo hizo. Rodeó los brazos de Catalina, que tenía sobre su estómago, con los suyos. Ella apoyó la cara en su espalda. Le gustaba su calor, su olor, su tacto.

—Estamos por encima de todas esas diferencias, Lucian —musitó ella.

—Nadie está por encima de algo así, Catalina. Nuestras vidas, nuestros destinos están a miles de millas.

—Pero, tú me deseas...

Catalina sabía que era así. Lo había visto en su cuerpo, en cómo la tocaba, pero de repente, quería oírlo de su boca porque pensaba que, si lo decía en voz alta, acabaría venciendo esas reservas y cediendo a sus deseos.

Lucian aguardó, con la mirada fija en las llamas, durante lo que a Catalina le pareció una eternidad. Luego, dijo:

—¿Es cierto que tienes trece ofertas de matrimonio?

—Catorce —confesó ella con apenas un hilo de voz. Notó cómo Lucian se tensaba.

—Catorce... ¿Sabes qué pueden darte esos hombres, Catalina?

—No lo digas —suplicó ella.

—Que no lo diga no hará que no sea cierto. Te darán un futuro. Un título, riquezas, una vida... Yo solo puedo ofrecerte muerte.

—No. No es verdad.

Él tomó los brazos de Catalina y los apartó de su piel pese a que ella se opuso durante unos instantes. Luego se dio la vuelta y la enfrentó. A pesar de su desnudez, ella le miraba alzando la barbilla, dispuesta a presentar batalla.

Era fuerte, admirable. Y eso hacía que la desease aún más. Pero tenía que ser fuerte.

—No tengo nada. Nada. Solo estas manos destrozadas.

—Tus manos destrozadas cuentan tu historia. Y yo puedo curar esas manos y todas las heridas que te hagas.

—Pero hay algunas que son...Incurables, Catalina.

—También puedo lidiar con ellas.

—No...—negó con la cabeza—. No... Soy un hombre roto.

—¿Esas son tus excusas para rechazarme?

—Te estoy salvando...

—No quiero que me salves. Quiero elegir por mí misma. Quiero estar contigo.

—Pues no puede ser...

Catalina apartó la mirada. Notaba cómo las lágrimas pugnaban por escapar de sus ojos, pero se mantuvo fuerte. Caminó hasta la cama y recogió la camisola. Se la colocó con rapidez y luego, asió la manta y se envolvió con ella. Durante unos momentos, permaneció de espaldas a él, mientras reunía el valor para no desmoronarse.

—Algún día, pensarás en mí y me agradecerás lo que...

—¡Ni se te ocurra! —se giró ella, ahora furiosa—. No eres más que otro hombre que me trata con condescendencia y que se empeña en dirigir mi vida. Como mi hermano, como Matthew... Todos tomáis decisiones por mí porque es a lo que estáis acostumbrados. Ese es vuestro poder. Y mientras, ¿nosotras qué? Esperamos, esperamos, acatamos, y luego... Ya no somos nosotras mismas. ¡No quiero que eso me pase a mí! Por eso me gusta estar contigo.

Lucian se sintió impresionado por ese arrebatado de sinceridad y valentía.

—Contigo puedo ser yo misma. No soy una aristócrata, no encajo... Pero contigo sé que puedo encontrar mi lugar en el mundo. Que me ayudarás a encontrarlo. Sea cual sea.

Aquella era la propuesta más tentadora que Lucian había recibido en toda su vida. Estar con ella, construir una vida, un destino, juntos, pese a las adversidades, pese al miedo....

Su corazón estuvo a punto de gritarle que sí; su cuerpo estuvo a punto de caminar hasta ella para besarla de nuevo y enseñarle lo que era el placer sin contenciones.

Pero ese mismo corazón se impuso con un baño de realidad.

Se había enamorado de ella. Y sabía que el precio de ese sueño era demasiado alto para los dos.

Ya había soñado algo así una vez. Y lo había perdido todo. Tal y como le había dicho, había heridas incurables, miedos insondables y hombres rotos.



La noche plúmbea cubría Londres cuando Lucian abandonó la mansión Hastings. No podía quedarse allí ni un minuto más. Sabía que había tomado la decisión correcta, que rechazar a Catalina era lo más sensato y loable que había hecho en mucho tiempo. Aunque era amargo y le dolía, como una agonía que se iba colando en su interior, atravesando la piel hasta llegar a lo más profundo. No recordaba haberse sentido así, ni siquiera cuando Sophie se casó con otro.

Por eso necesita aire y espacio. En el exterior, los copos de nieve estaban cayendo con intensidad, y revoloteaban a su alrededor formando remolinos que podía ver cuando caminaba bajo la tambaleante luz de alguna farola.

Sabía dónde iba. A pesar de que era peligroso, a pesar de que le había asegurado a Henrietta que “nada de líos” mientras estuviera involucrado en el orfanato. Pero necesitaba reencontrarse, conectar con el verdadero Lucian Monroe.

Por eso iba a una reunión clandestina del Partido, cerca de los muelles.

No tardó en llegar, envuelto en las sombras de la noche. Vio que había más de una treintena de hombres y también varias mujeres que se agrupaban en las primeras filas. Sabía que Ada no estaba allí porque se había quedado en el orfanato con Michael y el resto de niños. Tal vez él debería haber hecho lo mismo, pero allí estaba exponiéndose a pesar de las palabras de aviso de Catalina. Porque la verdad era que estaba cansado de huir.

Si tenían que encontrarle...Que lo hicieran.

Sería la manera más efectiva de mantenerse alejado de Catalina Wright

y de pagar por sus pecados, esos que llevaba arrastrando desde que huyó de Manchester.

Se colocó al final del todo, tratando de pasar lo más desapercibido posible. Pero entonces se dio cuenta de que no era el único que lo intentaba. A su lado, vestido con ropas discretas, pero, aun así, de buena calidad, se removía incómodo un hombre. Lucian lo observó con atención porque lo conocía. Lo había visto la noche del cementerio. Era el duque que les había ayudado. Se preguntó qué hacía allí y por qué no dejaba de mirar al grupo de mujeres de la primera fila.

—¿Busca a alguien?

Aquel hombre le miró con sorpresa y recelo. Tenía unos ojos azules muy claros, y la limpieza de su cara y de su pelo, a diferencia del resto de participantes en aquella reunión, denotaba que no pertenecía a aquel ambiente.

—Le conozco. Es el amigo de Catalina. ¿Sabe usted que...?

—Me lo ha comentado.

—Y aun así... ¿Está... aquí? —preguntó sin molestarse en fingir su incredulidad. Catalina lo había acusado de no conocer la lealtad y, sin embargo, el hombre por el que ella se había puesto en peligro la noche del cementerio, al parecer hacía caso omiso de sus advertencias y se jugaba la vida por aquellas ideas reaccionarias que también movían a Ada.

—Uno se cansa de huir y de poner en peligro a las personas a las que aprecia —confesó Lucian.

Matthew lo miró sorprendido. ¿Así que por eso estaba allí? En lugar de ponerse a salvo, estaba dispuesto a entregarse para acabar con todo de una vez.

Era valiente o estaba loco. O ambas cosas. Sabía que Ada lo admiraba

y que Catalina lo apreciaba profundamente —más de lo que quería admitir—. Por un momento, le envidió. A pesar de demostrar una falta absoluta de cordura, su valentía y su determinación le volvían un hombre aguerrido. Algo que Matthew nunca había sido. Siempre se había dejado llevar por las normas, por la opinión de los demás y nunca había cuestionado nada hasta que había conocido a la ladrona de su yegua...Una mujer tan distinta, tan atrevida...Que se había adueñado de sus pensamientos de una manera aterradora y a la vez, cautivadora.

Por eso estaba allí, buscándola.

—No está aquí —dijo Lucian, como si pudiera leer su mente.

—¿Quién?

—La señorita Smith.

—¿Y dónde está?

—No voy a revelar su paradero sin su consentimiento, como usted comprenderá.

—¿Por qué? ¿Acaso duda de mis nobles intenciones?

Lucian soltó una carcajada.

—¿Sus nobles intenciones le han sacado de una mullida y aristocrática cama en plena noche?

—Solo quiero hablar con ella. Nada más.

Lucian lo miró. Matthew le mantuvo la mirada, sincero, desafiante.

Un revuelo les interrumpió. Karl Marx apareció entre la gente, que lo saludaba y le estrechaba la mano. Cuando llegó a la parte delantera, se dio la vuelta y miró las caras de los participantes de aquella reunión. Lucian pensó que estaba asegurándose de que no había nadie sospechoso o que formara

parte de las fuerzas de seguridad. Cuando su mirada se trabó con la de Lucian, asintió en señal de respeto y admiración.

Él le devolvió el gesto, provocando que el duque le mirara, con una admiración velada en la expresión.

—Bienvenidos, camaradas —dijo Marx, frotándose las manos para combatir el frío. Luego las alzó—. ¿Qué creéis que quieren los que os explotan?

—¡Quieren que muramos! —gritó alguien.

—¡Sí! —respondió el gentío.

—Que muráis, que os sometáis. Que os dobleguéis hasta que no seáis más que un copo de nieve perdido entre miles. Hasta que os convirtáis en algo informe, una masa inútil sobre la que vuestros patronos dejan sus huellas. Las huellas de su opresión.

—¿Y qué podemos hacer para que no nos pisoteen más? —preguntó alguien.

De nuevo, aquel hombre alemán dirigió sus ojos oscuros hasta Lucian Monroe, cuya altura le delataba a pesar del rincón discreto y de la gorra con la que ocultaba sus característicos cabellos rojos. Esperaba que interviniera, como había hecho en el cementerio y mucho más, después de la charla que habían tenido en el hogar Hastings. Pero ¿por qué? ¿Por qué de todos aquellos hombres y mujeres que había allí reunidos, le provocaba a él? Pero Lucian no dijo nada. Se limitó a bajar los ojos, ante la atención del duque que le acompañaba.

—¿Qué creéis que os salvará de la opresión burguesa? ¿Del capitalismo? ¿De esa burguesía que es la dueña de la libertad, y os convierte en sus esclavos? Participáis en un juego amañado en el que perdéis

demasiado. ¡Tú! ¿Qué has perdido?

—¡Un hijo!

—¿Y tú?

—¡Una mano!

—¿Y tú?

—¡A mi esposo y a tres de mis hijos!

Karl se abrió paso entre la gente, haciendo preguntas cuyas respuestas hablaban de pérdida, de rabia, de impotencia. Y entonces se plantó delante de Lucian.

—Y tú, camarada, ¿qué has perdido?

Lucian alzó la cara y sacó pecho ante aquel dedo que le apuntaba. Sintió que todos volvían las caras hacia él, esperando su respuesta.

Solo había una respuesta. La única que siempre había habido desde que entró a trabajar en el primer molino y muerte tras muerte, injusticia tras injusticia, había ido perdiendo una parte de sí mismo...Hasta que ya no quedaba nada salvo aquella parte milimétrica que Catalina había logrado ver y ampliar, dotándole de una esperanza que le había hecho sentir y creer de nuevo... Para arrojarle de nuevo a la nada más absoluta, al vacío más profundo.

—Lo he perdido todo —confesó al final.

Karl Marx le mantuvo la mirada durante un rato. Con decisión y algo más. Lucian podía verse en él, reflejarse en sus ideales, pero aquel hombre al que admiraba no tenía las manos manchadas de sangre como él. Y eso siempre les distanciaba. Karl Marx tenía motivos para luchar. Pero Lucian...Ya solo tenía motivos para morir.

Como si él fuera capaz de adivinar qué sórdidos caminos tomaban sus pensamientos, se inclinó hacia él, palmeó su hombro y dijo en voz baja:

—Perderlo todo es el mayor motor para encabezar la revolución.



—¿Por eso te lo juegas todo? ¿Por la revolución?

La reunión había acabado. Por suerte, la policía no había aparecido y habían pasado más de una hora hablando hasta que la nieve se había vuelto intensa y el frío, calando sus cuerpos, había acabado dispersando al gentío que había decidido buscar una taberna.

Lucian había tomado el camino de regreso al orfanato, porque seguía sin atreverse a estar cerca de Catalina. Y para su sorpresa, el duque le seguía a una distancia prudencial, porque probablemente fuera la primera vez en su privilegiada vida que se adentraba en aquella zona de Londres a aquellas horas.

Lucian se detuvo y se giró. Contempló a aquel hombre tratando de intimidarle. A pesar de que trató de parecer sereno, sus pies le traicionaron y Matthew retrocedió un par de pasos con discreción.

Pero no se marchó corriendo.

—¿Por qué te importa?

—Porque quiero saber qué mueve a gente como vosotros.

Lucian dejó escapar una risa irónica que resonó en el callejón.

—A escoria como nosotros, ¿no? Como Ada y yo. Como los que nos hemos reunido esta noche.

—Yo no he dicho nada de eso. Nunca os calificaría así. Y cuanto más os conozco, cuanto más entiendo vuestra causa, más os...admiro. Incluso puedo entender la lealtad de Catalina hacia ti.

—¿Lealtad? —Lucian sonrió con amargura—. Algo que no merezco,

sin duda.

—¿Qué hiciste en Manchester para pensar así?

—No es de tu incumbencia, duque de cómo te llames.

—Duque de Henderson.

Lucian alzó un hombro con indiferencia y se dio la vuelta. No había caminado ni un metro cuando le escuchó, detrás de él.

—Le he pedido que se case conmigo. Si Catalina acepta, será la duquesa de Henderson.

Notó cada palabra clavarse en su corazón y astillarse, multiplicando el dolor.

—Y estoy seguro de que me dirá que sí.

Lucian apretó los puños como si así pudiera difuminar el daño y la furia.

—Para ser un duque me temo que no hay que ser muy inteligente —gruñó apenas conteniendo a su cuerpo, que pugnaba por descargar con los puños toda la violencia que sentía.

—A menos que tú se lo pidas antes. Entonces te elegiré a ti, a pesar de toda mi riqueza.

Lucian sintió que su corazón se llenaba de algo conocido y a la vez, devastador, pero entre todo ese remolino de sentimientos, se abrió paso un deseo... Casarse con ella.

Algo imposible, por supuesto.

Se giró hacia Matthew.

—Entonces es una suerte para todos que yo no vaya a pedirselo.

—¿Estás seguro de eso?

—Vete a tu maldita mansión y déjame en paz, o seré yo quien te parta la cara —dijo Lucian, con furia.

—¿Por qué no me acompañas a mi mansión? Te aseguro que tengo el mejor whisky de toda Escocia. Podemos hablar de tu lucha. Y yo puedo ayudaros. Tengo un puesto en la cámara de los Comunes...Yo...

Lucian se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

—¿Es que no te han dicho que hay que tener amigos hasta en el infierno? —le oyó.

—¿Qué sabrás tú de lo que es el verdadero infierno? —musitó Lucian, antes de perderse entre la niebla.



Catalina había llorado hasta quedarse dormida y se había despertado con dos surcos de lágrimas secas en las mejillas que la delataron ante Henrietta.

—¿Qué ha pasado, muchacha?

—Nada, Henrietta—suspiró.

—¡Oh, vamos! Si a estas alturas aún piensas que no sé qué algo está pasando entre Lucian y tú...

—¡No ha pasado nada! —se revolvió ella, pero sus mejillas encendidas traicionaron sus palabras.

—Claro que no. Salvo esa atracción que os está condenando y arrastrando... Por mucho que tratéis de navegar en direcciones opuestas.

—No es solo atracción. No para mí. Ya no —confesó ella al final. Estaba cansada de mentirse a sí misma, de andar fingiendo una indiferencia que no existía, porque Lucian Monroe arrasaba con todo lo que tocaba, revolucionaba a su paso...Y ya no podía negarlo. Su corazón ya no quería negarlo.

Le contó a Henrietta todo lo que había pasado entre ellos desde que estaban en Londres. La doncella la escuchó, sin escandalizarse, lo que Catalina agradeció, ya que no tenía ganas de sentirse culpable. Ya bastante tenía con lidiar con el dolor del rechazo.

—¿Y qué vas a hacer, ahora?

Catalina lo sabía. Lo único que faltaba para cerrar lo que había entre ellos: entregarle la carta que aún permanecía escondida en la biblioteca.

Con esa decisión, se vistió, desayunó y buscó un carruaje de alquiler

que la llevó hasta el orfanato, donde Henrietta le había dicho que estaría Lucian.

Al parecer, había abandonado la mansión en plena noche y no había regresado.

Cuando descendió del carruaje, con la carta entre las manos que no se había atrevido a abrir, sintió los nervios en su estómago. Tenía que volver a verle después de lo que había pasado la noche anterior. Soltó el aire que estaba conteniendo y trató de tranquilizarse.

La puerta del orfanato estaba abierta. Escuchó voces y risas de niños que venían de la planta de arriba del todo. Y a Clarisse, tratando de poner orden con voz férrea.

Luego escuchó voces de mujeres, en la habitación contigua. Reconoció a una de ellas. Era Ada. Así que se acercó lentamente y escuchó la conversación por si desvelaba el paradero de Lucian.

—No sabemos contar ni leer y nos engañan, señorita Smith —decía una joven—. ¿Cómo vamos a luchar por nuestros derechos si no sabemos qué firmamos?

Ada sabía que tenían razón.

—¿Puede ayudarnos?

Ada no sabía qué decir. Ella a duras penas se defendía. Había aprendido por encima a leer y a sumar cantidades con los dedos, pero no estaba capacitada para enseñar a nadie.

—Lo siento, pero...

De repente, un perfume a rosas invadió el aula. Las cinco mujeres giraron a la vez los rostros hacia la puerta y allí se encontraron con una dama

muy hermosa, con un vestido sencillo de seda en un color amarillo claro.

Ada la conocía y la saludó:

—Buenos días, señorita Wright. ¿Busca a Lucian? No está aquí —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho. Trató de no sonar hostil, pero no lo consiguió. Sabía que aquella intromisión la había puesto a la defensiva.

—Le busco, es cierto...—dijo Catalina, que notaba cómo los latidos de su corazón habían aumentado tanto que temió que pudieran oírlos aquellas muchachas. Las evaluó conforme avanzaba. Eran muy jóvenes, pero estaban endurecidas por el duro trabajo y por las condiciones de vida, tan adversas. —Pero, si me lo permitís, podría ayudaros.

—¿Ayudarnos? ¿Cómo, señorita? —dijo una chica, que Catalina calculó que tendría quince años y que hablaba con acento muy cerrado, propio de los barrios más deprimidos.

—Puedo enseñaros a leer y a contar para que no os engañe ningún hombre.

Se hizo un silencio. Las muchachas se miraron entre ellas, con los ojos muy abiertos. Luego Ada, que llevaba la voz cantante, le hizo un gesto con la mano para que ocupara su posición detrás del escritorio, frente a la pizarra.

Catalina notó que el alivio y algo parecido a la felicidad la inundaba. Atravesó el aula, tratando de no correr ni chillar de la emoción y se colocó detrás del escritorio. Dejó la carta de Lucian sobre la mesa y observó cómo las muchachas se sentaban en los pupitres, mirándola embobadas.

—¿Qué os gustaría aprender primero?



Pararon para comer algo y cuando a la tarde retomaron las clases, Catalina se vio sorprendida porque se había corrido la voz y se habían incorporado varias chicas más.

Cuando la jornada finalizó, se sentía satisfecha. Y mucho más después de que Clarisse se acercara para hablar con ella con un brillo en los ojos que hablaba de admiración.

—¡Ay, señorita Wright! ¡Qué contentas se han ido esas chicas! ¡Qué bien se expresa! Explica tan bien los conceptos que es fácil seguir sus explicaciones.

—Es cierto —dijo Ada, entrando en el aula—. Parece que has nacido para dar clases.

Catalina sintió que el orgullo henchía su pecho. Luego, una idea cobró relevancia en su mente, ampliándose. ¿Y si era eso para lo que de verdad había nacido? ¿Y si se dedicaba a enseñar a mujeres como las que acababa de conocer?

—Clarisse, sé que han estado reformando el orfanato, ampliándolo. ¿Sería posible que se impartieran más clases como la de hoy?

Clarisse y Ada intercambiaron una mirada cómplice.

—Acompáñenos, señorita Wright.

Las siguió hasta la parte posterior de aquella casa. Catalina descubrió

que había un aula vacía, con una puerta que daba a un pequeño jardín interior.

—Aquí plantaremos algunas cosas para abastecernos en caso de necesidad. Aunque el dinero del doctor Hastings nunca falta, la idea es enseñar a los chicos a cuidar un pequeño huerto —comenzó a explicar Clarisse—. Nuestro propósito es otorgar todo tipo de herramientas a estos niños y niñas para que puedan estar preparados cuando tengan que volar... libres. Porque ya sabemos que el mundo de ahí fuera es hostil y cruel. Se ensaña con los débiles y en especial, con nosotras, las mujeres...Por eso, gracias a Ada, reservamos esta aula por si algún día encontráramos a alguien capaz de enseñar a mujeres.

—Siempre he intentado ayudar a mis compañeras —añadió Ada—. Pero no soy tan culta como usted, señorita Wright. A veces, cuando intento leer algo con Lucian —Catalina trató de controlar su cuerpo cuando escuchó el nombre —...Me trabo. Apenas distingo algunas consonantes...Así que no puedo enseñar. No como ha hecho usted.

—Sé que Henrietta no va a aprobar lo que estoy a punto de pedirle, joven, pero de verdad que me gustaría que nos ayudara... Pero entiendo que, si sus planes son casarse con el duque de Henderson, no va a aceptar algo así. A pesar de que sería un trabajo remunerado.

—¿Va a casarse con el duque de Henderson? —preguntó Ada, tratando de no parecer demasiado interesada, aunque supo que falló en el momento en que Catalina la miró con ternura—. No es que me importe, claro...Además, harían una pareja maravillosa.

—¿Puedo llamarte Ada? —preguntó Catalina y cuando su interlocutora asintió, siguió—. No quiero casarme. Quiero valerme por mí misma, demostrarme que puedo hacerlo. Que soy más de lo que la gente cree. Y si me aceptan, si me dan la oportunidad de trabajar en esta aula, me harán

inmensamente dichosa.

—¡Oh, muchachita! —exclamó Clarisse, entusiasmada —¡Pues hagámoslo!

—¡Por un mejor futuro para las mujeres! —dijo Ada.

Catalina sonrió porque desde que su vida se había desmoronado, era la primera vez que sentía que las piezas volvían a encajar. Había colocado la primera y estaba segura de que el resto irían llegando y así sería cómo construiría su futuro.





Lucian había estado con Karl Marx todo el día. Había visitado la vivienda familiar, un lugar pequeño, desordenado y sucio en el Soho y había conocido a su mujer Jenny, que acababa de dar a luz, y a sus hijos. Tres niñas y un varón. Cuando Karl Marx le había hablado de su situación, Lucian no había imaginado que fuera tan precaria.

Fue en ese momento cuando comprendió el precio que había que pagar por luchar por aquellos ideales que ambos compartían.

Planearon una reunión para la semana siguiente. Hasta entonces, Lucian se encargaría de ir a hablar con un par de sindicalistas del Partido que tenían acceso a los molinos y a otras fábricas. Tenían un lugar, una fecha y una hora.

Satisfecho, regresó al orfanato. Ya había acabado su trabajo allí, pero había cogido cariño a los muchachos y disfrutaba de la compañía de Ada y de su sombra, el pequeño Mike, que era un niño despierto e inteligente con el que le gustaba bromear y pasar el rato.

Primero llegó al edificio principal. Los muchachos más mayores estaban en las aulas, estudiando o leyendo cuentos mientras que los más pequeños ya cenaban.

—¡Lucian! —lo saludó Mike bajando las escaleras—. ¿Buscas a Ada?

—Sí, chaval —dijo, revolviéndole el pelo—. ¿La has visto?

—Está en el otro edificio, con Clarisse.

—¡Gracias!

Entró al edificio contiguo, pero no halló a las mujeres. Entró en la primera clase, y sus ojos se percataron de que en el pupitre había una carta. A

pesar de la distancia, reconoció el lacre de los Hastings. Pero cuando se acercó, vio que el destinatario era él mismo.

Tomó la carta con ansiedad. El remitente era el doctor. El corazón se le subió a la garganta. Abrió el sobre y sacó la carta. Se acercó a la ventana, para que los últimos rayos del sol le permitieran leer las palabras.

Querido Lucian:

Te escribo esta carta para informarte de lo que hemos descubierto. El día posterior a tu marcha, Aaron y yo movimos todos los hilos que nos fueron posibles en pos de la verdad. Descubrimos que el policía que atacó y causó la muerte de Michael y cuyo nombre es Credence Mallory, estaba vivo, aunque malherido en el hospital. Su cara estaba destrozada, pero sobrevivió. Fui a verle, tratando de que me explicara lo sucedido, pero lo único que averigüé fue que sentía una animadversión brutal hacia ti.

Luego, hablé con el comisario de policía y, por lo que me contó, él no había ordenado que actuaran contra los huelguistas así que se trató de un ataque aislado cuyas motivaciones reales desconozco.

Lo que sé es que esta mañana regresé al hospital y Credence había desaparecido. Me temo, querido Lucian, que tal vez esté buscándote, pero solo es una suposición que espero que sea errónea.

En cuanto a los Bright, siguen conmocionados por la pérdida de su hijo, pero mi yerno se ha ocupado de los gastos del sepelio y está cubriendo el sueldo que el joven llevaba a su hogar, mientras investigamos qué sucedió aquella noche.

Se despide de ti cordialmente,

Samuel Hastings

Lucian sintió que las piernas se le combaban y se apoyó en el pupitre para no caer.

En aquellas palabras estaban algunas respuestas a las preguntas que

habían estado acumulándose en la mente de Lucian. ¿Qué había sido del policía al que estaba seguro que había matado? ¿Y de la familia de Michael? ¿Cómo sobrellevaban aquella terrible e injusta pérdida?

Sintió que las lágrimas anegaban sus ojos. Con todo lo que había visto, con todo lo que había vivido y nunca antes se había sentido tan frágil. Como si anduviera por el borde de un abismo, a veces cerca de caer, a veces lejos. Pero siempre en la cuerda floja, a punto de perder la cabeza.

Con todo lo que había visto.

Con todo lo que había vivido.

—¡Lucian! —escuchó la voz de Clarisse y se dio la vuelta, para que no vieran sus lágrimas, que se secó con rapidez con la manga de la chaqueta —. ¡Justo a tiempo!

Él esbozó una sonrisa que era todo fingimiento y se dio la vuelta, tratando de que la mujer que regentaba aquel lugar no descubriera el pesar que le embargaba. Se sorprendió al descubrir que no estaba sola. Vio a Ada. Y detrás de ella, entrando con timidez en el aula, vio a Catalina.

Cuando ella le miró, tuvo la certeza de que se había percatado de que había llorado.

La única que lo había hecho.

Como si desde el principio, hubiese podido acceder a su maltrecho interior.

Como si fuera la única que pudiera repararlo.



En el momento en que Lucian descubrió la idea de Catalina, sintió emociones contradictorias. Por un lado, se sentía orgulloso de la muchacha. ¿Dar clases a mujeres que trabajaban para que pudieran estar formadas y defenderse ante desmanes de sus patronos? El corazón se le llenó de admiración. Pero, por otro lado, aquello suponía que coincidirían a diario, porque él seguía ayudando en el orfanato. Había intentado dejarlo para trabajar en los muelles, pero Henrietta le había dicho que estaban desbordadas y le había suplicado que se quedara, porque necesitaba a alguien que controlara a los chicos más problemáticos, algunos de los cuales habían pasado una larga temporada en la calle, lo que los había herido tan profundamente que ahora eran desconfiados y volubles.

Y Henrietta no se equivocaba al pensar que podía lidiar con ellos. Los comprendía, porque él había sido como ellos durante una época de su vida. Había pasado frío, hambre, lo habían golpeado y había sentido terror ante la idea de morir en la calle.

Así que mientras él se encargaba de los muchachos en una de las aulas del edificio viejo, Catalina enseñaba en el contiguo. Lo que comenzó con un proyecto modesto con diez alumnas, acabó convertido en un trabajo que le ocupaba toda la tarde porque sus clases empezaban cuando la jornada laboral terminaba.

Luego, el carruaje la llevaba al hogar de los Hastings, donde las invitaciones a actos sociales y a bailes comenzaban a acumularse.

Las primeras semanas, en las que no había hablado con Lucian, ya que ambos habían hecho todo lo posible por evitarse, había compatibilizado sus dos vidas con éxito. A pesar de que acababa la jornada agotada y con ganas de

meterse en la cama. Ese era el único pensamiento que tenía aquella tarde. Pero para su sorpresa, fue tal la nevada que cayó aquella tarde sobre la ciudad que el carruaje no pudo acceder al orfanato.

—¿Lo ha visto, señorita? —dijo Clarisse, detrás de ella —. ¡Hacía años que no veía nada igual!

Catalina miró a su alrededor. La calle había desaparecido, cubierta por más de un metro de nieve. Los muchachos del orfanato estaban jugando, riendo y lanzándose bolas.

—¡Chicos, chicos! ¡Van a resfriarse! ¡Thomas, no te lances al suelo que vas a calarte! ¡John! —Clarisse intentó poner orden en aquella algarabía, pero cuando parecía que lo tenía controlado, escucharon risas y voces que venían del interior del orfanato.

Se giraron a tiempo para ver como una docena de niños bajaba a toda prisa por la escalera gritando: ¡Nieve!

Uno de ellos se enredó en las faldas de Catalina y acabó arrastrándola hacia el exterior ante los gritos de Clarisse. Cuando se dio cuenta, estaba en el suelo, con el trasero en la fría nieve. Muchos niños la miraron, entre sorprendidos y divertidos. Ella hizo lo único que se le ocurrió. Se echó a reír.

Hizo ademán de levantarse, pero entonces sintió una presencia detrás de ella. Supo que era él antes de girarse.

Él, que se había mantenido alejado desde lo que había sucedido en el dormitorio...O más bien, desde lo que no había sucedido.

En ese momento, por cómo reaccionó su corazón, habría preferido que siguiera manteniendo la distancia. Pero cuando ladeó la cara y lo vio, tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse, deseó todo lo contrario, porque esa era la esencia de lo que él le había sentir: La confusión más

absoluta.

Que se aleje. Que me toque. Que me mire. Que no lo haga.

Ella no llevaba guantes, porque no los usaba para trabajar en el aula, y el contacto con la piel de Lucian, caliente y callosa, fue como una descarga que activó su cuerpo y que le hizo recordar la última vez que había estado en contacto con la piel de aquel hombre.

Y estaba segura, por la mirada que Lucian le dedicó, que a él le sucedió lo mismo. Un roce que recordó a otros, que encendió el deseo, que lo volvió a la vida, a pesar de que ambos habían tratado de sepultarlo.

—Me parece que va a tener que pasar la noche aquí, señorita Wright —oyó que decía Clarisse—. Me temo que, con esta nevada, los carruajes no van a poder circular... Venga y le presto un vestido seco.

—No es necesario... Yo...

—Lucian, vigila a los muchachos, por favor.

—Sí, Clarisse —dijo él, sin ser capaz de apartar los ojos de Catalina, que, a su vez, tampoco lo hacía.

Habían estado esquivándose durante días. Pero al parecer, el destino no solo se empeñaba en unirlos en la misma ciudad, también los obligaba a permanecer bajo el mismo techo.



En lo que duró aquella tarde, Catalina descubrió que en aquel lugar el trabajo nunca terminaba. Cuando consiguieron apaciguar a los muchachos tras

una hora jugando en la nieve, tuvieron que meterlos dentro, (casi a la fuerza) y cambiar sus prendas por algunas que estuvieran secas. Luego, Clarisse ordenó que se preparara la cena. Catalina trató de ayudar, pero las dos cocineras, raudas y eficientes, no se lo permitieron.

Vio a Ada, con el pequeño Michael, que se encargaba de los niños que tenían entre cuatro y ocho años. Cuando se fijó en el aspecto de aquellos pequeños, famélicos, pálidos y con rostros demasiado afilados, notó que su corazón se llenaba de compasión y de tristeza. Luego, alabó en silencio a la señorita Smith, que jugó con los niños a piratas, subiéndose a sillas y cantando canciones, para luego, con dos órdenes, conseguir que se aplacaran, se sentaran a la mesa y cenaran en silencio.

Cuando los más pequeños subieron a sus habitaciones, llegó el turno de los que tenían entre nueve y doce años. Clarisse se encargaba de ellos con una eficiencia casi militar, pero a la vez, entrañable.

La última tanda la formaron los más mayores, que estaban a cargo de Lucian, aunque Catalina no supo por qué. Hubo un conato de rebelión entre dos de ellos, flacos y desafiantes, pero Lucian controló la situación con firmeza.

Y luego, después de todo eso, los empleados del orfanato Hastings se sentaron a cenar, entre las que estaban las dos cocineras, Clarisse, Ada, dos mujeres que se encargaban de amamantar a los bebés lactantes, Lucian y ella.

La cena consistió en una sopa con pocos ingredientes, pero que estaba caliente y sabrosa, y el cuerpo lo agradecía. El frío se había vuelto intenso. La nevada y la ventisca del exterior se notaban en la temperatura y por eso, Clarisse les pidió que sacaran más mantas de un armario y que arroparan con ellas a todos cuantos pudieran, aunque hubiera que meter a varios niños en el mismo lecho.

Luego, le pidió a Lucian que cogiera una pala y despejara la entrada, para que no se quedaran encerrados si la nieve no dejaba de caer.

—Catalina, no me he olvidado de ti, pero ya has visto que aquí no hay descanso. Y mucho menos en un día como hoy.

—No se preocupe, Clarisse. Le agradezco que me deje quedarme aquí.

—Después de todo lo que haces por esas mujeres, esta es tu casa también.

Ella agradeció sus palabras con una sonrisa. Notó que la puerta se abría detrás de ella y entraba el aire frío.

—¡Lucian, como ya has acabado, lleva a Catalina al ala nueva! —dijo Clarisse —He pensado que puede alojarse en la buhardilla, si te parece bien.

Catalina se giró justo en ese momento para ver que en la cara de Lucian se dibujaba la sorpresa.

—¿En...en la buhardilla? —musitó—Pero, Clarisse...

—Tú puedes dormir aquí, en el salón. Venga, acompaña la. Voy a cerrar todo.

Cuando la mujer abandonó la estancia, Catalina se dio cuenta de que estaban solos. Otra vez.

—¿Me acompañas? —dijo él, mirándola. Recorrió con los ojos el vestido oscuro y sencillo de lana que le habían prestado. Incluso con una prenda así, estaba arrebatadora. Se ajustaba a su cuerpo y realzaba las caderas. Lucian tragó saliva.

—Por supuesto.

Los dos edificios estaban conectados por un pasillo que atravesaron en silencio hasta llegar a un vestíbulo. Catalina vio unas escaleras. Las

reconoció. Había subido por ellas aquel día que había descubierto el pasado de Lucian cuando había escuchado a escondidas una conversación con Ada.

Cuánto había cambiado todo desde entonces.

Cuántas cosas sentía por él. Y cuánto le dolía no poder tenerle.

Subieron los peldaños hasta llegar a la habitación abuhardillada. Lucian abrió la puerta y le hizo un gesto para que ella entrara delante de él, pero apenas la miró. No se atrevía. Le resultaba difícil, por no decir imposible, mantenerse alejado de ella. Incluso cuando tuvo que pasar por su lado para encender algunas velas en los rincones, sintió que aquel espacio empequeñecía.

Catalina observó la estancia. Había una cama en el centro cubierta por mantas grises. A un lado, junto a un ventanal en el que podía verse la nieve, un arcón. En la parte opuesta, en la pared, un perchero con un gabán y una mesa, sobre la que había libros y periódicos. También había un espejo redondo y una pila de cerámica con una jofaina.

—Clarisse lo ha preparado para convencerme de que siga trabajando aquí —confesó él y ella se giró a mirarle.

—¿Ibas a dejarlo?

—Quería... Trabajar en los muelles. Cargando y descargando mercancías.

—¿Por qué?

—Porque creo que allí puedo ayudar más a mi causa.

—¿Y eso es más importante que ayudar a estos niños?

—Todo es igual de importante. Porque todo trata del futuro. Por eso trabajas con las mujeres, ¿no?

Ella asintió porque no podía hablar. La intimidad con él, en aquella habitación, que olía a él, a romero, a cera, se le hacía insoportable. Deseó ser una mujer con experiencia para poder seducirle, para hacerle claudicar...

—Lucian, esto me está...—susurró ella, cerrando los ojos.

—¿Qué?

—Esto me está matando. No puedo estar tan cerca de ti.

Lucian sintió sus palabras como un golpe en la boca del estómago. Pensó que lo despreciaba, que después de que él la hubiera rechazado, ella había acabado odiándolo. Lo comprendía. Casi lo agradecía. Pero, aun así, le dolió.

—Pues ya me marcho.

—¡No, espera! —ella se colocó frente a él, y frenó su avance al apoyar sus manos en el pecho de Lucian. Le gustó notar los músculos duros y el calor que irradiaba —. ¿Por qué te marchas?

Lucian bajó la cabeza y se inclinó hacia delante, hasta que notó el cabello de Catalina hacerle cosquillas en la punta de la nariz y luego su aroma de rosas, inundando sus sentidos.

—¿Qué quieres de mí, Catalina?

—El otro día...Te vi llorando. Aquí, en el orfanato. Trataste de disimularlo, pero yo me di cuenta.

—Lo sé. Lo sé.

—Y me di cuenta de que no puedo...No quiero estar lejos de ti. He tratado de hacerlo. Pero, Lucian, yo...

No pudo decirlo porque él la silenció con un beso. Fue lento, triste, diferente a los anteriores. Catalina descubrió que había muchas formas de

besar y ser besada y que, en cada una de las ocasiones, Lucian le había demostrado una parte de sí mismo. Podía ser apasionado, valiente y también dulce, tierno.

—No me has respondido —dijo él, en un susurro contra su boca —. ¿Qué quieres de mí, muchacha?

—Lo que quiero...no creo que puedas concedérmelo.

Que me quieras, que me ames.

—Catalina...—la voz de él sonó ronca, baja, llena de pecado—... ¿Qué quieres de mí?

—Quiero...Quiero...Algo que ya me negaste la otra noche. Quiero descubrir el placer contigo, Lucian. Hagamos el amor. Enséñame.

—Hay más formas de descubrir el placer, Catalina. Y Dios sabe lo mucho que deseo enseñarte pero no puede ser —Se alejó otra vez, porque si seguía no podría rechazarla otra vez.

—¿Por qué? Si nadie lo sabrá. Quedará entre nosotros. Y te prometo que no te pediré nada más.

Catalina contuvo el aliento mientras Lucian asimilaba sus palabras, su última proposición. Se mantuvo en silencio unos segundos, y la joven se preparó para el rechazo. Entonces él se movió. Le apresó la boca con un gemido. La deseaba, con todas sus fuerzas. Se sentía fascinado, cautivo.

—El último favor y te prometo que ambos seguiremos con nuestras vidas.

—No sabes lo que me estás pidiendo.

—Sí, sí que lo sé —Sus palabras, tan honestas y sencillas le atravesaron como una daga. Se dio cuenta de que había estado condenado

desde que se cruzaron en la estación. Y no quiso resistirse más. Se apartó, provocando que Catalina sintiera el frío de su ausencia y luego el miedo al rechazo, pero lo vio sentarse en el borde de la cama.

—Ven aquí —le pidió.

Ella obedeció. Una vez que estuvo frente a él, Lucian hizo un gesto indicándole que se diera la vuelta. Le quitó el vestido, y se dio cuenta de que no llevaba enaguas. Solo una camisola, un corsé y medias de lana.

—Ahora, siéntate aquí.

El corazón se le aceleró en el pecho cuando comprendió que él quería que se sentara en su regazo. Pero no dudó. En un segundo, Lucian la había acomodado a horcajadas sobre él. Luego cubrió su boca con otro beso, que no tuvo nada de tierno ni de comedido. Ella se lo devolvió y pronto se sintió ansiosa por sentir más. Comenzó a moverse sobre el regazo de Lucian notando su deseo tenso. Él dejó escapar un gruñido en su oreja, antes de tomar el lóbulo entre los dientes. Cuando ella gimió, sorprendida y excitada, él la recompensó con un recorrido de besos trazando la línea de la mandíbula y el cuello. Notó el pulso en su garganta. Alzó la cara y la miró. Tan hermosa, sugerente y excitada que tuvo que apretar los dientes para controlarse.

Iría con calma. Disfrutaría de esos instantes entre ellos, sabiendo que no podían ni debían repetirse.

Ella, sin embargo, estaba ansiosa. Tomó la cara de Lucian entre sus manos y le suplicó en la boca:

—Desnúdame.

¿Podía resistirse? No. Por supuesto que no. Así que le quitó el corsé y la camisola y la contempló, desnuda.

A pesar de que la estancia estaba prácticamente a oscuras, podía ver

las formas femeninas y las acarició con dulzura, porque se había propuesto no dejar un centímetro de la piel de Catalina sin acariciar ni besar.

Él le había dicho que había más formas de sentir placer y ella lo estaba comprobando con cada gesto de Lucian. La boca era suave y luego exigente, y las manos acariciaban, sumiéndola en una dulce tortura que había envuelto su mente en una neblina dominada por sensaciones desconocidas.

Luego él la tomó por la cintura y sin soltarla, la tumbó en la cama sobre las mantas.

—Quítate la ropa.

—Es la única cosa que me mantiene en mi propósito así que no me lo pidas, porque no puedo...

—¿Tu propósito?

—No, Catalina, el tuyo...

Las manos de Lucian descendieron por las caderas y luego con la derecha acarició la zona entre los muslos, para luego ascender hasta el centro donde ella sentía el deseo, como una llamarada candente. Catalina contuvo el aliento al principio, pero luego dejó escapar un suspiro de ganas.

Los dedos acariciaron e indagaron con ternura, buscando el punto de placer. No tardó en encontrarlo. Catalina gimió y se abandonó a aquellas caricias. Pronto se sintió como el mar, con olas que se alzaban y crecían, tomando impulso.

—Lucian, Lucian...

Él mordió levemente la piel de su cuello sin dejar de acariciar su centro con pericia, guiado además por la intensidad de los gemidos de Catalina, que pronto se agitó y vibró.

Él se permitió mirarla. Tenía los ojos cerrados y una expresión saciada en el rostro, con una sonrisa que él deseó ser capaz de provocarle cada día.

Luego se dijo a sí mismo que no era posible.

Catalina abrió los ojos justo en el momento en que Lucian parecía triste, desolado.

Se preguntó por qué. Se incorporó y acarició su cara desde el mentón a la barbilla.

—El último favor, Catalina. Tal y como me has prometido.

Ella asintió con la cabeza, pero el nudo en su garganta se había hecho intenso y pesado.

Lucian se levantó de la cama y se alejó hasta la puerta. Se sentía miserable. Igual que ella.

Durante una fracción de segundo deseó que ella le pidiera otro favor. Que se quedara. No solo esa noche.

Para siempre.

Pero ella no dijo nada.



—Vaya cara llevas, camarada— le dijo Ada. Lucian, que estaba sentado en una incómoda silla frente a la estufa, alzó un hombro con fingida indiferencia y dijo:

—No sé de qué me hablas.

—Es por ella, ¿no? — Ada hizo un gesto con la cabeza señalando hacia arriba, hacia donde sabía que Catalina estaba —. ¿Os habéis acostado ya?

—¡No!

Ada se sentó en el brazo de la silla, con aire despreocupado.

—Pues todos aquí nos hemos dado cuenta de que tenéis algo.

—¿Todos?

—Los adultos— aclaró ella con una sonrisa—. Y las alumnas de Catalina te pillaron el otro día mirándola desde la puerta. No hablan de otra cosa.

—¡Maldición! Pues he tratado de comportarme.

—Y lo has hecho ¿no? Por eso estás aquí y no con ella, en la buhardilla.

—No me faltan ganas, créeme. Hace tanto que...

—¿Cuánto?

—¿Vas a reírte?

—Probablemente. Ya sabes cómo soy.

—Tengo veintinueve años. Mi mujer murió hace cinco.

Ada parpadeó en cuanto la verdad caló en ella.

—¿Cinco años, Lucian? Te admiro, más de lo que lo hacía.

Lucian dejó escapar una risa que era amarga y triste y llena de dolor.

—Pero no es solo es deseo lo que tengo con ella... Esa mujer me ha demostrado que es valiente. Que es fuerte. Y tengo debilidad por las mujeres así.

—Bueno, dicen que lo primero es reconocerlo.

—¿Lo primero para qué?

—Para tomar una decisión sensata.

—Ya la he tomado. No puedo estar con ella. Se merece a alguien mejor. A ese Duque de Henderson. Que, por cierto, fue a buscarte a una reunión clandestina. ¿Hay alguna cosa que quieras contarme, camarada?

—No.

—Al menos yo he sido sincero.

—Y yo también.

—Ada, al menos dime que sabes que ese hombre no es...

—Para alguien como yo. Lo sé.

—Igual que Catalina no es para mí.

—Porque estás asustado.

—¿Cómo dices?

—Lucian, sé por lo que pasaste. Créeme. Yo me quedé embarazada y Andrew murió en la fábrica. Días después, perdí al bebé y me tuve que reincorporar al trabajo, aún sangrando. ¿Cómo crees que estaba? Por eso

perdí el trabajo, porque no podía rendir bien y el patrono no lo entendió. Así que le dije todas las cosas que pensaba de él y me despidió. Pero a pesar del dolor, de la desesperación... Si algún día conozco a alguien, quiero volver a intentarlo. A pesar del miedo, del dolor, de la tristeza, me queda esperanza.

—Ada, lo siento. No lo sabía —dijo él, afligido.

—No, yo lo siento más...Por ti. Porque esa promesa que hiciste te está haciendo perder a una muchacha a la que le importas. Y que te importa a ti también. Y perdona mi atrevimiento, pero creo que tu esposa no habría querido esto para ti.

Lucian apretó los dientes para mantener a raya el dolor. Porque lo que Ada acababa de decirle era cierto.

Lara, su esposa, había sido optimista y vital hasta su último aliento. No habría querido verle tan abatido, porque era una mujer que trataba de buscar la felicidad en los más mínimos detalles e incluso en los momentos más adversos.

Pero perderla fue un golpe tan duro, que pensó que nunca podría superar algo así de nuevo, que no podía creer en la esperanza si luego la vida se la arrebatava de nuevo con su característica crueldad.

Y tal vez había tomado el camino más fácil: vivir para la lucha, para la rebelión, ayudando a camaradas...Para que así el tiempo transcurriera y con él, en cierto modo, se mitigara el dolor...Hasta sentirse tan vacío que no necesitara a nadie más.

Pero se había encontrado con Catalina, una muchacha que era opuesta a él, tanto como el día a la noche, pero que había resultado tan brillante que él había quedado deslumbrado...Y mucho más.

—Yo no soy tan valiente como tú, Ada. Nunca lo he sido —confesó él,

con la voz quebrada.

—Pues es una lástima, que pierdas esta oportunidad, Lucian, por una promesa a alguien que ya no está.



A la mañana siguiente, Ada salió con los muchachos más pequeños a Hyde Park para disfrutar de la nieve. Al llegar se dio cuenta de que el parque era un hervidero. Decenas de londinenses habían tenido la misma idea: jugar con la nieve, deslizarse con improvisados trineos, hacer muñecos e incluso, patinar en el Serpentine, que había amanecido helado.

Mientras los niños jugaban a su alrededor, haciendo un gran muñeco, ella se fijó en la gente que patinaba.

La mayoría se trataba de aristócratas, abrigados con pieles sobre elegantes piezas de colores. Muchos patinaban con cierta maestría sobre unas cuchillas que se anudaban en las botas y botines. Algunos formaban grupos, que se tomaban de las manos para mantenerse en pie. Sorprendentemente, había jóvenes que reían, casi de manera inapropiada, ante su torpeza.

Se fijó en un grupo de damas, que dirigían su atención a un punto concreto.

Ada también lo hizo.

Había un hombre alto, patinador experto, que avanzaba a gran velocidad hacia la orilla, provocando el asombro del resto. Ada vio que vestía con una capa granate y pantalones ceñidos de franela. A medida que avanzaba se fijó en el chaleco marrón, en el pañuelo bien anudado y en el sombrero de copa que cubría gran parte de su cara, porque la mantenía gacha, hasta que llegó a la orilla, donde dos mujeres le aguardaban.

Cuando alzó la cara y sonrió, Ada sintió que el corazón brincaba en su pecho.

Estúpido corazón.

—Eres un magnífico patinador, Matthew —dijo una de las mujeres.

—Gracias, Minerva —respondió él educadamente, pero sin entusiasmo.

—Mi hijo logra el éxito en todo cuanto se propone —añadió la otra mujer.

—Usted siempre tan generosa, madre —Matthew sonrió.

A unos metros, Ada se quedó prendada de su sonrisa, de lo hermosa que era. Bueno, tenía ojos en la cara. Hasta donde ella sabía, aún sentía cosas. Aún podía admirar la belleza, aunque la poseyera un duque.

Con ese pensamiento llegó otro. *¡Qué injusta era la vida!* Mientras unos carecían de todo, el duque de Henderson tenía una fortuna, una reputación intachable y una sonrisa que hacía que el corazón se acelerara.

Algo que era algo absurdo, por supuesto.

—¡Señorita Smith! —la llamó uno de los niños gritando —. ¡Ya hemos acabado el muñeco, pero le falta la cara!

Ada sacudió la cabeza, tratando de eliminar el recuerdo de esa sonrisa y se dio la vuelta para atender a los pequeños que tenía a cargo. Se encontró con que habían hecho un muñeco de dos piezas cuya cabeza estaba tan ladeada que podía caer al suelo en cualquier momento.

Sonrió.

—Antes de convertirlo en un temible pirata debemos arreglar esa cabeza. ¡Venid, ayudadme!

Apenas había recolocado el montón de nieve unos centímetros más arriba cuando oyó una voz masculina que la llamaba:

—Señorita Smith.

La ignoró, a pesar de que sabía quién hablaba. A pesar de que conocía perfectamente que a los duques no se les ignoraba.

Dirigió todos sus esfuerzos a la nieve, golpeándola, pero cuando se dio cuenta, los niños que la acompañaban tenían la atención justo detrás de ella... Y por la expresión de sorpresa y los ojos muy abiertos de los pequeños, supuso que se sentían impresionados por el porte y la altura de aquel hombre.

Bueno, al menos no era la única que se sentía así.

—Señorita Smith —le dijo de nuevo.

Ada inspiró profundamente para infundirse valor y se dio la vuelta. Sintió que el corazón se le aceleraba, pero no quiso que se le notara.

—Su excelencia, buenos días. Qué agradable sorpresa.

Y entonces él volvió a sonreír.

—Así es, señorita Smith —respondió él, con su afectado acento aristocrático —. Una sorpresa y un reencuentro que esperaba.

Ella no se molestó en ocultar su sorpresa.

—Estoy seguro de que su amigo irlandés le ha expresado mis deseos de volver a verla.

—Algo que no comprendo, su excelencia.

Matthew ladeó la cabeza y miró hacia la orilla, donde dos mujeres le observaban con el ceño fruncido. Ada se dio cuenta de ello y dijo:

—Y al parecer, tampoco sus acompañantes, así que, si me disculpa, tengo que seguir convirtiendo a este muñeco en un temible pirata. ¡Buenos días! —se dio la vuelta dispuesta a ignorarle, deseando que él se alejara.

Los niños tampoco se habían movido.

Ada se puso aún más nerviosa, sobre todo, cuando notó que él se colocaba a su derecha.

Alzó la cara y lo vio deshacer el perfecto nudo de su pañuelo.

Luego sus ojos volaron indefectiblemente a sus manos enguantadas que colocaron el pañuelo alrededor del cuello del muñeco de nieve.

—¿Qué hace?

—Abrigar a su pirata.

—Su excelencia...—dijo ella, con un tono ligeramente airado —...Me parece que usted demuestra un desconocimiento absoluto sobre las vestimentas de los piratas.

—¿Eso cree? —él alzó una ceja, divertido.

—Así es.

—¿Y dónde podría enmendar mi error? ¿Dónde podrían enseñarme qué clase de ropajes luce un temido pirata?

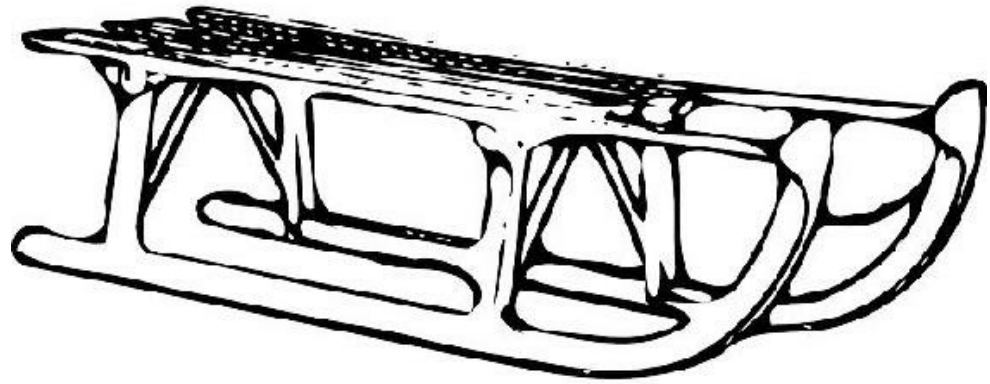
—En el orfanato Hastings —dijo Andrew, el más pequeño de los muchachos, que contaba con apenas cuatro años —Allí la señorita Smith nos enseña cuentos sobre piratas.

Matthew miró a Ada con una deslumbrante sonrisa en la cara que ella tuvo ganas de borrarle de un puñetazo porque había conseguido justo lo que quería.

—¿En el orfanato Hastings? ¡No lo olvidaré! —Hizo una reverencia educada —¡Buenos días!

Por primera vez en meses Ada sintió que esa esperanza que en su corazón nunca había conseguido apagarse, se teñía de algo parecido al anhelo.

Y al miedo.





Aquel día, uno de los hijos de Karl Marx, Edgar, el único varón, enfermó gravemente.

A Lucian se lo dijeron en una reunión clandestina en la estación de Whitechapel. Por eso, Karl Marx no había podido acudir.

A pesar de que no conocía demasiado a aquel hombre, Lucian se sintió devastado. Había dolores universales, de esos que se compartían por empatía y por compasión.

Cuando la reunión acabó, no sabía muy bien si acercarse a apoyar a la familia o no. Se retorció la gorra entre las manos. Había visto y vivido muchas cosas y a pesar de eso, la enfermedad de un niño siempre se le enquistaba en el alma.

Se plantó en Dean Street, frente al edificio de tres plantas donde sabía que aquel hombre vivía con su familia, siempre vigilado por la policía.

De hecho, Lucian miró en derredor para comprobar si encontraba a alguien de las fuerzas de seguridad. En una esquina, un caballero vestido de oscuro le pareció sospechoso, sobre todo, porque se cubría el rostro con un pañuelo y con un sombrero calado. Agudizó la vista, por si averiguaba quién era, pero al verse descubierto, el espía se agazapó en las sombras del callejón. Lucian pensó acercarse, pero entonces, oyó que le llamaban.

Se giró y se encontró con Karl Marx. Parecía cansado, tenía unas bolsas pronunciadas bajo los ojos y aire taciturno.

— Señor Monroe...Supongo que ya ha averiguado la razón de mi ausencia a la reunión que teníamos.

— Sí, así es y venía a preguntar por el estado de su hijo.

Él asintió con un gesto cargado de emoción.

— Nos ha tocado vivir tiempos tan difíciles... ¿verdad?

— Sí, así es, señor.

— ¿Me acompaña? Voy a la Sala de Lectura del Museo Británico, a escasos quince minutos de aquí. Mi esposa ha insistido en que salga de casa.

— Claro, le acompaño encantado.

Caminaron sobre la nieve sin hablar.

— ¿Sabe que el Támesis ha amanecido congelado?

Lucian negó con la cabeza, sorprendido.

— ¿Cómo ha ido la reunión?

— Muy bien. Se han unido más hombres al Partido.

— Eso está bien. Muy bien.

— ¿Puedo hacer algo por usted o por su familia, señor Marx?

Aquel hombre alemán se detuvo.

— ¿Está casado?

— No, señor. Lo estuve, pero mi mujer falleció.

— Lo lamento. ¿Hace mucho?

— Cinco años ya. Y desde entonces me había mantenido...Solo. Sin tiempo para mujeres.

— Pero deduzco por sus palabras que algo ha cambiado.

— Sí...Ha aparecido alguien en mi vida, pero no quiero que sufra por

mi culpa. ¿Me entiende?

— ¿Sabe que mi esposa, Jenny, era aristócrata? Tenía una vida llena de lujos a su alcance y ha renunciado a todo por mí. Por seguirme. Es mi compañera, mi amiga, me espolea intelectualmente y si no fuera por ella, no habría podido acabar el “*Manifiesto comunista*”. No concibo mi vida sin ella... La amo desde que era un muchacho. Y días como hoy, sé que es más valiente que yo. Y mucho más fuerte. Qué curiosa la naturaleza de las mujeres... Son seres extraordinarios ¿no le parece? Son capaces, con su perseverancia, de hacernos perder el miedo.

— Lo son, ciertamente, pero reconozco que, a mí en ese aspecto, el miedo me atenaza demasiado y el amor... Solo me ha causado tristeza.

— Siempre he pensado que, ya que dedicamos la vida a luchar por el futuro, ¿por qué no hacerlo acompañados de mujeres valientes que nos hagan mejor de lo que somos? El amor es lo primero que enseña al hombre a creer en un mundo objetivo más allá de sí mismo.

Y ahí estaba. En las sabias palabras de aquel hombre había una verdad sobre Lucian. Que Catalina Wright lo hacía mejor de lo que era y que los sentimientos que ella había despertado en él le hacían creer que aún existía esperanza, que aún valía la pena vivir y, sobre todo, luchar.

Pese al miedo. Porque Catalina había ido arrancando poco a poco todas las capas de la coraza con la que se había armado hasta dejarlo con el corazón al descubierto.

Ese corazón que ahora latía por ella. Y tal vez era hora de demostrárselo.

Un rato después, Lucian se dirigía a toda prisa al orfanato con la esperanza de encontrarla allí. Había atravesado la ciudad, hundiendo los pies

en la nieve, que en algunas zonas superaba el metro de altura, con lo que, al llegar al orfanato, estaba cansado, helado y le dolían las piernas.

Solo esperaba que ella no se hubiera marchado todavía.

Se dirigió a la buhardilla, pero ella no estaba ahí. Bajó a toda prisa, directo al aula donde ella impartía clases. Al entrar, vio a una muchacha, llamada Janet, que sabía que trabajaba en una fábrica de fósforos. Luego sus ojos vieron a Catalina, de espaldas, escribiendo algo en la pizarra.

No estaba en su horario de clases, pero allí estaba, ayudando a aquella muchacha enseñándole a sumar.

— Deberían haberte pagado dos chelines más, Janet — dijo Catalina, haciendo un cálculo en la pizarra. Luego se dio la vuelta y miró un papel donde podía leerse el sueldo de la chica, a la que habían multado varias veces, con lo que había perdido casi todo su sueldo — No te los han contado, y te corresponden, si hiciste todas esas horas.

— ¿Sólo van a darme cinco chelines?

— Deberían ser siete, pero con todas las multas que te han puesto...

— Llegué tarde porque mi bebé está enfermo. Y luego rompí sin querer una caja. ¿Sabe que nos las cobran? Incluso los pinceles salen de nuestro bolsillo...Y yo...Y yo, estoy desesperada.

Catalina se mordió el labio inferior. Sabía que en muchas fábricas actuaban así. Su hermano en Manchester había sido el primero en abolir ese tipo de multas, pero ella conocía a otros patronos que consideraban que los obreros no eran más que piezas intercambiables, así que se permitían hostigarlos con multas y presiones hasta que cedían o morían. Lo que a veces, era lo mismo.

— Mira, Janet...Yo no puedo ayudarte mucho. Es su palabra contra la

tuya en lo de las horas. Si encuentras a una compañera que demuestre que las has hecho...

— ¡Lo he intentado! — exclamó, llorando — . Pero nadie quiere implicarse.

— No llores, Janet — dijo Catalina, tomándole de las manos y apretándoselas — Si quieres, puedo darte el dinero que necesitas este mes.

— ¿Lo haría, señorita Wright?

— Claro. ¿Te vienen bien diez libras?

— ¡Oh, gracias! ¡Me salva la vida!

Lucian lo observó todo en silencio, con el corazón acelerándose a cada minuto. Tenía tantas cosas que decirle... A él, que siempre se le habían dado bien las palabras, de repente sentía que se le habían acabado.

¿Cómo empezar? Tenía tanto que suplicar, tanto perdón que rogar... Tantos sentimientos que expresar.

Entonces, ella lo miró. Al descubrirlo, la sorpresa bañó su expresión, que rápidamente se volvió triste.

Perdóname, Catalina. Perdóname.

¿Qué hacía él allí y cuánto rato estaba escuchándola? Después de haberse marchado de la buhardilla, dejándola sola y con el corazón roto, ahora estaba allí, a unos metros, con copos de nieve en el pelo rojo y en la ropa.

— ¿Querías algo, Lucian? — preguntó ella, sin saber cómo había sido capaz de mostrarse entera y tan fuerte.

Lucian dio varios pasos, quebrando la distancia que los separaba. Luego, tomó su cara entre las manos.

Ella quiso retroceder, pero no lo hizo. Estaba helado, y algunos copos de nieve se habían quedado prendidos a su ropa y a sus mechones rojos, pero no importaba. Apoyó su frente en la de ella y ambos cerraron los ojos.

Sentían demasiadas cosas. Pero no se atrevieron a decirlas.



Janet abandonó el orfanato poco después. Llevaba las diez libras escondidas en la falda, y tenía pensado evitar todo lo posible los callejones que ya sabía que entrañaban más de un peligro.

Sin embargo, alguien la siguió hasta su hogar, en el barrio de Spitafields.

El desconocido la abordó en su portal y ella trató de huir ante el rostro que vio.

— No tenga miedo, señorita. No voy a hacerle daño. Solo quiero algo de información...Y estoy dispuesto a pagarla.



En un lugar como aquel, tan transitado, no había intimidad. Lucian y Catalina no tardaron en descubrirlo. Después de que se marchara Janet, justo cuando el irlandés estaba a punto de expresarle sus sentimientos, Clarisse entró como una exhalación pidiéndole ayuda con los muchachos más mayores que se habían peleado de nuevo. Así que, con todo el dolor de su corazón, Lucian había dejado allí a Catalina, no sin antes pedirle que lo esperara para hablar.

Y Catalina había visto cómo la esperanza crecía en su corazón. ¿Qué iba a decirle Lucian? ¿Y si después de lo que había pasado la noche anterior, Lucian por fin había claudicado y había decidido expresar sus sentimientos? Sabía que la deseaba, pero lo que ella anhelaba en realidad era que él hubiera perdido el miedo a amar gracias a ella. ¿Y si eso era lo que quería decirle? Aguardó un buen rato, sintiendo que los nervios crecían en su interior a la par que la ilusión.

— Señorita Wright — Michael estaba en la puerta del aula — . Hay un caballero en la puerta de atrás que quiere verla.

— ¿Un caballero?

— Sí...pero... — Michael estaba nervioso.

— ¿Qué pasa, Mike?

— Dice que es policía.

Catalina contuvo el aliento. ¿Un policía? ¿Y si había venido buscando a Lucian? Si era así, tenía que ganar tiempo.

— No pasa nada. No estés asustado. Seguro que ha venido a ayudar. La policía está para eso — le dijo ella, tratando de tranquilizarle — Avisa a

Clarisse.

El pequeño asintió y Catalina se encaminó a la parte de atrás atravesando el pequeño huerto, ahora nevado. Abrió la portezuela que daba al callejón. Sabía que ese barrio no era recomendable. Clarisse fue lo primero de lo que la advirtió.

Localizó al caballero, que se dio la vuelta.

— ¿En qué puedo ayudar...? — pero el miedo se tragó el resto de palabras porque acababa de encontrarse cara a cara con la venganza.



La tarde se complicó para Lucian, porque le costó que los muchachos se perdonaran y olvidaran las rencillas más de lo que esperaba.

Cuando todo acabó, fue a buscar a Catalina. No la encontró, así que imaginó que había vuelto al hogar Hastings. En lugar de tomar un carruaje de alquiler, fue andando, mientras pensaba qué podía decirle. Habían pasado tantas cosas entre ellos...No tenía nada que ofrecerle, salvo su corazón repleto de sentimientos sinceros que tenía olvidados hasta que la había conocido a ella. A la verdadera Catalina, inteligente, dulce, intrépida, apasionada y fuerte.

Una vez en el interior de la mansión, se encontró con Henrietta.

—¿Dónde está Catalina?

Henrietta lo miró, confusa.

—En el orfanato. Sus clases deben haber empezado hace una hora.

Lucian negó con la cabeza mientras el terror le atenazaba la garganta en forma de presentimiento.

Henrietta se dio cuenta de que Lucian se había puesto lívido, de que los músculos se habían vuelto rígidos y de que sus ojos...parecían congelados.

—¿Qué sucede?

—No está en el orfanato.

Las palabras salieron fáciles, pero quemaron a su paso.

—¡Oh, Dios mío!

Lucian revisó cada habitación de aquella mansión, llamándola a gritos. Luego, el jardín, mientras Henrietta preguntaba a Timmy. No había vuelto por allí desde el día anterior cuando la nevaba los había dejado incomunicados.

Con el carruaje, visitaron el hogar de Nicole, la duquesa de Arlington y de un par de nobles más. Nadie la había visto.

Cuando llegaron a Mayfair, el mayordomo del duque de Henderson les informó de que Matthew no estaba allí.

A cada minuto, Lucian notaba que el miedo se encadenaba a otros sentimientos formando un lazo que amenazaba con ahogarle.

Después de descubrir que había vuelto a enamorarse, después de sentir cómo había florecido de nuevo la esperanza... ¿Vería de nuevo cómo lo perdía todo?



Ya había caído la noche en el orfanato cuando alguien aporreó la puerta de la entrada.

No era algo extraordinario, ya que estaban acostumbradas a que padres desesperados llevaran allí a sus hijos o en ocasiones, eran los mismos niños los que acudían, huyendo del terror en sus diversas variantes. Que eran muchas en sitios como las calles colindantes del barrio de Whitechapel.

O tal vez fuera Lucian, que había salido y aún no había regresado.

Ada bajó las escaleras, siguiendo a Clarisse, que se apresuró a abrir la puerta. Al otro lado, con la ropa calada por la nieve, se encontraba el Duque de Henderson.

— Su excelencia... — dijo Clarisse, sorprendida. Ada se preguntó por qué aquella mujer lo conocía. Luego comprendió que a los poderosos se les reconocía en cualquier parte —. ¿Se encuentra bien?

— Yo... — dijo él, con una expresión desolada — ¿Puedo hablar con la señorita Smith?

Clarisse ladeó la cara hacia ella, interrogándola con la mirada. A Ada le costó reaccionar.

— Claro, sin problema —dijo al cabo de unos instantes.

—Tenemos una salita donde recibimos a las familias. Vamos allí, Ada.

—Sí, buena idea —respondió ella, agradeciendo que la mente de Clarisse funcionara con rapidez. No como la suya, que estaba bloqueada ante la presencia allí de aquel hombre.

Matthew siguió a las dos mujeres hasta una estancia en la primera

planta. Era un despacho sobrio, limpio, en el que una chimenea permanecía encendida. Sobre el escritorio, había papeles y una vela. Supuso que allí registraban los datos de los niños que se alojaban en aquel lugar, huyendo de la muerte y de la miseria. Aunque él mismo destinaba un dinero de su fortuna a caridad, nunca había estado tan cerca de personas que se ocuparan de velar por los más desfavorecidos. Ada le había acusado al conocerse que él había sido alimentado con cuchara de plata. Y aunque había sido así, notaba que en él se estaba despertando una nueva conciencia.

Y sabía quién era la causante.

— ¿Quiere una toalla o algo para secarse? —le preguntó ella, que lucía un vestido de lana azul.

— Se lo agradecería.

Ada asintió con la cabeza y unos instantes después, apareció con una toalla blanca, que Matthew agradeció cortésmente.

Clarisse entró con una bandeja con la tetera y dos tazas y la depositó en el escritorio. Y entonces le hizo un gesto a Ada que ella entendió demasiado bien y que la sonrojó de inmediato.

Se marchaba. Así que ella se iba a quedar a solas... Con él.

Ada se sentó y vertió el contenido de la tetera en ambas tazas, tratando de no derramar demasiado.

— ¿Qué le ha sucedido, su excelencia? ¿Le han asaltado?

— No —él sonrió, con tristeza —...Al menos, no dos desconocidos.

— ¿Qué quiere decir?

— Después de nuestro encuentro junto al Serpentine, ya en mi hogar, la baronesa de Lisbrook y mi madre, que viaja a menudo por el continente, pero

que regresó hace unas semanas para establecerse en mi casa hasta el próximo viaje, me han incomodado—Matthew bajó los ojos—. Verá, Ada...Mi madre siente adoración por Minerva, así que ha creído las palabras que ella le ha contado. Palabras sobre mis desafortunadas compañías.

— Ya entiendo — dijo ella, alzando una ceja — . ¿Y se puede saber qué le ha dicho?

— Nada importante a mis ojos. Que usted no posee título, que es simplemente...

— Lo que le ha dicho es que básicamente soy un ser inferior, ¿no?

— Algo así. La ha reconocido. La recuerda de su valerosa aventura salvando al conde de Von Wessend.

— Bueno, no es incierto lo que le ha dicho. No tengo título, no me he criado aquí y lo más importante es que no tengo linaje...No soy como ella, desde luego.

— No, no lo es. Pero no por ello se merece su desprecio, ni el de nadie.

— ¿Por eso está aquí? ¿Para explicarme lo que una baronesa dice de mí?

— Sí, no... No lo sé. He discutido con ellas y sabía que no iba a encontrar paz en mi propia casa.

—Así que, como único acto de rebeldía de un duque privilegiado, ha venido a ver a la ladrona de su yegua. A una sindicalista.

—¿Está disgustada?

No. Ese no era el término. Esa no era la palabra. Ada sentía muchas cosas. Se echó a reír.

—¿Por qué habría de estar disgustada? ¿Por qué has venido aquí en plena noche para contarme que no soy lo bastante buena?

—No, no lo entiende. He venido para decirle lo contrario —Matthew se acercó a ella y le levantó el rostro por la barbilla con una dulzura que aceleró el corazón de Ada. —He venido para decirle que es demasiado buena. Mucho más que ellas.

Ada se mordió el labio, mientras admiraba la belleza de su rostro y de su cabello cubierto por copos de nieve.

— Sí, ya... — dijo ella, bajando los ojos con tristeza.

— Señorita Smith... ¿Qué sucede?

— Nada, su excelencia.

— Miente.

— No...

— He sido sincero con usted, creo que merezco lo mismo... —Él la observó fijamente durante un largo rato antes de inclinarse hacia ella, a unos pocos centímetros. Ada se olvidó de respirar ante aquella cercanía.

— Creo que merece mucho más, su excelencia.

— ¿Mucho más?

— Mucho más que yo. Y algún día, lo entenderá.

Se obligó a sí misma a alejarse y se acercó a la chimenea. Ella se negó a girarse en el momento en el que el duque se colocó detrás de ella, alto, fuerte, con todas esas capas de ropa empapadas que insinuaban los músculos que había debajo.

— Sea sincera conmigo, Ada. ¿Qué sucede?

— Lo que sucede es que no soy de piedra, Henderson. No puedo estar a solas con usted sin desear cosas... Y créame cuando le digo que lo mejor para su excelencia es que yo no desee nada con usted.

Se hizo un silencio y Ada pensó que sus palabras habían tenido el efecto que deseaba: ahuyentar al duque. Sin embargo, notó las manos de aquel hombre bellísimo en sus hombros y a pesar de que todo su cuerpo reaccionó, no se movió.

— Yo también deseo cosas... — dijo él, con una voz baja y suave, que parecía un torrente de miel líquida — No dejo de pensar en la otra noche, hablando hasta la madrugada. Sé que fue fruto de las circunstancias. Pero la forma en la que conectamos me persigue cada vez que cierro los ojos. Por eso quería hablar con usted, porque deseaba de nuevo su cercanía.

Ella se giró lentamente y alzó la cara para enfrentarle.

— Pues no la desee. No soy buena para usted — intentó hablar con firmeza, pero su voz flaqueaba.

— Deme una sola razón. Y que no le tiemble la voz al hacerlo, señorita Smith.

— Yo no soy lo que usted...

En ese momento, él inclinó su cara hacia ella y la besó en los labios. Ella quiso apartarse, pero no pudo hacerlo. Sintió el calor de su boca sobre la suya, y aunque fue apenas un roce, su corazón enloqueció.

No era la primera vez que la besaban, pero sí la primera vez que a ella le temblaban las piernas. Cuando él se apartó, había cautela en su expresión. Matthew esperó la reacción de Ada, con el corazón en un puño. Se fijó en sus ojos, sorprendidos, y en su boca voluptuosa, ligeramente entreabierta.

Ella se puso de puntillas, le agarró por el cuello de la camisa y le

devolvió el beso.

Y el intachable duque de Henderson no pudo hacer otra cosa que rendirse. La estrechó contra él, y cuando descubrió que a ella no le importaban las ropas mojadas que lucía, la abrazó aún más fuerte al tiempo que hundía su lengua en la boca de Ada. Ella dudó unos instantes, pero imitó el movimiento del duque y entonces, el beso se intensificó y sus lenguas jugaron. Y durante un buen rato, se besaron de muchas formas, indagando, probando, saciándose.

Hasta que una voz les interrumpió.

Se separaron con rapidez y Ada vio a Lucian, al otro lado de la puerta, con la apariencia de un hombre desesperado.

Roto.

—¿Qué pasa, Lucian?

—Catalina ha desaparecido.

Ada miró a Matthew, tan sorprendido como ella.

—Fue un hombre extraño —intervino entonces Michael, apareciendo por detrás de Lucian—. Dijo que era policía y que buscaba a la señorita Wright. Yo le dije que fuera por atrás...Y...Y...¡Lo siento!

Ada caminó hasta Mike y lo estrechó entre sus brazos.

—Vayamos a mi casa —dijo Matthew—. Voy a hablar personalmente con el comisario Sinclair. —Luego miró a Lucian, que parecía a punto de perder el juicio—. Vamos a encontrarla.



Dolor. Catalina lo sintió en cuanto abrió los ojos. En la cabeza, extendiéndose desde su nuca hasta su frente. En su boca, amordazada con un paño que le dio arcadas. Y luego, notó el dolor en sus muñecas, atadas con una cuerda. Miró a su alrededor. Estaba en una habitación oscura, pero había unos portillos redondos por los que entraban los primeros rayos del amanecer. Agudizó el oído. Se oían gaviotas y voces en el exterior, así que se imaginó que estaría en los muelles. Pero cuando comprendió que aquel lugar experimentaba un ligero vaivén supo que estaba en la bodega de un barco. A su alrededor, cajas de madera apiladas con nombres de mercancías y entre ellas, hecha un ovillo, había alguien. Janet.

Se la habían llevado con ella. Como tenía los pies libres, caminó hasta ella y se arrodilló. La tocó con las manos, deseando que estuviera viva. Cuando la joven abrió los ojos, ella respiró aliviada.

Luego un terror indescriptible atenazó a Catalina. ¿Dónde estaban? ¿Qué iban a hacer con ellas? Rodeó a Janet con sus brazos y la estrechó contra su cuerpo. Hacía frío y una humedad que se colaba por debajo de la ropa, por lo que podían morir congeladas si nadie los encontraba.

Janet sollozaba.

Pero entonces escucharon pasos por encima de sus cabezas. Catalina localizó unas grietas por las que se colaba la luz. Distinguió dos hombres que se reunían.

—¿Qué demonios has hecho? —dijo el comisario de policía, al que Catalina reconoció al instante —¿Sabes quién es la muchacha que tienes ahí abajo?

—Solo una muchacha, pero ese cartista al que busco tiene algo con ella —habló una voz, con fuerte acento de Manchester.

—¿Solo una muchacha? ¡Por el amor de Dios, Credence! ¡Es Catalina Wright! La hermana del molinero más poderoso de tu ciudad.

—No....Me dijeron el apellido, pero no pensé...No puede ser. Conozco a esa familia. Su madre, Helena, era una mujer feroz...

—¡Y no solo eso! ¡Es la prometida del duque de Henderson! Ha venido en persona a buscarme para exigirme que le informe de los progresos de la investigación. Sabe que has sido tú... He intentado mentirle para ganar tiempo, pero ese hombre es de los más poderosos de Inglaterra, tiene contacto con la mismísima reina Victoria. Y si se lo propone, acabaré en el cadalso. Y te aseguro —Dio un par de pasos que sonaron por encima de la cabeza de Catalina —...Que te arrastraré conmigo, así que libérala.

—Ese maldito me hizo perder un ojo...Creo que merezco venganza.

—¿Y por qué te hizo algo semejante? —dijo, agarrándole del cuello — Ambos sabemos qué hiciste aquella maldita noche para merecerlo. No te lo vuelvo a decir, Credence. Libera a la muchacha y llévala sana y salva a la mansión Henderson o yo mismo.... Te mataré.

—De acuerdo. Pero ¿puedo quedarme a la otra chica?

—Haz lo que quieras con ella. Pero tienes hasta mañana por la noche para liberar a Catalina Wright.

Cuando los hombres abandonaron la cubierta, Catalina y Janet permanecieron abrazadas un buen rato en silencio, pendientes de cada sonido, de cada crujido, por si Credence regresaba. Cuando se cercioraron de que no era así, al menos en ese momento, Catalina se puso en pie. Miró aquel lugar. Había cajas, sacos. Abrió uno de ellos. Había té. Se acercó al portillo. Pudo

ver el río Támesis, que estaba congelado. Por eso el barco apenas se movía.

Iba a salir de allí y se llevaría a Janet con ella. Solo tenía que averiguar cómo.

Pronto localizó un gancho de acero en uno de las paredes. Supuso que se usaba para colgar cosas. Metió las manos, de manera que el gancho quedaba en contacto con la cuerda. Comenzó a mover los brazos, arriba y abajo, generando una fricción con el movimiento que esperaba que deshiciera la cuerda. Notaba como se le herían las muñecas en el proceso, hasta quedarse en carne viva, pero cuando pensaba que el dolor y el agotamiento la vencerían, la cuerda se partió, lo que le permitió liberar las manos. Se apresuró a quitarse la mordaza. Acto seguido, corrió hasta Janet y la liberó.

La abrazó, asegurándose de que estaba bien, de que no estaba herida de gravedad.

— Lo siento, señorita. Me dijo que me daría dinero si le contaba todo lo que sabía sobre Lucian. Le dije que les había visto abrazados y ... Lo siento, lo siento.

— No pasa nada, Janet —. Con una renovada determinación, le prometió que saldrían de allí.



—¿Alguna noticia? —preguntó Ada en cuanto Matthew atravesó el umbral. Había tardado casi una hora en volver y Lucian no se había vuelto loco de milagro.

El duque se quitó el sombrero de copa, lo dejó en una mesa cercana y con pesar en la expresión, negó con la cabeza.

—¡Maldición! —exclamó Lucian. Se dejó caer de rodillas en el suelo y se cubrió la cara. Estaba desesperado.

No podía creerlo. No podía creer que su maldición se hubiera cebado con la mujer que amaba. Otra vez. ¿Dónde podía estar? ¿Qué le habían hecho? ¿Volvería a verla? Rogó a Dios en silencio, como hacía años que no hacía. Porque deseaba que existiera una esperanza, por mínima que fuera, de que ella estuviera sana y salva en algún lugar.

Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por encontrarla.

—Lucian, la encontraremos —musitó Ada, alargando la mano hasta él para acariciar sus cabellos. Lo vio negar con la cabeza.

—Sé que es mi culpa. Yo la he puesto en peligro...

—¡Eso no lo sabes! ¡Puede haberle pasado muchas cosas!

—Sí que lo sé. Ella me avisó de que estaba en peligro, pero no le hice caso. Seguí provocando al destino, esperando que me encontrarán...Y, sin embargo, ha sido la que ha pagado por mis pecados, los mismos que me trajeron a esta ciudad.

—Mi amigo el comisario se ocupará, señor Monroe. Confío en él. He sido tajante al respecto.

—¿Tu amigo el comisario sabe quién se la ha llevado?

El duque bajó los ojos. Tenía una sospecha por la reacción que había tenido el comisario Sinclair. Y, de hecho, había sido tajante en sus palabras, en la clara amenaza que había empleado si le sucedía algo a Catalina. Solo esperaba que ese hombre que siempre había sido ambicioso, prefiriera su carrera (y su vida) a su amistad.

—Creo que sí. Es alguien de Manchester. Una noche, en un baile, oí una conversación en la que hablaban de que alguien llegado de esa ciudad, que había servido en el ejército con Sinclair, te buscaba.

Las piezas en el puzle encajaron de repente en la mente de Lucian. La carta que le había enviado el doctor Hastings contenía una advertencia.

El policía que había asesinado a Michael...Credence Mallory, que sentía una animadversión salvaje hacia Lucian después de cómo había quedado tras aquella noche...

—¡Maldición! Se la ha llevado el asesino de Michael.

—¿Qué? —preguntó Ada —¿Qué estás diciendo, Lucian?

—La razón por la que hui de Manchester fue porque motivé una huelga. Todo marchaba bien hasta que alguien gritó que venía la policía. Huimos casi todos, pero un muchacho quedó atrás porque un policía, Credence Mallory estaba apuñalándolo. Traté de salvarlo. Me eché encima de ese hombre y estaba seguro de que lo había matado, pero sobrevivió. Hace poco leí una carta del doctor Hastings advirtiéndome de que ese hombre quería vengarse de mí a toda costa. Seguro que está aquí, en Londres. Y ha averiguado que ella me importa. Esta es su venganza.

Se hizo un silencio, que solo interrumpía el crepitar de la chimenea.

—Bueno, yo he tomado ciertas precauciones para averiguar la verdad

—dijo entonces el duque —. He enviado a uno de mis empleados para que siga a Sinclair. Si se ha reunido con ese hombre, no tardaremos en saber dónde.

Ada miró a Matthew. Por primera vez desde que lo conocía, lo admiró. Sabía que era un hombre culto, pero, además, era inteligente. Cuando él la sorprendió mirándole, hizo un leve gesto con la cabeza en señal de admiración.

El mayordomo Charles abrió la puerta del despacho.

—Su excelencia, Jimmy está aquí.

—Hazle pasar. ¡Rápido!

Lucian se fijó en un muchacho que entraba con premura. Llevaba ropas oscuras cubiertas por la nieve. Se quitó la gorra e hizo una reverencia.

—¿Qué has averiguado?

—Sinclair se ha dirigido al este. A la Isla de los Perros. Lo he visto subir a un barco. La nevada apenas me dejaba ver, pero había alguien más con él. Se han enfrentado. Desde mi escondite me llegaban los gritos.

—Seguro que la tiene ahí. ¿Cómo se llamaba el barco?

—La esperanza de Eve.

—De acuerdo. ¿Alguien conoce a algún estibador que pueda darnos información de ese barco?

Ada y Lucian se miraron. Conocían a varios camaradas que trabajaban en los muelles.

—Sí —respondió Ada.

—Pues vamos antes de que sea tarde.



Aquel lugar tenía un aspecto fantasmagórico, porque la nevada que había congelado el río había detenido la frenética actividad que bullía allí a diario. Decenas de hombres trabajaban allí, cargando y descargando, desde que habían abierto los West India Docks, conectando la Isla de los Perros con la ciudad. La niebla había bajado y cubría prácticamente todo. Lucian distinguió, a lo lejos, los mástiles de los barcos encallados en el hielo, con las velas plegadas y las cofas vacías en lo alto, como sombras oscuras que se recortaban en el blanco que los rodeaba.

Flanqueándole, su camarada Ada y el duque de Henderson, que había averiguado dónde tenían retenida a Catalina. Al parecer, había un navío cuyo dueño, un mancuriano, lo había perdido a causa de los acreedores y había tenido que abandonarlo en el muelle, con las mercancías en su interior.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Matthew, ajustándose los guantes.

—¿Y si es una trampa? ¿Y si el comisario le ha avisado y...? —preguntó Ada.

—Puede ser. Así que os vais a quedar aquí, a salvo— decidió Lucian.

—No —respondió Ada—. No vas a ir solo.

—Ada...—la voz de Lucian era dulce, un ruego más que una orden — Todo esto ha pasado por mi culpa. Es una venganza personal contra mí por lo que le hice en Manchester.

—Puede matarte.

—Y a vosotros también y no puedo consentirlo. Ya he perdido demasiado...

—Hemos llegado juntos hasta aquí —habló Matthew —E iremos juntos hasta el final.

—¿Por qué hace esto? —preguntó Lucian, entrecerrando los ojos con sospecha.

Matthew bajó la cara, eludiendo responder. ¿Qué podía decir? Que lo hacía por Catalina, una muchacha a la que había llegado a apreciar, pero el verdadero motivo era otro...

Tan valiente y arriesgado, tan inapropiado para alguien como él.

—Vamos, parece que no hay nadie —escuchó que decía Ada saltando a la cubierta. Admiró de nuevo su coraje. Era una mujer excepcional y sus sentimientos por ella estaban creciendo de una manera incontrolable, conduciéndole hacia algo desconocido.

Lucian saltó detrás de ella y luego le hizo un gesto a Matthew para que les siguiera. No tardó en hacerlo.

Caminaron despacio sobre la cubierta, que estaba resbaladiza en algunas por el hielo. No había nadie.

Lucian se agachó. Había pisadas recientes que atravesaban la cubierta hasta la zona central de acceso a la bodega. Las siguió. Distinguió huellas distintas que debían pertenecer a dos personas. Y entonces, vio una cadena con un cerrojo que cerraba una portezuela.

El corazón le dio un brinco en el pecho cuando percibió un leve movimiento, un temblor en la madera porque comprendió que había alguien intentando abrir desde abajo.



A pesar del miedo, del frío, del agotamiento, Catalina no se había rendido. Tenía los dedos heridos y sangrantes después de horas empujando aquella trampilla. Se había desgarrado la enagua para vendarse los dedos y las muñecas y lo había intentado hasta que le dolían las articulaciones.

El frío era intenso y poco a poco había ido adueñándose de los cuerpos de las dos mujeres, a pesar de que Catalina le había dicho a Janet que se moviera para que el calor no la abandonara del todo.

—Janet, aguanta...

Era difícil mantener la esperanza después de aquellas horas, sobre todo cuando en cualquier momento caería la noche...

Y hubo un instante, solo un instante en que Catalina sintió el miedo como algo real.

Sucedió cuando unos ruidos vinieron de arriba. Los identificó como golpes contra metal que retumbaban en la cubierta, sobre ellas.

—¡Es él! ¡Ya viene!

—Quédate ahí detrás —dijo Catalina, bajando los peldaños. Luego agarró una palanca de metal para defenderse.

Iba a luchar con todas sus fuerzas.

La puerta se abrió, dejando entrar la luz. Catalina, con el corazón bombeándole muy fuerte dentro del pecho, se fijó en unas botas que descendían por los escalones. Uno a uno, mientras el corazón se le aceleraba aún más y aferraba con fuerza el metal dispuesta a emplearlo.

Pero entonces lo vio. A él, a él.

Las manos, las piernas... el cuerpo entero le tembló por la emoción y por el alivio en cuanto vio su rostro y su pelo rojo.

—¡Oh, Lucian!

Él la miró un instante. Estaba pálida, despeinada, con el vestido sucio y desgarrado. Luego se fijó en sus manos, cubiertas por improvisados vendajes que se estaban calando por la sangre.

—¡Catalina! —la voz se le rompió cuando la tomó entre sus brazos. Estaba helada y lloraba. Él la estrechó fuerte contra él, con todos los sentimientos luchando de manera salvaje en su interior. Dolor, rabia, alivio y... Amor —Ya estás a salvo.



Unos minutos después, estaban abandonando la cubierta. Ada se había encargado de Janet, que estaba aturdida y malherida, tanto, que no tardó en perder el equilibrio. Matthew acudió raudo y la tomó entre los brazos.

—¿Puedes andar, Catalina? —preguntó Lucian, que no se había despegado de ella.

—Sí, estoy bien.

Lucian la ayudó a cruzar la pasarela hasta la orilla. Y entonces, al levantar la mirada, lo vio. Entre la niebla, vestido de oscuro, estaba Credence Mallory. La rabia prendió fuego a sus músculos, como si estuvieran llenos de pólvora.

Catalina debió notarlo, porque miró en esa dirección. Tembló.

—¡No, Lucian, no!

Pero ya era tarde. Sintió cada segundo de su cuerpo alejándose de ella.

—¡No!

Lucian la escuchó, pero la furia ya era incontrolable. Se abalanzó sobre aquel hombre. Al asestarle el primer puñetazo, la gorra cayó y lo vio: el ojo derecho estaba blanco. Por eso lo odiaba. Porque lo había perdido por su culpa, tras aquellos golpes en Manchester que habían sido tan salvajes que le habían llevado a pensar que lo había matado con sus propias manos.

Credence aprovechó ese momento de indecisión para sacar un cuchillo. Lucian lo vio en el último segundo y pudo esquivar el filo.

Forcejearon, se golpearon hasta que cayeron al suelo sobre la nieve. Lucian sintió el frío en la espalda. Y luego, un corte en el brazo.

Asió la mano de aquel hombre con todas sus fuerzas, alejando el arma de él.

—¡No! ¡Basta! —escuchó a lo lejos a Catalina.

Cuando el cuchillo cayó sobre la nieve, Lucian le asestó un golpe en el rostro con los nudillos. Luego lo empujó y se lo quitó de encima. Se puso en pie, dolorido, tambaleante.

Credence se quejó, pero se arrastró por el suelo hasta que se incorporó.

—¿Por qué mataste a Michael Bright?

Credence escupió sangre y se rio.

—Ya te lo dije. Vio lo que no debía.

—¿Qué vio? ¡Contéstame!

Credence negó con la cabeza.

—Vete al infierno, Monroe. Me has desfigurado. Me has arruinado la vida. No te mereces saber nada más.

En ese momento, Lucian sintió una presencia a su lado. Era el duque de Henderson, que levantaba una pistola y apuntaba con ella a Credence.

—Si quieres vivir, di la verdad. ¿Por qué mataste al muchacho?

—Estoy condenado de todas formas, así que me voy a ir al infierno sin darle esa satisfacción a este hijo de una perra —respondió, con la boca llena de sangre poniéndose en pie.

Luego, todo sucedió muy rápido. Credence, medio tambaleante, arremetió de nuevo contra aquellos hombres.

Sonó un disparo.

La sangre salpicó la nieve. Y luego, el cuerpo de Credence cayó hacia delante.

Lucian, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, miró al duque de Henderson, que sujetaba la pistola aún humeante. El olor a pólvora les envolvió, transformándose en un recordatorio que siempre les acompañaría en el futuro.

—Matthew, Matthew...—era Ada, que, con delicadeza, le arrebató el arma, que estaba caliente. Lo vio temblar. Tenía el rostro estupefacto, los ojos muy abiertos y una expresión desolada —Ya ha pasado, Matthew —dijo, abrazándole.



Un rato después, el comisario Sinclair y un par de oficiales se personaban en la zona.

Le explicaron lo sucedido y comprobaron una cosa: que un apellido y un linaje como el del duque de Henderson sobrevivían a cualquier cosa.



Janet fue atendida en el hospital y allí le llevaron a su bebé, al que abrazó en cuanto se lo permitieron. A Catalina le curaron las heridas y la enviaron a casa, donde Henrietta y Clarisse la esperaban. La rodearon con sus brazos y lloraron de alivio y luego, le prepararon un baño reconfortante en el que se sumergió un buen rato. Después, se metió en la cama y durmió doce horas seguidas.

Por su parte, Lucian, apenas pegó ojo. Pasó la noche deambulando por la mansión Hastings, esperándola. Quería decirle tantas cosas, pedirle perdón y explicarle el terror que había sentido cuando no la encontraba.

Al final, de madrugada, dormitó un poco en un sillón del salón. Henrietta lo despertó.

—La muchacha se ha despertado y quiere verte.

Lucian se incorporó y se puso de pie con tanta rapidez que trastabilló, provocando que la doncella se riera.

—¡Ay, Lucian! ¡Te has enamorado profundamente! ¿Quién te lo iba a decir?

Lucian esbozó una sonrisa dulce. Se mesó los cabellos y respiró hondo.

—Hace unos meses, cuando llegué a esta ciudad, estaba perdido, roto... Pero ella me ha ensamblado de nuevo. Ha sanado heridas que yo creía incurables.

—Pues creo que deberías decírselo.

—Sí, Henrietta, yo también lo creo...

Lucian abandonó el salón y la vio. Estaba descendiendo la escalinata y al verlo, sonrió.

—Buenos días, Catalina.

—Buenos días, Lucian.

El corazón le latía tan frenéticamente que parecía que se le iba a escapar del pecho. Se sentía flotando y apenas era consciente de su cuerpo.

Catalina le llevó de la mano hasta la sala de baile. Lucian no entendía muy bien por qué había decidido que hablaran allí aunque lo prefirió en cierto modo. Porque no sabía cómo reaccionaría si se quedaba a solas en el dormitorio con Catalina.

Sentía tantas ganas de tocarla, de acariciarla, de preguntarle si estaba bien, que tuvo que cruzar los brazos sobre el pecho y esconder las manos en los costados mientras la seguía.

La luz que iluminaba el salón era tenue, cálida y se derramaba sobre la pista y sobre el piano blanco, al que Catalina se dirigió.

Tomó asiento en la banqueta y durante unos instantes, él se quedó en la puerta, contemplándola. Su cabello rubio como la luz del sol que entraba por los ventanales, el vestido gris, y las manos, que se deslizaban sobre las teclas haciendo sonar una melodía.

—¿No vas a sentarte conmigo, Lucian?

Su voz lo hizo moverse. Caminó y se sentó a su lado, pero de espaldas al piano. Sus brazos se rozaban cuando ella presionaba las teclas y Lucian tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para mantenerse quieto... esperando el primer paso de Catalina.

A medida que los segundos transcurrían, los nervios se iban

apoderando de ambos.

—Estoy bien. No me ha hecho nada...—dijo ella al final.

Lucian echó la cabeza hacia atrás y miró las manos de Catalina. No tardó en descubrir las huellas de las cuerdas con las que había anudado sus muñecas y los dedos magullados. Sintió que la rabia inundaba su pecho y ella debió notarlo, porque apartó la mano del piano y la colocó en el brazo de Lucian. Sus miradas conectaron.

—Estoy bien —se reafirmó ella.

—Pero podrías no haberlo estado. Por mi culpa.

—Lucian —protestó ella —Yo encontré la carta antes...Aquel día que me encontraste en la biblioteca. Quería saber qué hacías aquí y por eso la cogí. Luego la llevé al orfanato, pero si te la hubiera entregado antes habríamos estado sobre aviso. Todo ha pasado porque yo...

—¡No! No es cierto. Si yo te hubiera contado por qué vine a Londres ...

—Ahora nada de eso importa. Estoy bien y Lucian...—ella apartó la mirada y se miró las manos —No te he traído aquí para eso.

Él la miró. La vio recogerse un mechón que se le había escapado del recogido y colocárselo detrás de la oreja. Titubeaba visiblemente mientras buscaba las palabras.

Lucian creyó que iba a contarle que no quería estar con él y se preparó para asimilar el golpe de sus propios labios. Se removió con incomodidad en la banqueta, tensó el cuerpo y cerró los ojos y esperó.

Que lo diga ya, se dijo, puedo encajarlo, puedo encajarlo.

Los instantes se alargaron y entonces, Lucian la miró.

Ella percibió la mirada sobre ella. Sabía exactamente cómo era de intensa, cargada de expectación.

Y de algo más primitivo, deseo. La conocía de memoria, porque su cabeza la había grabado a fuego, porque los ojos verdes de Lucian se habían filtrado en sus sueños y durante las horas que había durado su cautiverio habían sido lo único que le había permitido conservar la esperanza.

Apartó la vista del teclado y alzó la cara. Su mirada conectó con la de Lucian, que esperaba, impaciente...

—He estado pensando mucho en ti, Lucian. Lo confieso.

Lucian alzó las cejas. No se esperaba que las palabras de Catalina comenzaran así.

—He pensado en cada momento que hemos pasado desde que el destino nos unió en esta ciudad. Y he tomado una determinación... Sé quién soy. Sé lo que quiero hacer. Quiero trabajar en el orfanato ayudando a mujeres, enseñándoles a defenderse con una educación que les permita cierta libertad... No sabía cuál era mi lugar en el mundo, pero lo he descubierto. Y en parte ha sido gracias a ti. Tus ideales, tu manera de luchar... Tu fuerza. Igual que la de Henrietta, Clarisse, Ada y Michael... Todos me habéis demostrado que, a pesar de las circunstancias, se puede ser fuerte y valiente. Y eso es lo que quiero para el resto de mi vida.

Lucian sonrió, con el orgullo hinchando su pecho. Ambos habían cambiado mucho desde que habían llegado a Londres. Se habían endurecido, habían aprendido y habían descubierto cosas sobre sí mismos que desconocían.

—Pero lo que deseo... Lo que me haría muy feliz es... Es...—Catalina sintió que el corazón se le había subido a la garganta. No, no podía decirlo.

Pero entonces, él inclinó su cabeza hacia ella y apoyó su frente en la suya.

—Lo único que yo quiero, Catalina, es que tú seas feliz. Sea como sea. Y con quién sea.

Catalina cerró los ojos. Notaba el aliento de Lucian acariciar la punta de la nariz y su aroma, ese que tanto le gustaba, envolviéndola. Y eso prendió la determinación en ella.

—Te... ¿Te casarías conmigo, Lucian?

Cuando las palabras, pronunciadas en un susurro, llegaron a los oídos de Lucian y él las comprendió, se echó hacia atrás para mirar a Catalina.

Tenía que asegurarse de que había oído bien, de que no le había jugado una mala pasada su mente. Porque eso era lo que él deseaba... Tanto, que notó que el corazón comenzaba a bombear rápido dentro de su pecho, feliz, eufórico.

—¿Qué has dicho, muchacha?

Catalina sonrió, siendo consciente de que se acababa de ruborizar. Igual que él.

—¿Me convertirías en tu esposa, Lucian?

Lucian esbozó una sonrisa radiante que se extendió a sus ojos. Y eso hizo que Catalina supiera la respuesta antes de que Lucian pronunciara las siguientes palabras.

—Sí, Catalina. Claro que sí. Gracias por darme una segunda oportunidad para ser feliz. Una segunda oportunidad para decir te quiero.

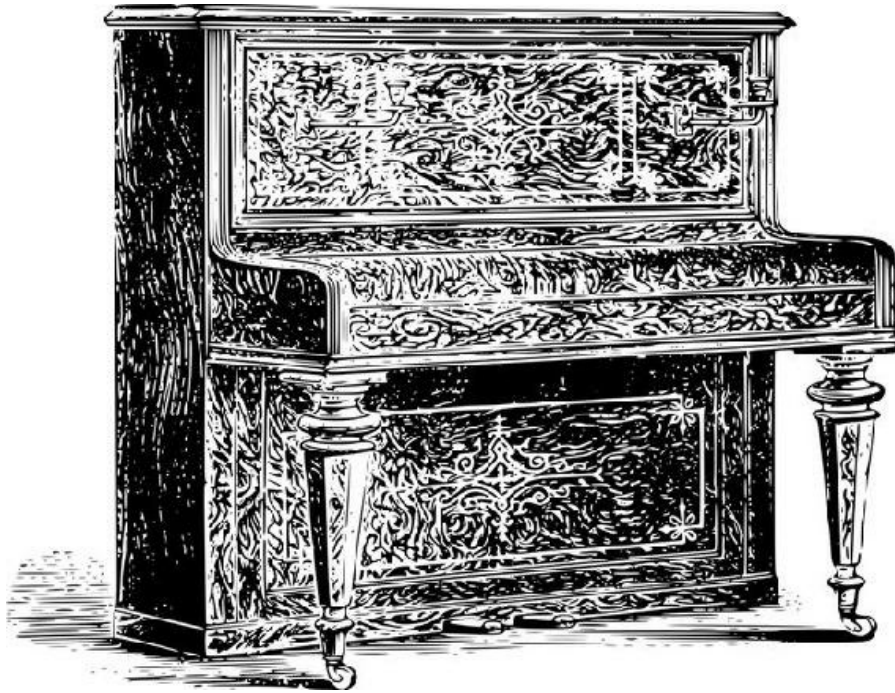
—¿Eso significa?

—Que te quiero, Catalina. Que me he enamorado profundamente de ti. Y espero que tú sientas lo mismo.

Ella sonrió.

—Te quiero, Lucian. Ahora y siempre.

—Ahora y siempre, más que a la revolución.





Nadie se sorprendió de que fueran a casarse. Durante aquellos meses, los habitantes del hogar y del orfanato Hastings habían sido mudos testigos de miradas que hablaban de sentimientos sinceros.

Todos se sintieron dichosos ante la noticia, aunque Henrietta fue la que aportó la nota de lucidez.

—¿Vamos a decírselo a tu hermano, muchacha?

¡Oh, vaya! Si alguien tenía algo que decir era Aaron Wright, el hermano mayor de Catalina que siempre había sido muy sobreprotector con ella.

—Yo me encargaré —dijo ella—. Cuando pase la boda.

Henrietta se lo concedió, por supuesto. Pese a que ella había estado enviando cartas a Sophie todas las semanas, contándole los pormenores de su vida allí. Cuando la noticia del matrimonio llegara, estaba segura de que Sophie no se sorprendería. Y ella era la mejor baza que Lucian y Catalina tenían para aplacar la ira de Aaron Wright.

Esa idea puso nervioso a Lucian. ¿Lo consideraría digno de ella? ¿Y si se oponía? ¿Y si...? Tras mucho cavilar, aquella noche, tocó con los nudillos la puerta, arrepintiéndose casi al mismo instante. Estaba asustado y nervioso como no recordaba estar. Casi prefirió que ella estuviera dormida.

Mejor así.

Pero cuando la puerta se abrió y ella apareció al otro lado, con una bata y el cabello suelto, sintió tantas emociones contradictorias en su interior que se quedó quieto mirándola con los ojos muy abiertos, mientras Catalina

sonreía al ver la rosa que él llevaba en la mano.

—¿Es para mí?

—Sí —carraspeó él, buscando la voz, las fuerzas, las palabras—. Sé que es inapropiado, pero... ¿me permites pasar para hablar?

Ella sonrió, aceptando la rosa.

—¿Inapropiado? ¿Después de todo lo que hemos pasado? Pasa, por favor.

Lucian entró en un par de zancadas que lo llevaron hasta el centro de la estancia, frente a la chimenea. La buscó con la mirada. Se había detenido junto a la puerta después de cerrarla y estaba oliendo el aroma de la rosa.

—¿Has hecho algo por lo que deba perdonarte? —dijo ella, avanzando hasta él.

Lucian se pasó la mano por el pelo, echándoselo hacia atrás. Estar cerca de ella le costaba más y más a cada momento... Porque tenía tantas ganas de besarla, de tomarla entre sus brazos... Dio un paso hacia atrás.

—No.

—Pues no lo parece —Ella había dejado de sonreír y en su rostro se evidenciaba la preocupación—. ¿Qué sucede, Lucian?

—Yo solo...—comenzó a decir él, mientras ella se acercaba hasta colocarse frente a él. —Solo quiero que estés segura de la decisión que has tomado.

—Lo estoy. ¿Es que acaso tú no?

—Yo sí, Catalina. No deseo otra cosa...—Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó el anillo que Henrietta le había dado. Agarró la mano de Catalina (donde se evidenciaban las heridas que se había hecho al intentar

escapar) y la colocó con la palma hacia arriba, dejando la pieza de oro en su centro. Ella abrió mucho los ojos.

—¿Y esto?

—Como no teníamos alianza, Henrietta me dio esta pieza. Perteneció a su familia. Pero como ella ni sus hermanas llegaron a casarse, nadie la ha podido lucir...Y cree que tú eres digna de llevarla.

Catalina sintió un nudo de emoción en el estómago que se extendió por todo su cuerpo.

—¿Quieres ponérmela, Lucian? —preguntó, con voz temblorosa.

Lucian asintió. A Catalina no le pasó desapercibido lo mucho que le temblaban las manos cuando le colocó la alianza.

—¿Y ahora vas a decirme por qué estás tan nervioso?

Lucian asintió, pero no habló de inmediato. Buscó las palabras, que pesaban, que dolían, que le daban miedo. Hacía tiempo que no se sentía así. Porque por primera vez...tenía ilusión y tenía una esperanza. Y sabía lo duro que era ver cómo la vida te lo arrebatava todo.

—No dejo de darle vueltas a la maldición que arrastro, Catalina —Él la miró. Le parecía cada vez más la esencia de la belleza y de la fortaleza y de todas esas cualidades que Lucian había descubierto en ella y que lo habían llevado a aquel punto, con el corazón a punto de escapársele del pecho. —Lo que le pasó a mi mujer... ¿Y si te condeno a eso a ti también? Por eso estoy aquí, para darte la oportunidad de elegir otra vida. Sin mí.

—No quiero otra vida. Y te lo voy a demostrar...—dio un par de pasos hacia atrás mientras Lucian la seguía con la mirada. Caminó hasta el borde de la cama y se detuvo. Tomó aire y se llenó de valor.

Se quitó la bata y la dejó caer a sus pies, sintiendo la seda acariciar la piel de sus piernas. Lucian se dio cuenta de que llevaba una camisa y unos pololos y el torso ceñido por un corsé de seda de color marfil que realzaba los pechos y dejaba ver demasiada piel.

Y el deseo fue tan brutal, tan sincero, que sintió que su cuerpo se prendía fuego, llenándose de vida.

—Catalina ...—gruñó él con una voz grave que hablaba de contención, de lo mucho que le costaba mantener la distancia que les separaba.

Ella sonrió y extendió el brazo, con la mano abierta en una invitación silenciosa, con una mezcla de inocencia y de pecado que podía conducir a cualquier hombre al infierno...

—¿No te atreves, Lucian? —añadió, provocativa, antes de darse la vuelta. Lucian supo lo que pretendía. Vio los cordones que cerraban la pieza del corsé, y su mente no pudo evitar regresar a la noche que ella le había pedido un favor que lo había cambiado todo...

Catalina esperó, de espaldas. Trató de que su respiración no se acelerara demasiado, aunque el nudo en el estómago de los nervios comenzaba a invadir todo su cuerpo, y se sentía a punto de perder el control. Estaba intentando aparentar una seguridad en sí misma que no tenía y todo empezaba a resquebrajarse... se echó el pelo a un lado, dejando al descubierto la piel del cuello, la línea que nacía en la oreja y descendía hasta el hombro.

Y eso fue lo que hizo que Lucian se moviera. Antes de que ella pudiera darse cuenta, estaba detrás de ella, estrechándola contra él, que notó cada músculo, cada parte de su anatomía llena de excitación. Luego sintió los labios de Lucian en su cuello, besando, mordiendo, mientras sus manos se afanaban en desaflojar el corsé con premura y habilidad. La prenda se desaflojó y luego

él la hizo girar para soltar los corchetes que mantenían la pieza cerrada. Catalina notó durante un segundo el alivio al desprenderse de la prenda, que Lucian lanzó al suelo para coger su cintura, para recorrer con sus manos cada parte de su torso mientras buscaba la lazada de la camisola.

Ella suspiraba, excitada, olvidando los nervios, notando que su cuerpo reaccionaba a él, al calor de sus manos, a los besos que iba repartiendo por su piel, por su cuello, y luego, en su boca, con una intensidad que ella devolvía. Le sacó la camisola por la cabeza y centró su atención en aquellos senos, besando y lamiendo hasta que Catalina gimió y enredó las manos en el cabello de Lucian, demandando más placer. Y mientras Lucian besaba las cimas endurecidas, buscó la cintura de los pantaloncitos de lino.

Desanudó la lazada que los sujetaba y estos cayeron al suelo. Catalina gimió contra su boca cuando notó el aire frío en su piel desnuda, pero aún más cuando sintió la mano de él en sus nalgas. Rodeó el cuello de Lucian con sus brazos y de un pequeño salto, rodeó su cintura con las piernas. Estaba desnuda pero lejos de sentir timidez, se sentía poderosa.

En esa posición, ayudó a Lucian a quitarse la camisa, sacándosela por la cabeza. Luego, él dio un par de pasos y de repente, entre beso y beso, Catalina notó en la espalda la caricia de las mantas. Estaba en el lecho, pero solo podía sentir los besos encendidos de Lucian mientras ella recorría con sus manos los músculos de los hombros, de los brazos y del pecho.

Hubo un instante en que él apartó la boca de la suya y Catalina abrió los ojos. Lucian tenía el pelo desordenado, y algunos mechones le cruzaban la cara, pero le pareció más apuesto que nunca. Llevó las manos a aquel rostro y lo tomó entre ellas, mientras él la miraba con adoración.

—¿Estás segura, Catalina? ¿No prefieres ...?

—Ssshhhh— le dijo ella, antes levantar la cara para deshacer la breve distancia que les separaba. Tomó entre sus dientes el labio inferior y lo mordió con dulzura— Quiero sentir placer, Lucian. ¿Puedes conceder mi petición?

Aquellas palabras eran sinceras y provocaron una sonrisa pícaro en Lucian que ella desconocía. Luego comenzó a sentir los besos, la lengua que recorría su cuerpo, acompañada del roce de los dedos de aquel hombre, que hacían maravillas en sus sentidos. Pronto, la combinación de la boca y de los dedos de Lucian en el centro de Catalina la hicieron gemir y temblar. Nunca había experimentado nada igual y tampoco había concebido que existiese algo tan pecaminoso...

—Si sigues, Lucian, voy a ...No sé— dijo ella, con la voz entrecortada.

—¿No era eso lo que querías?

—Pero no sola... Ven aquí...

Él sonrió y la besó. Ella acarició su espalda haciendo dirigir sus manos estratégicamente hasta los pantalones de él. En la cintura se detuvo y buscó la mirada de Lucian.

No hicieron falta palabras. Él se incorporó y se quitó las prendas, quedando desnudo ante ella, que lo contempló con manifiesta curiosidad y deseo. Luego él se colocó sobre ella, que abrió las piernas para recibirle. Catalina sintió que el deseo se apropiaba de ella cuando notó la longitud de Lucian acariciarla. Gimió contra la boca de él, que poco a poco, fue entrando en su interior.

—¿Te hago daño?

Ella, abrumada por las sensaciones, solo pudo negar con la cabeza.

Cuando él entró por completo en su interior, ambos gimieron al unísono. Él apretó los dientes, tratando de mantener cautivo el placer que amenazaba con desbordarse. Catalina notaba la tensión en él, en los brazos, rígidos a ambos lados de su cara.

—¿Estás bien, Lucian?

Él la miró, sonriente, y ella vio que la sonrisa llenaba los ojos.

—Estoy en el cielo ahora mismo, muchacha, pero hace mucho que no...Y no quiero estropearlo.

Ante su sinceridad, algo que le siempre le había caracterizado, ella sonrió.

—Te quiero, Lucian— dijo ella, buscando su boca— Y yo también estoy en el cielo, pero quiero...Tocarlo.

Y así fue como él comenzó a moverse, despacio al principio, suave.

Catalina comenzó a moverse también, arqueando las caderas para recibirle, notando que el placer comenzaba a crecer en su interior, amplificándose hasta que se adueñó de su cuerpo.

Gimió su nombre.

Había tocado el cielo. Y luego lo hizo él.





Ha sido una velada altamente instructiva, pensó Catalina mientras notaba que la sonrisa se le formaba en la cara sin poder evitarlo. Había descubierto el placer con Lucian, algo que había deseado desde hacía mucho. Ahora sabía lo que era estar tan unida a una persona. Además, había descubierto que había pequeños momentos de ternura que también le gustaban. Como estar en la cama, envuelta por los brazos de Lucian. Ambos desnudos, aún jadeantes y con los cuerpos recuperándose después del placer experimentado. Y, sobre todo, descubrió que adoraba la forma en la que él la miraba. Catalina tenía la cara apoyada en el pecho de Lucian, y sabía que él la estaba mirando, pero se sentía sonrojada, por primera vez después de todo lo compartido unos minutos antes.

Acarició con las yemas de los dedos el vello que cubría el pecho de Lucian fijándose en la tonalidad canela. Luego, acarició la piel, los valles y colinas de aquel torso masculino, las cicatrices...Había una en particular, que cruzaba el costado.

—¿Cómo te hiciste esto?

—En el molino Cauldwell. Con una máquina intentando sacar a un niño que había muerto debajo.

Catalina contuvo el aliento ante el horror que imaginó.

—¡Oh, Lucian! Lo siento. Y mientras que todo eso pasaba, yo...

—Eras una niña.

—Sí, pero...

—Cuando mis padres murieron, yo era un chaval de diecisiete años. Y

mi hermana, tenía dieciséis. Entramos a trabajar en el molino de Robert Cauldwell. Yo había sido instruido para trabajar como sirviente, pero me adapté rápido al trabajo de fábrica. A Ivette, le costó más, pero lo logró. Estuvimos ahí años enteros, hasta que tu hermano nos contrató. Siempre pensé que lo había hecho porque andaba enamorado de Ivi, pero luego con el tiempo, creo que lo hizo para compensarnos porque tu madre nos hubiera echado a la calle de la manera que lo hizo.

—Fue horrible ¿verdad?

—Bueno, desde entonces —confesó él, con dulzura —He visto y pasado por cosas peores.

Catalina escondió la cara en el pecho de Lucian. Se sentía avergonzada y dolida. Su madre siempre había sido cruel, pero ella nunca lo había percibido, no de una manera descarnada y realista, porque si era sincera, a ella no le preocupaba nada más que ella misma, que los vestidos, que los bailes... Todos esos sueños de niña rica que había alimentado porque no tenía preocupaciones reales.

—Catalina —dijo él, con voz suave —, tú no tenías culpa de nada. Por si estás pensando algo parecido.

Ella alzó la cara y lo miró. Lucian se preguntó durante cuánto tiempo seguiría asombrándose por su belleza, por su dulzura y por el extraño color de sus ojos.

—Pero yo, en cierta manera, era partícipe de todas esas injusticias que os hacían pasar a los trabajadores.

—No. Eso no es así. Solo es que el destino nos repartió cartas distintas al nacer, Catalina.

—Pero tú no te conformaste con esas cartas, pero yo sí.

—Tenías cartas mejores en un principio, pero aun así...Has elegido una mano menos ventajosa.

—No. He elegido una vida y unos sueños que me hacen feliz. Lo que tenía antes...Me hacía sentir vacía. ¿Y sabes cuándo lo descubrí? Cuando emergió la verdadera naturaleza de mi madre y me sentía aterrada ante la idea de volverme como ella.

—Tú no eres así. No podrías serlo ni en un millón de años. Eres fuerte y valiente y quiero acompañarte en tu nueva vida, Catalina, en tu trabajo.

—He estado pensando en ello. Voy a invertir parte de mi herencia en habilitar la parte de atrás del orfanato. Quiero construir una escuela para mujeres, para enseñarles a leer, a escribir y a contar...Para que sean dueñas de su futuro.

—Catalina —dijo él, acariciando con dulzura su rostro —...Yo no tengo nada que ofrecerte. Solo mis manos, mi cuerpo y mi corazón.

—Es lo único que quiero que me ofrezcas, Lucian.

—Aunque...Tu hermano me dio un dinero cuando hui. Lo metió en el arcón y lo descubrí cuando llegué a Londres. He estado ayudando a Ada y a Mike con ese dinero, pero...si lo necesitas, es legítimamente tuyo. Quiero devolvértelo.

—No es necesario.

—No es mío.

—Creo que tu fama de cabezota es casi tan legendaria como tu fama de revolucionario —dijo ella, con una sonrisa —Así que vamos a hacer un trato de negocios.

Cuando Lucian alzó una ceja, ella se echó a reír.

—Después de que nos convirtamos mañana en marido y mujer, me gustaría fundar contigo una sociedad económica. Algo así como Wright-Monroe...

Lucian se echó a reír, y ella notó como la risa vibraba dentro del pecho de aquel hombre del que se había enamorado profundamente.

La primera vez que le oía reír así. La primera del resto de su vida.



Lucian no estaba nervioso, porque eso no reflejaba la cantidad de emociones que sacudían su cuerpo la tarde de su boda. Henrietta le había conseguido un traje de novio a su medida, formado por un pantalón de franela marrón, una camisa de algodón, chaleco oscuro y unos tirantes de cuero. No era lo más elegante para una ceremonia religiosa, pero era él mismo, sin artificios.

Y por fin podía decir que se sentía tranquilo. Que rozaba la felicidad con la punta de los dedos.

—¿Nervioso? —El duque de Henderson, que les había conseguido con rapidez la licencia usando sus contactos, se había convertido en su improvisado padrino.

—Absolutamente.

A pesar de que ninguno de los contrayentes era de Londres, la iglesia estaba a rebosar. Como invitados: camaradas del Partido, los niños del orfanato, Henrietta, Clarisse y Timmy y todas las alumnas de Catalina. Aquel grupo heterogéneo que se había convertido en su familia y entre los que habían encontrado amigos y motivaciones para luchar por el futuro.

Y mucho más. El amor, la esperanza, el coraje. Su lugar en el mundo.

Su destino.

Cuando la puerta se abrió y vio a Catalina, vestida con un sencillo vestido blanco de seda y el cabello recogido en un moño con flores, sintió que el corazón se le llenaba de amor.

Y el sentimiento, tan extraño como los ojos de aquella muchacha, tan valioso, se acrecentó aún más cuando ella se colocó frente a él y sonrió. A su

lado, Ada, su camarada, con un vestido azul, llevaba el ramo de rosas como buena dama de honor. Aunque Lucian sabía que odiaba aquellas ceremonias.

Todos acabaron llorando de emoción cuando el reverendo los declaró marido y mujer.

Cuando Lucian besó a Catalina, que ahora era la señora Monroe, pensó en lo afortunado que había sido al encontrarla, porque ella lo había amado a pesar de sus múltiples defectos, a pesar de que estaba sufriendo y no veía más allá de la maldición que creía arrastrar.

Pero ella, con su fortaleza y su perseverancia, había sido la verdadera revolución en la vida de Lucian.

La primera de muchas, esperaba.



—¡Señorita Smith!

Ada, que charlaba con las muchachas después de la ceremonia, se dio la vuelta. El duque de Henderson vestía un chaqué muy elegante. Era el único que había seguido el código de etiqueta aquel día.

Duque estirado, pensó con una sonrisa.

—¿Me permite un momento?

—Claro.

Se apartaron a un lado, aunque eran conscientes de todas las miradas que suscitaban.

—¿Cómo estás? —preguntó ella, haciendo referencia a lo que había pasado junto al Támesis.

—Prefiero no pensar...—confesó. Dio un paso hacia ella y tomó su mano con delicadeza. Ella trató de retirarla, porque sabía que sus dedos estaban deformados y no eran bonitos, pero él no se lo permitió —Y, sin embargo, lo que sucedió antes...en el orfanato, me ha hecho cuestionarme muchas cosas.

—No sé qué sucedió...—trató de esgrimir ella, de repente sonrojada.

—Ada, por favor —suplicó él.

—Matthew, sabes tan bien como yo que somos muy distintos. Como la oscuridad y las estrellas.

Tenía razón y él lo sabía. Pero sus sentimientos eran fuertes y honestos.

Nunca se había sentido así, ni siquiera cuando había pretendido a Sophie Hastings, hacía ya varios años.

—Entonces, encontraré la forma de que el resplandor de las estrellas diluya la oscuridad —susurró él.

—Pues que tenga suerte —dijo ella, con una sonrisa.

Ada se dio la vuelta y se alejó. Y Matthew Percy, quinto duque de Henderson, comprendió que necesitaría mucho más que suerte para conquistarla.



Epílogo

Unas semanas después, cuando la nevada permitió que los ferrocarriles volvieran a funcionar, Lucian y Catalina viajaron a Manchester acompañados de Henrietta.

Cuando llegaron, Lucian se despidió de su esposa y se encaminó a Deansgate. Tenía algo pendiente, una espinita que no lograba sacarse del corazón. Pronto llegó al hogar de los Bright.

—¡Lucian! —exclamó Sarah, la madre de Michael—. ¡Cuánto tiempo! ¿Dónde...?

—¿Me permites pasar?

—Claro, pasa, Brian está dentro.

En cuanto vio al padre de Michael, Lucian no pudo evitarlo y rompió a llorar. Les contó todo.

—Pero no pude averiguar por qué lo mató y lo siento. Lo siento tanto...

Brian y Sarah se miraron entre ellos.

—No pasa nada, Lucian. Sabemos cómo era Michael. Era valiente, aguerrido como tú. Y era un gran defensor de las causas perdidas. Seguro que lo mataron por eso.

—Traté de salvarlo, pero...

—Lo sabemos. El doctor Hastings y el dueño del molino Wright nos lo contaron. No tienes que disculparte. No fue tu culpa...

Lucian lloró. Quizá algún día, a pesar de que no había llegado a conocer toda la verdad, podría perdonarse a sí mismo.

El bebé que habían tenido Aaron y Sophie era un niño al que llamaron Byron. Cuando Catalina lo sostuvo entre sus brazos, descubrió que tenía los ojos igual que ella. Uno de cada color.

—¡Es maravilloso!

Henrietta, que había criado a Sophie desde que era una niña, estaba emocionada y en cuanto sujetó a la criatura entre sus brazos, por sus mejillas rodaron las lágrimas.

—Bueno, querida hermana, ya eres tía. Espero que ahora que has regresado nos eches una mano a mi esposa y a mí —dijo Aaron con una sonrisa—. Que ya no sé qué es dormir.

Sophie se echó a reír ante la ocurrencia de su esposo, pero luego miró a Catalina de una manera enigmática.

¿Lo sabía? ¿Su cuñada sabía todo lo que había pasado en Londres? Miró a Henrietta, que acunaba al bebé, pero supo sin lugar a dudas que ella había sido la culpable, la traidora. Aunque no le guardaría rencor.

Catalina sonrió.

—Aaron, siéntate.

—¿Por qué? —preguntó el molinero, alzando una ceja.

—Haz caso a tu hermana y siéntate —pidió Sophie.

Aaron las miró a ambas, alternativamente. Cruzó los brazos sobre el pecho y miró a su hermana.

—¿Qué ha pasado?

Catalina se quitó los guantes y alzó la mano izquierda, mostrando la alianza.

Aaron Wright parpadeó al comprender de qué se trataba.

—¿Estás prometida?

—No. Me he casado, hermano.

Aaron Wright pensó en lo idiota que había sido al no hacer caso a su esposa. Tenía que haberse sentado. Sobre todo, cuando vio que Lucian Monroe entraba en el salón.

Por la expresión de su cara estaba esperando que él le diera un puñetazo. Y entonces, Catalina ladeó el rostro y al verlo allí, sonrió de esa manera...Que él tan bien conocía y que hablaba de amor.

—Soy la señora Monroe.

Aaron Wright se dejó caer sobre el sillón. Su hermana se había casado con el líder sindical de su molino, alguien con el que había batallado cientos de veces...Aunque sabía que era honrado y de corazón noble.

Sin embargo, tenía que ejercer de hermano mayor una vez más.

—¿Es lo que quieres, Catalina?

—Sí, Aaron. En estos meses he descubierto que soy fuerte y valiente. Y que quiero a un hombre que valore esas cualidades por encima del resto.

Aaron asintió, sorprendido.

—¿Y tú, Lucian, prometes que la cuidarás...?

—Hasta mi último aliento.

—Bueno, pues enhorabuena a los dos. Y me imagino que tenéis planes más allá de Manchester, ¿no?

Así era. Volverían a Londres, al orfanato Hastings, que ahora, además, era la primera escuela para mujeres trabajadoras.

Llamada Wright-Monroe, por supuesto.

Un pequeño lugar donde nacían nuevas esperanzas para luchar contra los destinos inciertos.



SOBRE LA AUTORA

Natalia Sánchez Diana (Valencia, 1983) licenciada en Publicidad, es una diseñadora e ilustradora freelance. Desde pequeña, su verdadera pasión ha sido la literatura, lo que le ha llevado a ganar diversos premios. En 2016, da el paso hacia la autoedición, con su primera novela a la venta en Amazon.

Para más información sobre otras novelas:

- <http://nataliasanchezdiana.com/>
- <https://www.facebook.com/nataliasanchezescritora/>
- @natscritora (Twitter)
- <https://elbosquedelaspalabrasblog.wordpress.com/>

Y ahora, te pido un pequeño favor:

Si te ha gustado, deja tu opinión en Amazon o Goodreads. Me encantará saber lo que te ha parecido la historia.

¡Gracias!